
Precio especial
lanzamiento
Solo para preventa
EL
CAPATAZ
DE
Silver Pine
MIA CROSS

El capataz de Silver Pine.

Una novela de

Mia Cross

Título: *EL capataz de Silver Pine*
Autora: *Mia Cross.*
Género: Romance erótico / Suspenso romántico.
Primera edición: Junio, 2026
Edición, Corrección y Maquetación: *Mia Cross.*
Diseño de Portada: *Mia Cross.*
ISBN: 9798199441995
Sello: Independently published

Prohibida su venta y distribución sin autorización expresa.

Descubre lo que sigue: contenido exclusivo para lectores curiosos.



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en casos de breves citas utilizadas en reseñas o críticas literarias.

Índice

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
GRACIAS A…
MIA CROSS
MANTENGAMOS EN CONTACTO


SILVER PINE
RANCH
EST. 1897

Bienvenida a Red Creek, un lugar donde nada parece cambiar nunca… hasta que alguien llega dispuesto a ponerlo todo patas arriba.

Entre montañas, caballos y caminos de tierra, los secretos siempre encuentran la forma de salir a la luz.
Y el amor también.

Prólogo



El todoterreno del Rancho Dalton sigue en la entrada, junto a la RAM de Silver Pine. Nada bueno debe haberlo traído por aquí.

Me alejo y Sombra relincha.

—Dame un respiro, chica —le digo a la yegua.

Rara vez se inquieta. Ni siquiera cuando hay tormenta. Se asoma por la portezuela del *box* cuando la cierro y me golpea el hombro.

Camino hasta la entrada del establo y me apoyo en el marco. Me llevo una pajita a la boca y me calo bien el sombrero.

Espero. Quieto y alerta.

La puerta de la casa se abre y sale Jake. Da tres zancadas largas hacia el vehículo. Está furioso, se le nota incluso desde aquí.

—¡Eres un viejo terco, Bennett! —grita, sin volverse.

—Y tú, un cabrón arrogante —responde el otro.

Niego con un gesto.

Los dos tienen razón.

Aunque yo agregaría un «gilipollas». Cabrón arrogante se queda corto para alguien como Jake Dalton.

Se detiene junto al coche y escupe al suelo.

—Te arrepentirás de esto —espeta.

El motor arranca y el vehículo se aleja dejando atrás una nube de polvo. El viejo alza la cabeza, me ve y se lleva el puro a la boca. Luego me da la espalda.

—Vete a casa, Caleb.

Obedezco.



No dejo de darle vueltas a lo que pasó en toda la noche. A la visita de Dalton, a su tono y las palabras escupidas, que no me gustaron un pelo.



El reloj marca las seis cuando lo veo llegar por la ventana. Es demasiado temprano para él.

Bebo un sorbo de café, abro la puerta y me quedo en el porche, esperándolo.

—No son horas para problemas, Kane —digo.

Wyatt Kane baja de la patrulla y se acerca con gesto sombrío.

—¿Qué ha pasado? —pregunto alarmado.

—Bennett —responde—. Tuvo un accidente con Sombra.

—Imposible.

Sombra no tira a nadie. Y menos a él.

—La yegua volvió sola —añade—. Uno de los peones encontró al viejo hace una hora. No hubo nada que hacer, Cal. Se dio en la nuca con una piedra al caer.

Dejo la taza sobre la barandilla. Cojo las llaves, el sombrero y me subo al Jeep.

Conduzco hasta la casa grande y entro con las botas puestas. Me da igual todo. Subo los escalones de dos en dos hasta el despacho.

—Lo sabía.

Encima del escritorio hay un sobre. Mi nombre está escrito con su letra temblorosa.

Lo cojo y me lo guardo dentro de la camisa.

Las pisadas de Wyatt resuenan en el pasillo.

—¿Qué coño haces?

No respondo.

Miro a mi alrededor en silencio y caigo en la nueva realidad.

—El viejo se ha ido.

Mi amigo me da una palmada en la espalda.

—Lo siento, Cal.

Asiento.

Pero en lo único que puedo pensar es en el sobre.

Tengo la certeza de que el viejo Bennett sabía que algo iba a pasar.

Capítulo 1

— Olivia —



Detengo el coche frente a la tranquera del rancho Silver Pine.

El tacón se hunde en la tierra cuando bajo. No recordaba que el suelo fuese tan blando.

—Red Creek, un pequeño pueblo del valle de Bitterroot, a una hora de Missoula, Montana —repito, como lo vengo haciendo desde hace días.

Disfruto de la agradable sensación del aire fresco sobre la cara. Giro sobre mí misma y observo la inmensidad que me rodea.

No es fácil explicar por qué una chica de Seattle dejaría la ciudad para instalarse en…

—En medio de la nada —murmuro.

Es lo que todos respondían cuando lo intentaba.

Me pongo la mano frente a los ojos para que el sol me permita ver la casa a lo lejos.

Me encanta la fachada. Es moderna, señorial. No es como las mansiones que decoro en la ciudad, pero tiene su encanto. El

interiorismo urbano aquí no encaja. Tampoco importa: no he venido a trabajar. Al menos, no en eso.

Aunque tendré que encontrar algo que hacer mientras me pongo al día con el rancho que llevo años sin pisar. Quizá, redecorarlo. Darle mi toque.

Mi casa.

Mi rancho.

Aún me cuesta creer que me lo dejase a mí y no a mi padre. Claro que, viviendo en Europa y teniendo poca, casi ninguna, relación con él, era lo lógico.

Tampoco es que yo viniera tanto. Prefería llevarme al abuelo a la ciudad y pasear con él por sitios que lo dejaban fascinado.

—Decisiones son decisiones, Olivia Bennett —me digo.

Regreso al coche, pensando que ya no hay vuelta atrás. No tengo trabajo, mi piso está alquilado, me despedí de quien debía. Y la distancia me va a venir bien.

Será más fácil recuperar lo perdido. Empezando por la confianza en mí misma.

Avanzo despacio por el camino de gravilla.

Un perro sucio y con la cabeza enorme me mira desde el porche. Entonces, pequeños flashes vienen a mi mente, uno tras otro. Tengo un montón de recuerdos de este lugar.

Sonrío por primera vez al pensar en mi abuelo, desde que supe lo de su accidente.

—Mi viejito terco —susurro mientras apago el motor.

Inspiro hondo. Cuento hasta tres y salgo.

Me rodea el aroma a pino mezclado con estiércol de caballo y a pesar de despertar recuerdos dormidos, me hace sentir... fuera de lugar. Demasiado fuera de lugar. Como las últimas veces.

«Te enamorarás de esto algún día, Oli. No lo fuerces. El amor no se fuerza».

La voz del abuelo parece seguir aquí.

—El amor no se fuerza, no. El amor te mete los cuernos —mascullo, abriendo el maletero.

Forcejeo con una de los tres bártulos y, como puedo, lo dejo en el suelo.

¡Genial!

Son maletas de miles de dólares. Debí tenerlo en cuenta. En verdad, no había mucho de dónde elegir. Si no tengo otras.

Un hombre enorme, con sombrero, me observa desde los establos.

Me pongo la mano en la frente otra vez, para verlo con claridad.



—Hola —digo, elevando la voz para que me oiga.
Se toca el ala del sombrero y baja la cabeza.

Tiene un hombro apoyado en el marco, la punta de la bota clavada en la tierra y los brazos cruzados. Derrocha ese tipo de seguridad irritante y si le sumo la mandíbula apretada…

La mala leche le da un aire feroz y, a la vez, imposible de ignorar.

Me cuesta apartar la mirada.

Mi primer pensamiento es:

«Qué hombre más estúpido. ¿Y qué coño hace que no viene a ayudar? ¿Esto es la hospitalidad de Montana?»

Con él nunca se sabe.

—¿El perro muerde? —pregunto, por las dudas.

—Tampoco ladra mucho —responde en tono neutro.

Siempre tan antipático y escueto, señor Walker.

—Hola, grandullón —susurro al chucho mientras me agacho un poco—. No me muerdas, ¿vale?

Ladea la cabeza y me estudia sin levantarse.

—Perfecto, creo que nos vamos a llevar bien —murmuro, acariciándolo entre las orejas, de pasada—. No todos en Red Creek me reciben con tanta amabilidad.

Suspira y se tumba de nuevo.

Un chico joven aparece junto a Walker. Este le dice algo en voz baja y se acerca.

El joven, por supuesto. Al *cowboy* le pesan las… botas.

—La ayudo con las maletas, señorita —dice, algo tímido.

—Los modales —gruñe el otro desde lejos.

—Disculpe —musita el chaval. Se quita el sombrero y hace un gesto a modo de saludo—. Soy Mason Briggs.

—Encantada, Mason Briggs, soy Olivia Bennett.

Asiente y agarra una maleta con cada mano. Las mete en la casa mientras yo apenas doy un par de pasos. Debe ser fuerte, desde luego, porque no ha hecho ningún esfuerzo para levantarlas. Con lo que pesan.

Al cruzar el umbral, recibo el golpe de la nostalgia. El crujido de los tablones de madera al pisar. El olor a tabaco. Su colonia.

Miro hacia la escalera, esperando verlo bajar.

No lo hará.

— Puedo subirlas si quiere —señala Mason.

—Ya lo hago yo. Ve a cepillar a Tormenta —dicen a mi espalda.

—Joder —suelto, llevándome la mano en el pecho —. ¡Casi me matas del susto! Es que con esa voz…

No lo había oído acercarse.

—Es la única que tengo —acota.

Me giro y casi pierdo el equilibrio.

Los años les sientan bien a algunas personas. Intento ser objetiva. Puede caerme mal, pero el hombre es increíblemente apuesto. Peligroso de mirar.

Tiene el sombrero en una de sus grandes manos. La camisa con tres botones abiertos, los vaqueros demasiado ajustados y esos ojos celestes que parecen atravesarte.

Paso por alto la seriedad de su rostro. O lo intento.

Incluso la cicatriz en la ceja derecha le suma.

Maldita sea, el conjunto entero me produce ansiedad.

—Bienvenida —suelta, seco.

—Gracias.

Me hace un repaso rápido y disimulado por la cara y deja el sombrero en una repisa. Luego coge el equipaje y lo sube por las escaleras como quien sube un saco de plumas.

Cuando baja, me tiende la mano y en el agarre, la mía desaparece dentro de la suya. Es un contacto firme, áspero y cálido. No me lo esperaba.

—Mi más sentido pésame, Olivia.

Asiento, tragando la angustia.

—Andaré por aquí. Instálate primero. No hay apuro —me explica.

Vuelvo a asentir sin decir nada.

Se gira, se coloca el sombrero y sale. Yo me doy el lujo de observarlo desde la ventana.

Es alto. Intimidante y silencioso. Y está demasiado cómodo en *mi* rancho.

«No te acostumbres, Walker. Te queda poco en Silver Pine», pienso mientras sonrío

Capítulo 2

—Caleb—



La mujer va a traer problemas. Lo sé.

Desde que la vi conducir su coche eléctrico por el camino de tierra del Silver Pine, no pienso en otra cosa.

La observé desde la puerta del establo. Sin ocultarme

Tardó en bajar. Y cuando lo hizo, lo primero que vi fueron los tacones.

Joder.

Tacones. Aquí.

Hasta Bandido, el chucho que alimento —y que insiste en creer que es mío—, levantó la mirada desde el porche y la estudió como si fuese un bicho raro. No lo culpo.

Ha cambiado.

La última vez que la vi era una cría flacucha, con dos trenzas y las rodillas llenas de polvo, corriendo detrás del viejo Bennett.

No queda ni rastro de aquella niña.

Ahora tiene el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros. Las piernas largas, la cintura estrecha. Un culo que... Y una boca que yo no debería mirar tanto.

La vi pelear con las maletas. Tres. De las grandes y caras.

«Olivia Bennett no viaja ligera», fue lo primero que se me vino a la mente.

Me quedé mirando. Porque aquí cada uno se las apaña. Si quiere quedarse, tendrá que aprenderlo. Es evidente que la ciudad no prepara a nadie para vivir en el campo.

El chico Briggs, como siempre, salió al rescate. Todavía es demasiado blando.

—¿La ayudo? —me preguntó.

La señalé con la barbilla antes de hablar

—Ve, antes de que se rompa una uña.

Se aguantó la risa. "

A mí se me torció la boca.

Tal vez al crío le gustó lo que vio tanto como a mí y necesitaba una excusa.



Cuando me acerqué yo también, porque no me quedaba otra, lo confirmé: de cerca se veía mejor. Joder. Mucho mejor.

Demasiado bonita. Con los ojos claros, la piel tersa y un cuerpo que parece hecho con deliberado cuidado.

Ni siquiera su perfume encaja.

A simple vista, nada en ella tiene que ver conmigo o con el rancho.

Es lista, siempre lo fue. Hacía lo que quería con el abuelo. Sacarlo de aquí una vez al año, por ejemplo, algo que nadie más conseguía. El viejo volvía distinto después de pasar semanas con ella. Más ligero y contento.

Tiene mérito y lo respeto. Porque a Bennett lo quise como a un padre.

Su ausencia duele.

No había vuelto a entrar en la casa desde aquella mañana. Por eso, al subir las maletas y mirar hacia el despacho, se me cerró el estómago.

El sobre está en mi casa y lo que contiene pesa más que los tres los trastos de Olivia juntos.

Aprieto el puño al recordar su tacto. Su mano pequeña dentro de la mía.

Nunca la había tocado antes. Y puede que haya cometido un error. Ahora sé cómo se siente hacerlo.

Me mira imponiendo distancia, como si midiera cada paso o guardara secretos. Da igual. Yo también los tengo.

No parece saber qué hacer conmigo.

Ni yo con ella.

De todas formas, me pongo a su disposición antes de marcharme. Ya me dirá lo que necesita.

Me calo el sombrero y salgo de la casa.

El perro me sigue.

—Sirve para algo, Bandido, vigílala. Que no se rompa el cuello cuando salga —bromeo.

Me mira como si entendiera y mueve la cola.

—¿Qué hacemos con el potro nuevo, jefe? —pregunta Mason.

—Déjalo en el corral pequeño.

Me molesta que me diga jefe, pero como está de paso, se lo perdono.

Aquí no hay jefes, aunque sí jerarquías. En un rancho, el respeto se gana con experiencia, no con palabras.

Vuelvo al *box* de Sombra. La yegua sigue apagada.

—¿Qué pasa, chica? ¿Lo echas de menos?

Apoya la cabeza en mi hombro y resopla. Le acaricio el cuello, lento.

—Tienes que comer.

—Perdón, no sabía que estabas aquí —se disculpa Olivia.

Me giro.

Se acerca, despacio, y extiende la mano. Sombra la huele y la reconoce.

—Hola, bonita —murmura cuando se le acerca.

Le acaricia el hocico. Sonríe y luego se seca una lágrima.

Sombra pega la frente contra la de la chica, bufa, moviéndole un mechón de pelo, y yo me quedo mirando su cuello como un idiota.

—Está flaca —señala bajito.

—Come poco. Tampoco se ha dejado montar —contesto.

Alza la mirada y me pilla observándola. No me preocupo en apartar la vista rápido.

—¿Desde que murió mi abuelo?

Asiento con un movimiento y me apoyo en portezuela con los codos.

Ella coge heno y se lo ofrece a Sombra, que acepta, aunque mastica sin ganas.

No me gusta.

La yegua confía en Olivia Bennett demasiado rápido.

Los caballos no se equivocan con la gente. Eso es lo que me preocupa. Esta mujer no debería sentirse segura aquí. Tampoco cómoda. Y, mucho menos, bien recibida.

—Lo echas de menos… —murmura, abrazando la yegua—. Yo también.

El animal golpea el suelo con el casco.

La chica parece pequeña y frágil a su lado. Y triste.

Necesito conocer sus planes, y no me andaré con rodeos:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le pregunto sin más.

—No lo sé —responde, indiferente. Coge más heno y extiende la mano—. El que haga falta. Quizá para siempre.

No me mira ni una sola vez, sigue dándole de comer a Sombra, como perdida en sus pensamientos.

Aprieto los dientes para no seguir indagando en lo que de verdad me importa.

Con suerte, la vida del rancho se encargará de ahuyentarla mejor que nadie. Y si hace falta, le pondré las cosas difíciles.

No puede quedarse.

No lo permitiré.

Bennett sabía que algo iba a pasar y pasó. Debo confiar en su instinto.

Y voy a cumplir su último deseo, el que me dejó por escrito.

Mis presentimientos son ciertos. Olivia Bennett va a traer problemas. De los grandes. Y tengo que evitarlo.

Capítulo 3

—Olivia—



Cae la noche y todos se van. El silencio me incomoda. La oscuridad, aún más. Y la soledad… peor. Aquí los miedos aparecen de la nada, como si tuviesen cuerpo.

Supongo que me acostumbraré.

Me levanto del sillón de cuero de mi abuelo y me envuelvo con la manta que traje de Seattle. Dejo la taza en la cocina y subo al despacho.

Tendré que poner un poco de orden.

La vieja lámpara ilumina una foto mía. Otra de mi padre. Carpetas, presupuestos, notas. Y su nombre por todas partes.

Maldito Caleb Walker.

Mi abuelo confiaba demasiado en él.

Gruñón, antipático y entrometido. Eso es lo que es.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —repito imitando su voz grave.

No me sale ni parecida.

—A ti qué te importa si me voy o me quedo. Si conservo el rancho o lo vendo —suelto en voz baja.

Seguro que preferiría que me marchara. Así podría seguir jugando a ser el dueño de algo que no le pertenece.

Caleb lleva aquí media vida. Ya estaba cuando venía con mis padres. Y mi abuelo tuvo la brillante idea de que fuese él quien me enseñara a montar.

Recuerdo que por aquella época buscaba excusas para ir al establo y verlo trabajar.

Era alto y demasiado serio. Eso bastaba para llamar mi atención y me pareciera peligrosamente atractivo. Ahora, además, es ancho. Muy ancho. Y esos brazos…

—Horribles —miento.

La espalda tensa, la mirada penetrante, el gesto permanente de enfado…. Caleb no me quiere aquí. Se nota.

Y no me importa.

—Qué pena, Walker. No se te va a cumplir el deseo —digo a la foto en la que aparece.

En primer plano estoy yo subida a Sombra. Intentando montar, porque nunca aprendí.

«Sujeta las riendas así. Fuerte», me ordenó el señor *simpático.*

Su voz era demandante e impaciente. Me daba vértigo. La distancia desde el lomo de Sombra hasta el suelo, también.

Y pasó lo que tenía que pasar. Me caí.

«Un poco de barro no te hará daño».

«Es solo un raspón, señorita».

Esas fueron sus palabras para calmarme.

Muy empático, sí.

Entré llorando en la casa y nunca más me subí a un caballo. Tenía quince años.

«¡En los corrales no se juega!», me gritó otro día. Yo ya había cumplido diecisiete.

¡Lo odié tanto!

Y me parecía tan atractivo.

Además de imbécil.

—Como ahora, Oli.

Apago la luz y cierro.

Mañana será otro día, uno menos cansado. Ojalá tenga tiempo para ir a mi estanque secreto a ver cómo está.

Entro en mi antiguo dormitorio. Me enfundo el pijama y me meto en la pequeña cama. Tiene las sábanas de siempre. Las de margaritas.

Nada ha cambiado.

Y, a la vez, ha cambiado todo.

Estoy a punto de cerrar los ojos cuando una luz cruza la ventana. Se mueve. Se detiene. Y mi corazón se dispara.

Silver Pine está alejado, incluso de los vecinos. Por mucho que grite, nadie me oirá.

Me levanto de golpe, decidida. Bajo corriendo, me pongo las botas con manos temblorosas. Abro la repisa de la entrada, cojo la escopeta del abuelo y salgo.

La noche se ha puesto fría, pero no me importa. Piso una piedra con el tacón y se me dobla el tobillo. Aprieto los dientes y sigo.

No pienso.

Si pienso, me bloqueo.

Camino despacio hasta el establo pequeño, apuntando hacia delante, porque de ahí viene la luz, y me detengo en la entrada.

Respiro hondo. Una vez, dos. Y entro.

Hay ruidos y mi instinto me grita que levante la escopeta.

El corazón me golpea en las costillas, pero lo ignoro. Cuento hasta tres y suelto el aire antes de gritar:

—¡Esto es propiedad privada! ¡Puedo disparar!

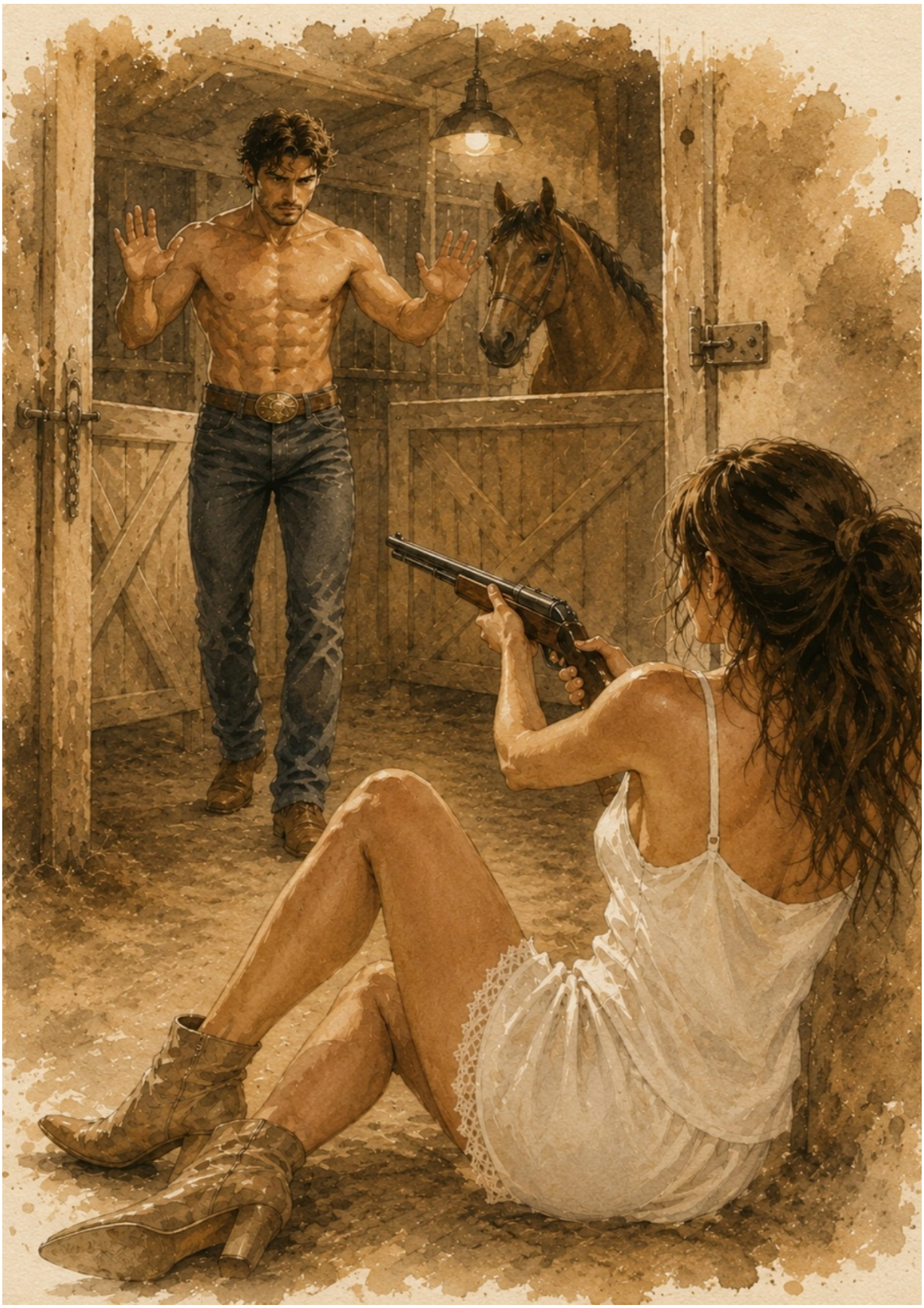
Genial, Olivia.

Muy convincente.

—Eh, eh. Baja eso —ordena Caleb, con las manos en alto.

Me sobresalto y doy un paso atrás. El tacón vuelve a jugar en mi contra y caigo de culo.

—Hostia… —murmura.



Sa cerca para ayudarme.

Huele a… no sé a qué huele. Su piel está caliente y… está casi desnudo.

—¿Y tu camisa?

—¿Y tu ropa?

Ambos nos hacemos un buen repaso. Sin disimulo.

Yo empiezo por su pecho desnudo y termino atrapada en la línea marcada que desaparece bajo el pantalón. Podría ponerme a contar los cuadraditos de sus abdominales, pero elijo su boca como zona interesante. Es por eso por lo que veo que se muerde el costado del labio inferior y también levanta las cejas.

Mi pantalón corto y el *top* de tirantes no me cubren mucho. Pero lo que está mirando son mis pezones duros, que se marcan en la seda blanca.

—Hace frío —digo, cruzándome de brazos.

Recoge su camisa del suelo y me la pone sobre los hombros.

No hacía falta.

Luego agarra una camiseta sucia y se la pasa por la cabeza.

Tampoco era necesario.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—De nada —dice en tono irónico—. Estaba inquieto —añade, señalando el potro a su espalda.

—No vuelvas a hacerlo —espeto, ofuscada—. Me has dado un susto de muerte.

Me doy la vuelta, camino un par de pasos endebles y así, dándole la espalda, le suelto:

—De ahora en adelante, si vas a quedarte en el rancho, me avisas.

Las cosas van a cambiar. No sé hasta dónde le permitía mi abuelo, pero yo tengo reglas nuevas.

—Me quedo todas las noches —afirma, aburrido y sin emoción.

Me doy la vuelta de golpe. Está con la mano extendida, devolviéndome la escopeta.

—Vivo en la cabaña —añade como si fuese una obviedad.

Parpadeo rápido al conocer la información.

—¿En la cabaña?

Es *mi* cabaña. La que el abuelo construyó para mí.

Aunque nunca la usé, porque dejé de venir.

Le quito el arma de un tirón, sin ser capaz de dominar el arrebato.

—Vivo allí desde hace años. El viejo quería a alguien vigilando por las noches.

—Mi cabaña —repito, ignorando su explicación.

Me indigna y me irrita a partes iguales saber que vive aquí en el rancho.

—Vete a casa. Hace frío —dice y señala la entrada de la caballeriza, para enfatizar sus palabras.

Ya sé que hace frío. Lo siento en la piel erizada, en la rigidez de mis hombros. En todos lados.

Me alejo sin decir nada.

—La próxima vez, carga la escopeta —añade a mi espalda.

Su voz me pone furiosa. Parece que se burlara de mí.

Me envuelvo con la camisa en un movimiento brusco. Camisa que huele a él, por cierto.

¡Maldición!

—No te soporto, Caleb Walker.

—Se nota. —La voz viene de atrás.

Me giro y lo veo a dos metros de mí.

Me señala la puerta con la cabeza. Espera hasta que entro. Y se va.

Capítulo 4

—Caleb—



Me encanta la vida del campo. Es ajetreada pero tranquila si te organizas.

Rectifico. Era.

Olivia Bennett me la está poniendo complicada de cojones.

Parece que el código de vestimenta del rancho no le ha quedado claro. ¿Tan mala memoria tiene? Primero, ese pijama de seda demasiado sexy y con muy poca tela.

Si cierro los ojos puedo recordar el tamaño exacto de sus pezones.

Muevo el índice contra el pulgar, como si pudiese apretarlos.

—Contrólate, vaquero —me digo.

Inclino el sombrero al pasar junto a ella y sigo de largo.

Lleva *leggings*, sujetador deportivo, zapatillas, reloj inteligente y gorra con visera. Todo combinado y bonito. Y muy ajustado.

—Vuelvo en una hora. Pon la alarma para las diez. Te espero en el despacho —suelta de corrido, calentando los músculos de las piernas.

Espectaculares y bronceadas, si recuerdo bien.

Por supuesto que recuerdo bien.

—Mierda —mascullo.

El todoterreno de los peones se acerca por el camino y Olivia va hacia allí. Así vestida.

Monto a Ranger y salgo al trote.

Los tengo que poner en aviso.

Intercepto la camioneta antes de que lleguen hasta ella, Mason frena.

—Buen día, jefe. ¿Pasa algo?

—Sí. La señorita Bennett va a correr por aquí. Quien la mire como no debe, se queda sin trabajo. ¿Queda claro?

No voy a tener problemas con los peones por culpa de una mujer que ni siquiera debería estar en el rancho.

Aceptan, rebuscando con los ojos, con curiosidad.

—Pues andando.

Tiro de riendas y vuelvo con ellos. Cuando se cruzan con Olivia, la camioneta se detiene.

—Buenos días —saluda Mason con entusiasmo.

—Buenos días, Mason Briggs —contesta ella.

Joder, por qué sonríen tanto.

—Muchachos, esta es Olivia, la nieta de Bennett —la presenta como si fuese una chica más del pueblo.

—La dueña de Silver Pine —corrijo, serio—. Y vosotros llegáis tarde.

Se ponen en marcha tras el saludo de cortesía. Olivia se coloca las gafas de sol.

—La alarma —dice, tocándose el reloj con el dedo índice y echa a correr.

La alarma. Claro.

La observo alejarse. Cometo el error. Porque esas mierdas de *leggings* deberían ser ilegales si tienes ese culo.

La actividad del rancho se pone en funcionamiento.

Briggs y Hunter sacan caballos. Unos limpian corrales, otros preparan los ponis para las clases con los críos. En la zona norte, los propietarios que alquilan un *box* regresan poco a poco. En la pista pequeña ya hay jinetes trabajando. Todo está funcionando como debe ser.

Menos mi cabeza.

Miro hacia la entrada del rancho más de la cuenta.

Olivia no ha vuelto.

—¿Voy a buscarla? —pregunta Mason.

Señalo el camino con la cabeza y entiende que la respuesta es sí.

—Mira por el arroyo.

Hace un gesto afirmativo y se va.

Diez minutos después, regresan en unas de las RAM del rancho.

—Gracias, Mason. Te debo una —dice Olivia.

Cojea.

Mierda, lo sabía.

—Se torció un tobillo y venía andando despacio —me explica el chico.

Asiento y callo las maldiciones. Qué más tiene que pasar para que se dé cuenta de que no encaja.

—Ve a por el heno.

—Sí, jefe.

Con la punta de la bota despierto a Bandido. Este alza la cabeza con pereza y me mira.

—Te dije que la vigilaras.

Se levanta, como si entendiera. Se estira, camina hasta la casa grande y se echa en la alfombra, frente a la puerta.

Buen perro.

A las diez dejo todo lo que tengo entre manos y voy a la reunión con la señorita engreída.

Ya en la entrada, me quito las botas —porque nadie pisa la casa de Bennett con barro en las suelas— y me pongo las que dejo siempre debajo del banco.

Golpeo y entro.

—¿Se puede? Soy Caleb —digo.

—Estoy aquí. En la cocina.

Camina descalza, con un vestido suelto y lleva el pelo húmedo, recogido sin cuidado. Es una mujer preciosa, se ponga lo que se ponga. Demasiado elegante para un rancho de caballos.

Se mueve por la cocina como si siempre hubiese vivido aquí.

Señala la cafetera sin mirarme.

—¿Cómo lo tomas?

—Solo.

Me deja la taza delante.

—Necesito que me hagas una lista de todo lo que se hace en el rancho. Turnos, tareas, ingresos, gastos… Y que me ayudes con unas carpetas. Mi abuelo era un desastre con los papeles.

Inclino la cabeza, aceptando, y bebo un sorbo. El café está realmente bueno.

Olivia hace un silencio demasiado largo. No sé si espera que yo diga algo o qué. Lo cierto es que no tengo nada que aportar.

—Quiero hacer cambios en la casa. ¿Puedo contar con un par de vosotros para mover muebles?

Se sienta frente a mí.

—Cuando termine, te ayudo yo —digo, sin darle más vueltas al tema.

Lo piensa.

Bebe.

Me mira.

Tuerce el gesto.

Se le escapa un mechón húmedo, lo aparta detrás de la oreja y bajo la vista. No quiero que me vuelva a pillar.

—Siento lo de anoche —confiesa bajito.

—No hace falta.

Entrecierra los ojos y chasquea la lengua.

—Claro que hace falta. Fui una borde. Aunque, en mi defensa, debo aclarar que no sabía que estabas detrás de mí.

Tampoco tengo nada que agregar a lo que argumenta.

Se queda mirándome como si intentara descifrarme. Y yo hago lo mismo con ella.

«Joder, ¿qué le pasa?».

Se acaba el café y niega, como si no le cuadrara nada.

Joder, no la entiendo.

—En fin… —resopla—. ¿Cómo sigue Sombra?

—Igual.

Deja la taza despacio. Demasiado despacio. Endereza la espalda y me clava la vista, entonces entiendo que se está enfadando.

De repente, se pone de pie, arrastrando la silla, furiosa.

Qué mala hostia tiene por la mañana.

Apoya la taza en la encimera, con fuerza.

—Hablar contigo es como hablar con una pared —suelta—. Lo intento, Walker. De verdad. Pero me lo pones imposible. Así no vamos a ningún sitio. ¿Me oyes?

Oírla, la oigo, pero sigo sin entender el jodido motivo de su enfado.

Capítulo 5

—Olivia—



Caleb no responde enseguida. Se queda mirándome con intensidad, en silencio, como si estuviera calibrando cuánto puede soportarme antes de perder la paciencia. Y me incomoda. Mucho.

Luego, deja la taza en la mesa con parsimonia.

—Sí —dice.

Nada más.

¿Sí?

Siento el calor que me sube por el cuello.

—Sí, ¿qué?, Walker.

Podría haber dicho mil cosas: que haría la lista, que podía contar con los peones. que lo de anoche estaba olvidado… Cualquier cosa. Pero no.

—Te oigo — añade al cabo de unos segundos.

Dos palabras cortas y porque lo obligo con mi reacción.

Aprieto los dientes contra la lengua para no soltar culebras por la boca.

—Pues podrías decir algo más —gruño, perdiendo el control.

Su mandíbula se tensa. Mis dedos también, agarrados fuertemente al borde de la encimera.

—No sé qué quieres que diga.

—¡Cualquier cosa! —exclamo—. Una opinión o una queja. Algo que me haga sentir que no estoy hablando sola.

Aparta la silla y se levanta. Son casi dos metros de hombre parco y testarudo lo que ahora llena mi cocina. Lo que hace que el espacio parezca demasiado pequeño para los dos.

—Te preparé esa lista.

Cierro los ojos, respiro hondo y suelto el aire.

—Bien.

—El rancho funciona —añade antes de darme la espalda y poner rumbo a la puerta.

¿Perdona? ¿Le molesta que pregunte?

Cojeo tras él para pedir explicaciones.

—¿Y eso qué significa exactamente? —insisto—. ¿Funciona cómo? ¿Da beneficios? ¿Cubre gastos? ¿Hay margen? Necesito saberlo, Walker.

Se detiene en la puerta, sin girarse del todo.

—Funciona —repite en tono neutro.

Juro que este hombre va a acabar conmigo.

Eleva una ceja al verme darle la vuelta y enfrentarlo dando saltitos. Luego se coloca el sombrero y sale.

—No vayas a correr mañana.

Parpadeo y tuerzo la cabeza.

—¿Eso ha sido una orden?

Espero que no, porque…

—Voy al pueblo —dice, ignorándome—. ¿Necesitas algo?

Está sentado en el banco de fuera, cambiándose las botas con total calma.

—Sí. Que me lleves —contesto.

Porque la verdad es que me vendría bien salir de aquí, respirar otro aire y hacer compras.

—Dime qué te hace falta —replica, señalando mi tobillo.

—Es solo una torcedura. Voy contigo.

—Puedo traerte lo que sea.

¡Qué terco es, madre mía!

No debe querer que lo vean conmigo o estar más tiempo del necesario a mi lado.

«No sabes con quién te metes, vaquero».

—Tampones y compresas. De las buenas. Y analgésicos para el dolor menstrual.

Levanta la cabeza, alza una ceja y entonces me río, despacio.

Su gesto afloja, cuando entiende que estoy bromeando. Y sonríe.

Joder. Sonríe.

Y el cambio le transforma toda la cara.

Se le arrugan los costados de los ojos y hasta me regala una vista rápida de su perfecta dentadura.

No me atrevo a pestañear, porque no quiero perderme algo tan bonito. E insólito.

—Anda, ponte algo en los pies.

Asiento, muda. Es que me ha robado las palabras.

—Voy a por el Jeep.

Vuelve enseguida. Yo lo espero en la entrada con las sandalias puestas para no demorarlo y evitar sus quejas.

Me mira los pies y chasquea la lengua.

Decido ignorarlo, ya que su opinión sobre mi calzado es irrelevante para mí.

Camino lento hasta el coche, porque un poco sí que me duele.

Razón no le falta: mañana no debería salir a correr.

—Estás cojeando, Olivia —suelta con voz ronca.

—Estoy caminando despacio —replico, sin dar el brazo a torcer.

—Mientes fatal.

Baja resoplando y, antes de que pueda reaccionar, me agarra por la cintura y me levanta sin esfuerzo. Como si nada.

Mi corazón se dispara de inmediato. Y no es por el susto.

—¡Walker!

—No empieces.

Ni siquiera sé por dónde empezaría.

Me deja en el asiento, pero no aparta las manos de mi cintura enseguida. Y cuando sus ojos bajan a mi boca, se me retuerce el estómago. Es lo que sucede cuando se me acerca, me pone nerviosa.

Mis ojos lo siguen cuando da la vuelta al Jeep. Aclaro que no soy yo. Son mis ojos.

Sube y arranca, con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios. Es ridículo. Hasta ese insignificante detalle se lleva mi mirada.

Todo en él es tan… masculino. Maldito sea. Algo se altera dentro de mí solo viéndolo respirar hondo. Y es desesperante que me parezca sexy incluso conduciendo.

—Si no vas a poner música, podemos hablar del rancho.

—Adelante —contesta, sin dedicarme ni una ojeada rápida.

—¿Cuántos caballos hay en el rancho?

—Ahora hay treinta y dos.

Sigue sin mirarme, solo conduce.

—¿Del rancho cuántos son?

—Doce.

No duda en sus respuestas. Tampoco es que tenga que pensarlas demasiado.

Me enoja que no dude. Y todavía más que no me mire mientras responde. Y que no se extienda más en la conversación.

—¿El resto?

—Son de clientes.

—Que alquilan los *boxes* —añado, ya crispada.

Asiente en silencio.

—¡Pues, dilo!

Gira la cabeza, sorprendido por mi arrebato.

—Que alquilan los *boxes* —repite igual de plano que antes.

No lo puedo creer. Es tan…

Cuento hasta cinco, inspiro en cada número y suelto el aire despacio cada vez.

—¿Siempre respondes con frases de no más de tres palabras?

—Depende de la pregunta —contesta, esta vez, mirándome.

Nuestros ojos se atrapan por un instante, y es él quien los aparta primero.

—Los ponis para las clases ¿son todos nuestros? —sigo preguntando.

Afirma en silencio.

Me giro para quedar de frente a él. Alzo una ceja y espero.

—Sí.

—Así está mejor.

Se le estiran los labios. No es una sonrisa, pero me lo tomo como tal.

—Mi abuelo me habló de un huerto. ¿Cómo va?

—Las mujeres de los peones han hecho un buen trabajo.

Ha dicho diez palabras juntas, debería festejarlo, pero me callo. No le gustan mucho mis bromas tampoco.

—Eso me ha contado, sí. ¿Da beneficios?

—Desde hace un año, sí.

Entramos en el pueblo y me gusta lo que veo, tanto que se me dibuja una sonrisa. Es pequeño, tranquilo, bonito.

—No tengo recuerdos de esto —digo, mirando alrededor—. Siempre quería quedarme en el rancho. Estar mucho tiempo en el coche me aburría.

Aparca y me mira.

—Eras una cría malcriada.

No lo dice como un insulto, sino más bien como una observación y lo peor es que lleva razón.

—Lo era y aún lo soy —respondo, sonriendo con descaro.

Niega con un gesto divertido, eso creo, y baja del coche.

—Nos vemos aquí en dos horas.

—Vale —contesto, un tanto distraída.

Ya en la acera, miro para todos lados, pero no tengo ni idea de dónde estoy. Me saco el móvil del bolsillo para buscar en internet un negocio donde comprar lo que necesito.

Levanto la vista para ubicarme y él sigue aquí. Estudiándome. Majestuoso y arrogante.

—Necesitas botas, Olivia —dice dando el primer paso hacia algún lugar.

Hablando de arrogancia…

—Tengo zapatos.

—No sirven y lo sabes.

—Son de diseñador — replico, solo por picarlo.

Es otra de las compras que tengo en la lista, pero no merece que se lo diga.

—Peor.

Esta vez sí entiende que es una broma. No sonríe, pero se le afloja la expresión y empieza a caminar. Gira un poco el cuerpo, me observa y levanta una ceja.

Y, sin pensar demasiado, lo sigo.

Capítulo 6

—Caleb—



La gente la mira. Apuesto lo que sea a que el rumor ya ha llegado. Todos saben quién es.

En un pueblo así, el chisme corre más rápido que el río.

Yo debería estar sentado frente a Wyatt, sacándole respuestas. Para eso he venido. Sin embargo, estoy acompañando a Olivia a comprar botas.

Cojonudo.

—Caleb, hijo. ¡Cuánto tiempo! —saluda Lily.

—Te he traído una clienta.

—Tú debes ser la chica Bennett. Siento mucho lo de tu abuelo, hija.

Le acaricia la mejilla y Olivia se lo agradece. El silencio se alarga, se torna un poco incómodo, y la mirada de angustia forzada de Lily más aún.

—Botas… —le recuerdo.

—Claro, claro. Siéntate, que te traigo lo mejor.

—Siempre dice lo mismo —murmuro.

Olivia suelta una risa suave.

No pasan ni cinco minutos que ya tiene tres pares delante. Coge uno, lo examina y sonríe ilusionada. Se lo prueba sin decir nada y lo estudia con la mirada.

Chasqueo la lengua por pura frustración. No tiene ni idea.

Me agacho sin pensarlo y le rodeo el tobillo con la mano. Tienen que ajustar bien si no…

—Demasiado sueltas —digo, levantando la vista.

Baja la cabeza. De pronto, su cara queda peligrosamente cerca de la mía. Y su boca también.

Joder.

Traga saliva. Lo veo en el movimiento de su garganta.

Aprieto un poco más el tobillo. Igual que haría con su cuello si quisiera acercarla más a mí y lo suficiente para notar cómo contiene el aire.

—¿Podrías no tocarme? —protesta con dientes apretados.



—Podría, sí.

Pero no la suelto.

Entrecierra los ojos y abre la boca. Va a replicar seguro.

—Pruébate esas —la interrumpo.



No diría que Olivia haya disfrutado comprando conmigo. Yo, en cambio, estoy más tranquilo. Ya no irá en tacones, haciendo equilibrio.

Ahora vamos a por el sombrero.

Lo de estar a punto de lanzarme a sus labios es un detalle sin importancia. Así lo quiero recordar. Mejor dicho, olvidar. Porque si no, me volveré loco.

Necesito que esta mujer se vaya del rancho. Ya. Empiezo a no fiarme de mí y no quiero cagarla.

Ella me descoloca.

Ya había salido de la casa un poco afectado, porque cuando me toca las narices a propósito, se le ensancha la sonrisa y le brillan los ojos.

Si pelear conmigo tiene ese efecto… Qué cojones. Que me lance todas las pullas que quiera.

—Vamos allí —señalo.

Olivia me sigue sin protestar.

Veinte minutos después vuelvo a hacer el imbécil.

—¿Qué? —pregunta.

Que quiero mirarla todo el rato, eso, pero respondo:

—Nada.

—Nada, no, me estás mirando —insiste con la voz chillona.

Me aclaro la garganta y le recoloco el ala del sombrero.

Mis dedos le rozan la sien y me arrepiento en el acto de haberla tocado otra vez.

¡Mierda!, quiero volver a hacerlo.

—Estoy pensando —miento.

—¿En qué piensas?, si se puede saber.

Decirle que en las mil formas de enterrarme en ella no va a quedar bien.

—Que ahora sí pareces una Bennett de Silver Pine.

Su jodida sonrisa otra vez. No puedo evitar fijarme en cada gesto, en cómo frunce la nariz o en la línea que se le forma en la mejilla derecha.

Qué fácil es mirarla.

Darme cuenta de eso hace que mi humor se vaya a la mierda.

No debería estar aquí. Ni de paseo con una mujer que no me soporta. Y que, además, despierta en mí pensamientos bastante guarros y fuera de lugar.

—Tengo que hacer unos trámites. Espérame en el coche —suelto sin aviso.

—Ah, bueno. Yo… buscaré una cafetería —balbucea.

Me toco el sombrero y le doy la espalda. Ignoro la incomodidad que le provoca mi reacción tan abrupta.

A tomar por culo.

Necesito alejarme de ella cinco minutos antes de hacer una estupidez.

Con zancadas largas llego a la oficina del *sheriff*. Entro al pequeño edificio y golpeo la puerta del despacho de Wyatt.

—Pasa. Qué raro, tú a estas horas —dice.

—¿Y, tienes algo? —pregunto.

Recibo un resoplido por respuesta.

—No sé qué quieres que te diga, Cal. No hay nada. Ha sido un accidente. Caso cerrado —dice sin mirarme.

—No aceptaré eso. Ya lo sabes.

—Joder, qué testarudo eres.

Aprieto los dientes con fuerza.

Wyatt Kane es mi amigo. Sé que cuento con él, aunque si se va de la boca, la caga.

—Tengo mis motivos. Confía en mí —digo, sin agregar nada más.

—No me basta, pero haré preguntas. Con la llegada de la nieta, alguien puede decir algo. No sé. No tengo la más puta idea de lo que quieres que busque, Cal.

Asiento. Es poco, sin bien es algo.

—Gracias. Nos vemos a la noche.

—Relájate un poco antes.

—Gilipollas.

Wyatt suelta una carcajada a mi espalda.

Me voy directo a la cafetería de la otra calle. Una de las pocas del pueblo. La distingo enseguida, sentada en la mesa de la ventana.

No está sola, y cuando reconozco al tipo que la acompaña, acelero el paso.

Jake Dalton.

—Hijo de puta.

Entro con los puños apretados. Tranquilo por fuera. No tanto por dentro.

El muy cabrón despliega su encanto —como si lo tuviera— y sonríe mostrando los dientes, exagerando interés.

¿Por qué tiene que ser tan simpática con todo el mundo… y tan difícil conmigo? Y ya que estamos, podría no festejarle las bromas a un imbécil como ese.

—Ya estás lista, ¿verdad? Nos vamos —digo al llegar a su lado.

Le pongo la mano en el hombro. Ella la mira, tensándose; luego, sube los ojos hacia mí.

—Sí. Claro, eh… Te presento a…

—Ya nos conocemos —la interrumpo.

—Caleb —saluda Dalton.

—Walker para ti.

El tipo sonríe más, como si yo hubiese hecho una broma. No me extraña. Siempre ha tenido cara de gilipollas satisfecho.

—Nos vemos —dice ella.

Se levanta y sale sin más.

La sigo, callado, porque mi presencia le molesta. Se le nota mucho.

—Eres insufrible —murmura entre dientes.

Llegamos al coche y subimos. Yo continúo en silencio.

—¿Tienes que comprar… eso? Tampones y demás.

—No —responde, escueta.

Bien. Enciendo el motor y arranco.

Ella sigue sin mirarme después de diez minutos de viaje. Tampoco habla. Hasta que se aclara la garganta.

—Jake Dalton es mi vecino más cercano.

¿A qué cojones viene eso?

—El rancho Dalton está casi a la misma distancia que el de Harrison Doyle.

—¿También te llevas mal con él?

—No.

—Jake parece agradable —insiste, y asiento, sin estar de acuerdo.

—Lo es si quiere —le aseguro.

Ahora sí me gano su mirada.

Giro la cabeza para corroborarlo y vuelvo la vista al camino.

—Es un gilipollas. No te acerques a él.

Tuerce el cuerpo completo para ponerse de frente a mí.

—Tú no eres nadie para darme órdenes.

—Es un consejo —aclaro, y subo la radio.

Se acabó la charla.

Es lo único que se acabó. Se lo prometí al viejo. Ha sido después de muerto, pero no importa. Ese cabrón no va a acercarse a ella, aunque tenga que romperle la cara si lo hace.

Capítulo 7

—Olivia—



Me bajo del Jeep en cuanto se detiene. Estar cerca del capataz gruñón más de quince minutos seguidos no es buena idea. Me descoloca.

Me pone… rara.

No ayuda su forma de hablar, ni su forma de callar. Y, mucho menos, la manera de mirarme, fija y sostenida, como si supiera exactamente lo que me pasa por la cabeza… y le diera igual.

Cuando lo tengo cerca, me descubro pendiente de cosas que no debería: de cómo se le tensan los antebrazos al sujetar el volante, de cómo se le marcan los músculos bajo el vaquero gastado cuando cambia de postura, de su garganta al tragar…

Y su voz.

¡Joder!

Grave, rasposa, vibrándole en el pecho como si cada palabra llevara una intención peligrosa, aunque apenas hable.

Eso es lo que de verdad me saca de quicio, porque anula mi capacidad de reacción.

—Olivia Bennett, espabila —me digo bajito mientras entro en la casa.

Me quito las botas, el sombrero, y subo al dormitorio para cambiarme de ropa.

Me pongo un pantalón ajustado, una camiseta de tirantes y una camisa vaquera anudada a la cintura.

Ahora sí. Ya estoy lista para ver el rancho.

Me acerco a los establos más cercanos, donde están los caballos de la familia y los que usan los empleados. A veces hay algún box ocupado por un potro que necesita atención extra. Allí me encuentro con Mason.

—Señorita Olivia —saluda.

—Nada de Olivia. Oli, si quieres.

Sonríe, porque yo lo hago.

—Oli, entonces —declara.

—Oye, necesitaré ayuda este fin de semana. Tres pares de brazos fuertes, ¿qué me dices?

Su expresión se torna seria. Mira para un lado y otro.

—Tengo que mover muebles en la casa. Por supuesto, prometo pagar bien por el trabajo —añado.

—Lo hará sin cobrar. Yo lo ayudaré —interviene, de nuevo, la figura «omnipresente» desde mi espalda, acortando la distancia hasta un punto que me incomoda.

¡Por Dios!

Se me eriza la piel incluso antes de verlo. Como si mi cuerpo lo reconociera antes que mi cabeza.

—Te pagaré —le digo a Mason, guiñándole un ojo.

Este se toca el sombrero y se escabulle.

Cobarde. A ver, que yo haría lo mismo, pero no puedo, un enorme *cowboy* me lo impide.

Levanto la mirada hasta sus ojos.

Dios mío, siempre olvido lo enorme que es hasta que lo tengo demasiado cerca.

—Vivimos en un país libre —señalo—. Él puede negarse y yo puedo pagar.

—Ya le pagas.

—No para mover muebles, Walker —contesto, resoplando—. Y tampoco recuerdo haberte pedido ayuda.

—Porque eres orgullosa.

Parpadeo, asombrada, y es que se ha dibujado en sus labios una… mueca torcida. Lejos está de ser una sonrisa, también tengo que decirlo.

¿Eso ha sido una broma?

¡Caray con el capataz!

Pero no hacía falta que se acercara tanto. Su sombra me cubre y me recorre un escalofrío por la espalda.

¿También me afecta su sombra?, ¿de verdad?

—Quiero recorrer el rancho —suelto de golpe.

—Briggs, ensilla a Tormenta —ordena sin pensar.

Tormenta es mi yegua.

—No —murmuro. Me mira con una ceja elevada—. Vamos en la RAM.

—Es más…

—En la RAM —zanjo, sin amilanarme.

Tuerce el gesto. Ladea la cabeza. Me sostiene la vista sin decir nada, como si estuviera intentando decidir algo.

—Deja de mirarme así —le pido y, en el acto, chasquea la lengua.

—No has aprendido a montar, Olivia Bennett.

Más que una pregunta es una afirmación.

Me encojo de hombros, restándole importancia. A él qué más le da.

—Eres dueña de un rancho de caballos. Nos dedicamos a domarlos y a formar jinetes —añade.

Auch.

Odio que tenga razón. Aunque no se la doy, por supuesto.

—Vamos —dice al final.

El recorrido es más largo de lo que recordaba.

Me enseña los establos de alquiler, la pista grande, el corral de doma y el almacén de pienso. Pasamos también por la granja, que es más grande de lo que imaginaba. Y acabamos en las cuadras de los ponis. Donde me presenta a los cuidadores y a dos de los profesores, que justo están por comenzar una clase.

Lo que dijo es cierto: el rancho funciona.

—¿Dónde se encuentra Pepper? —pregunto.

—En el cuatro —responde Earl, un hombre entrado en años, con la piel curtida y el entrecejo apretado.

Pepper es mi poni y yo, una dueña desalmada que nunca lo visita.

—Hola, gordo lindo —digo, abrazándolo, una vez que me acepta como intrusa en su cubículo—. Vendré a verte más a menudo. Lo prometo.

Caleb se apoya en la portezuela mientras me observa en silencio de una manera muy incómoda y muy a su estilo.

—No es un perro.

—Sé distinguir un poni de un perro, Walker —le explico—. Siempre lo he llamado «gordo», pero mi abuelo insistía en que no podía ponerle así. Entonces, lo rebauticé Pepper.

—Deberías haber aprendido con él —masculla, ahora a mi lado.

—Lo veía como un bebé —le explico, ofendida.

—Madre mía —refunfuña, negando con la cabeza.

Otra vez se le dibuja esa mueca…

—¡Era una niña!

—Sí, y encima malcriada —asegura, ya sonriendo; poco y breve, pero sonriendo.

—Ya hemos quedado en que lo era. Puedes dejar de repetirlo.

Es divertido molestarlo y obligarlo a ser más comunicativo, digamos. Cuando lo logro, su atractivo se multiplica.

Me doy la vuelta para salir y choco contra su pecho, ya que ni me había dado cuenta de que estaba tan cerca.

Su mano se cierra en mi cintura con firmeza y consigo mantener el equilibrio.

¡Qué guapo es!

—Volvamos —digo, con la voz más fina de lo habitual.

Me alejo rauda, antes de que ponerme más nerviosa. Y de que Caleb vuelva a mirarme así, porque cuando lo hace, empiezo a pensar cosas impropias de mí. De él. Y de mí con él.

Volvería caminando, si no estuviésemos tan lejos de la casa y no me doliera el tobillo. Es por eso por lo que me subo al vehículo aún con el corazón acelerado.

De camino de vuelta, el silencio ya no es tan molesto y lo agradezco. Hasta que frena de golpe.

—¿Qué pasa?

No responde.

Sale rápido, dejando la puerta abierta.

Sigo su mirada, que apunta hacia uno de los corrales. Un caballo oscuro da vueltas nervioso junto a la valla, resoplando y golpeando el suelo con la pezuña.

—Se ha asustado. No te acerques —dice, contundente.

Él sí lo hace. Despacio, provocando que el animal levante la cabeza y retroceda.

Yo dejo de respirar.

—Tranquilo…—masculla con voz calma, baja y segura a la vez.

Salta la valla sin esfuerzo y cae al suelo sin hacer ruido.

Un movimiento asquerosamente masculino y es hasta ridículo que me resulte tan erótico.

¡Qué sucia tengo la mente!

El animal resopla otra vez. Caleb da un par de pasos y le coloca una mano en el cuello. Todo su cuerpo está en alerta.

El mío, en completa tensión.

Cuando advierte que el corcel baja la guardia, él se impulsa y se le sube al lomo. Sin silla. No sé montar, pero estoy segura de que hacerlo a pelo es una hazaña peligrosa.

Se me escapa un grito ahogado.

—¿Está loco? —susurro, asustada.

El caballo da saltos bruscos. Se agita.

Caleb ni se inmuta.

Veo sus manos firmes en la crin, las piernas apretadas contra los costados, y lo somete poco a poco. Hasta que se calma del todo. Se inclina y le murmura algo. En el acto, el animal deja de moverse.

Me reacomodo en el asiento de la camioneta al darme cuenta de algo embarazoso. Muy embarazoso.

Ver a Caleb Walker dominar un potro inquieto debería parecerme impresionante y punto. Sin embargo, me parece terriblemente sexy.

Grita un par de órdenes a uno de sus hombres que se acerca corriendo. Este obedece de inmediato.

Yo también lo haría. Sin dudar.

Creo que estoy imaginándomelo sobre sábanas blancas, con margaritas. Maldita sea.

Aborrezco que mi imaginación me defraude de esta manera.

Cuando sube al coche, me encuentra mirándolo.

—Cierra la boca, Bennett.

—No la tenía abierta —murmuro en mi defensa.

Me sostiene la mirada, la baja a mis labios y niega en silencio.

—Sí la tenías —añade, contundente.

Mejor ya no discuto, pues tengo las de perder.

¡Qué guapo es!

Eso ya lo pensé antes y es una mala idea notarlo tanto y tan seguido.

«Mira por la ventana —me ordeno—. La otra ventana, tonta».



Al detener el coche frente a la casa, me bajo intentando disimular lo afectada que estoy.

Escucho el golpe de la puerta del conductor al cerrarse. Él también se ha bajado y parece enfadado por algo. Como casi siempre. Lo ignoro y ya está.

—Walker… —digo, girándome para preguntarle si sigue en pie lo del fin de semana.

Y lo que veo es…

¡Madre mía!

Se ha quitado la camisa.

Está de costado, sosteniendo una manguera, echándose agua por encima de la cabeza. El chorro le corre por el pelo, por los

hombros, el pecho… y se pasa la mano…

¿Necesitará que lo ayude?

Abre los ojos y se encuentra con los míos.

Que me trague la tierra, pero dentro de un rato, si no es mucho pedir.

Ya no recuerdo qué iba a decir.

Trago saliva.

Quisiera ser agua



Capítulo 8

—Caleb—



Sus ojos están pegados a mi cuerpo. Los siento recorrerme antes de girarme. Es físico. Como si alguien me rozara la espalda con algo suave.

Sigo echándome agua unos segundos más. El sol calienta y el polvo se me ha pegado a la piel, pero no es solo por eso.

Estoy esperando. A ver cuánto aguanta.

Cuando vuelvo la vista a ella, sigue ahí. Clavada en el sitio.

Joder.

La señorita Seattle no es tan fría como le gusta aparentar.

—¿Vas a quedarte mirando o vas a hablar? —suelto, borde.

Levanta la cabeza de golpe. ¡Pillada!

Durante un instante parece no recordar ni su nombre. Y juro por Dios que esa pequeña reacción se podría convertir en la gota que derrame el vaso.

Olivia Bennett, la misma que dice que no me soporta, me repasa como si quisiera tocarme por todas partes.

Lo he visto antes en mujeres del bar, en turistas desconocidas, en miradas que piden y que ofrecen. Pero en ella… en ella es distinto. Porque no pide nada y en lo que único que pienso es en dárselo todo. Incluso lo que prometí no volver a dar.

Se me escapa un gruñido cargado de frustración.

Sería muy fácil. Podría dar dos pasos, acorralarla contra la camioneta, inclinarme lo necesario para que deje de respirar así y descubrir si gime mi nombre al correrse, como lo imaginé anoche. Algo que, es obvio, no va a suceder.

Cierro la manguera.

Sin duda no soy su tipo de hombre. Y ella no es el tipo de mujer que se dejaría llevar.

—¿Qué querías?

Su mirada baja otra vez y solo lo que dura un parpadeo.

—Confirmar lo del fin de semana —dice con la voz ronca.

—Yo te lo arreglo —contesto. Y me alejo sin más.

No pienso alimentar las tonterías que pasan por mi cabeza.

Tengo que recuperar la cordura y dejarme de gilipolleses.

Doy dos pasos, ya más centrado, y me detengo, recordando que no sabe montar. No puedo permitirlo. Es la dueña de Silver Pine, la credibilidad del rancho está en juego.

—Olivia, a las siete en el *box* de Tormenta.

—¿Para qué?

La miro por encima del hombro.

—Solo sé puntual, me lo agradecerás.

No espero respuesta, me alejo. Ni siquiera me doy la vuelta, porque no quiero comprobar si me mira otra vez.

Odio no poder contenerme. Es tenerla enfrente y acabar fijándome en su boca o imaginando todo lo que haría con ella si me dejara.

El día pasa sin complicaciones. No la veo hasta la hora indicada. Mejor así.

La encuentro subida a una valla, dándole una manzana a Sombra.

—Te va a querer más que a mí —comento, rompiendo el hielo.

A ver si podemos tener la fiesta en paz por una vez.

—Soy más *querible* que tú, Walker. Y seguro que más simpática.

Sonrío.

Su lengua afilada también me mete en problema. Me hace pensar en las mil formas de callarla.

—Vamos. Tengo poco tiempo —digo, comenzando a caminar.

Se baja sin rechistar.

—¿Poco tiempo para qué?

—Ya lo verás.

Me sigue. Hasta que ve a Tormenta ensillada.

—No. Ni de coña. Y menos contigo —sentencia, tajante al darse cuenta de mis intenciones.

—Tráela. Y no dramatices.

—No voy a aprender a montar contigo. Eres la razón de que no sepa.

Me detengo en seco y la enfrento, girándome de golpe.

—Repite eso.

Nadie me ha insultado de esta forma, jamás.

Abre los ojos al ver mi gesto duro.

—Te tenía miedo —masculla—. Preferí no aprender.

¡Maldita sea! No esperaba tal afirmación.

Aprieto los dientes y niego con la cabeza. Estudio sus gestos durante largos segundos y me doy cuenta de que no exagera. De verdad me tenía miedo.

Es evidente que tenemos recuerdos muy distintos sobre aquello.

—Venga ya, déjate de excusas. Eras floja.

—Y tú, un gruñón.

Suelto una risa seca, porque tiene razón.



Tormenta no es un caballo para principiantes, pero se conocen, por eso la elijo.

—Móntala.

Arquea una ceja.

Se queda mirándome un instante, luego sonríe. Lo que significa que va a discutir.

—Sé mantenerme encima de un caballo.

Solo por molestarla, le preguntaría si sabría mantenerse sobre mí mientras me muevo. Podría ser una buena forma de aprender a conservar el equilibrio.

«Ya, sí, solo por molestarla. Serás cabrón. Pasa de esas ideas, tío».

Me aclaro la garganta.

—Vamos a comprobarlo.

Le acerco a Tormenta. Esta mueve las orejas, alerta. Olivia no se echa atrás, extiende la mano y le acaricia el cuello.

—¿Estás lista, preciosa? —le pregunta y el animal resopla.

—Está lista, sube.

Pone un pie en el estribo y me mira. Apoya la mano en la silla y se impulsa con un movimiento limpio. En un abrir y cerrar de ojos, está sentada sobre la montura.

—No está mal —murmuro, sorprendido de verdad.

—¿Ves? —dice, orgullosa.

—No te emociones y sigue.

Camino a su lado mientras la yegua avanza despacio.

—Talones abajo y espalda recta —indico, avanzando a su lado.

—Ya lo están.

Miro y sí, lo están.

Aprieto la mandíbula y las riendas que tengo en la mano.

—No tienes que acotar siempre.

—Solo digo que ya lo estoy haciendo como me lo indicas —añade.

Maldita sea esa boca.

Tormenta acelera un poco el paso para entrar a la pista y Olivia se inclina hacia delante.

Le sujeto la rodilla y en cuanto nota mi roce, se pone rígida de inmediato.

—Así. Mantén el peso en la cadera —le explico, restándole importancia a la situación.

—Podrías explicar sin tocar —me cuestiona, mirándome desde arriba.

—Podrías haberlo hecho bien y no te hubiese tocado.

Sus ojos brillan con rebeldía y enfado.

—Eres insoportable.

—Y tú, terca.

La yegua se gira de golpe y Olivia pierde el equilibrio. Estruja las riendas y endurece los hombros.

—Relájate —le digo.

Si se cae a la primera, no se va a querer subir otra vez.

—Estoy relajada.

La forma en que aprieta las riendas dice justo lo contrario. Y Tormenta lo nota. Para demostrarlo, sacude la cabeza y protesta.

—Si te pones rígida, será peor —le explico.

—No estoy...

—Olivia —suelto con un resoplido.

—Walker.

Nos miramos, los dos contrariados.

Sé que si la dejo, se caerá

Inspiro hondo, analizando mis opciones.

—Para el caballo.

Tira de las riendas, el animal obedece. Cuando está detenido del todo, me aferro a la silla y me impulso. Ahora estoy detrás de ella.

Olivia se queda completamente quieta. Yo también.

Tengo su espalda pegada a mi pecho y puedo sentir cómo contiene la respiración. La agarro por la cintura, sobre la piel desnuda.

Suspira.

El sonido se siente como un golpe en el estómago. Y jadeo.

¡Mierda!

No esperaba esta reacción. Ni la suya ni la mía.

—Relaja los hombros y respira —Mi voz sale más grave de lo normal.

—Estoy bien —dice bajito.

—No, no lo estás.

La rodeo con fuerza y la muevo hacia atrás. Su cuerpo se tensa aún más, al igual que ciertas zonas del mío.

—Inquietas al caballo, Olivia. Relájate.

Traga saliva y acata. Entonces, Tormenta empieza a caminar otra vez y nos balancea juntos.

Bien.

Me distraigo con el calor que desprende su cercanía, una distracción que se agrava con la fricción de su culo contra mis muslos.

—Sigue el movimiento —le digo cerca del oído—. No luches contra él.

Como lo estoy haciendo yo, que busco distancia, sin encontrarla.

Apoyo las manos en sus caderas, solo para guiarla. Pero a mi cuerpo le importan una mierda las razones y la mía, en el acto se acopla a la de ella. Sé que no debería pensarlo, pero lo hago: encaja a la perfección.

Ella intenta hacerlo como debe, parece concentrada y respira despacio. No como yo.

Tormenta avanza con un trote suave.

Yo soy un puto lío de testosterona en ebullición.

—Así —murmuro.

Mi voz sigue sonando rara.

Olivia se gira para mirarme por encima del hombro y como estamos demasiado cerca, mucho, mis labios acaban rozándole la oreja. Un mechón de pelo se engancha en mi barbilla y disfruto de la sensación. Me gusta.

Mentira, la odio.

—¿Siempre eres tan mandón?

Tardo un segundo en responder. Porque si sigo mirándole la boca, voy a decir una barbaridad.

—Siempre.

Digo, anulando los pensamientos que se han disparado en direcciones poco aconsejables.

Aprieto las piernas y la yegua acelera. Esta vez, Olivia se mueve con ella. Natural.

—Lo estoy haciendo —susurra, feliz.

También lo estoy por ella.

—Sí. No te distraigas.

Se ríe, emocionada por haberlo logrado. Y hubiese preferido no escuchar ese sonido, porque hace que me pregunte cómo sonaría si…

Joder con las tonterías que pienso.

—Basta por hoy —digo de repente.

Tiro de las riendas, Tormenta se detiene y bajo de un salto. Todo en dos segundos.

Necesito espacio.

Bastante espacio.

Porque si me quedo ahí arriba…

Cuando me doy la vuelta para marcharme, Olivia sigue sobre Tormenta, mirándome.

«Así no me ayudas, señorita Seattle. Haces que cada vez me cuesta más recordar por qué debería mantenerme lejos de ti».

Capítulo 9

—Olivia—



No voy a quedarme en casa, sola y aburrida, un viernes por la noche. Y, mucho menos, después de todo lo que ha pasado hoy.

Odio a Caleb Walker.

Mi cuerpo, en cambio, parece tener otra opinión. Una muy inconveniente y demasiado interesada en ese hombre.

Maldito traidor.

Si quiero que desaparezca de mi vida, necesito aprender a manejar este rancho cuanto antes y eso haré.

Aunque, después de encontrar una oferta de compra entre los papeles de mi abuelo, empiezo a plantearme otras opciones. Faltan documentos. Páginas enteras. Y el nombre del comprador no aparece por ningún lado. Seguiré buscando, porque tienen que aparecer.

En cualquier caso, tengo dos formas bastante claras de perder de vista al capataz gruñón.

Y en lugar de continuar estremeciéndome cada vez que recuerdo sus manos en mi cintura o el roce de su cadera contra la mía, decido

salir.

Me pongo una falda corta, unos tacones, un top bonito y me pinto los labios. Ya lista, conduzco hasta The Rusty Spur.

El bar está en la calle principal. Es un edificio antiguo de madera, bien mantenido e iluminado. La música country se oye desde la calle y, al entrar, me doy cuenta de que ha sido una buena elección. Está lleno.

Perfecto. Es lo que necesito.

Consigo un sitio en la barra y enseguida se acerca la camarera.

—Olivia Bennett, del Silver Pine, bienvenida —dice, amable.

—Esa soy yo —contesto, asombrada de que sepa quién soy—. Cómo corren los rumores.

Es guapa, segura y simpática. Decido que me gusta. Se inclina hacia mí, para quedar cerca, y amplía más la sonrisa cuando la miro.

—Aquí todo va más rápido que en la Fórmula 1, cariño. Eres la comidilla del pueblo. Y ahora mismo media barra está intentando escuchar esta conversación.

Me río ante su comentario y mueca. Luego, eleva los hombros con diversión.

Lo pillo, no tengo opción, mi llegada es «la» noticia en Red Creek.

—¿Cuánto dura? —quiero saber, para prepararme.

La chica suelta una carcajada.

—Depende. ¿Quieres disfrutarlo o esconderte?

Lo pienso un momento y, sin analizarlo demasiado, la segunda alternativa me parece una mejor idea, no lo voy a negar.

—Aún no lo tengo claro —respondo en broma.

Nos reímos juntas y golpea la barra con la mano.

—Pues mientras decides, ¿qué te pongo?

—Una cerveza. A poder ser bien helada.

Me la sirve en un abrir y cerrar de ojos, y, entonces, cambia el gesto.

—Siento lo de tu abuelo. Era un buen hombre —añade, cogiéndome la mano.

—Sí que lo era. Gracias. —Se la aprieto en agradecimiento.

—Soy Daisy Harper. Aquí estoy para lo que necesites.

Asiento y se aleja después de hacerme un guiño.

—Olivia Bennett —me nombran a mi espalda.

Reconozco la voz y me giro.

—Si es Mason Briggs —murmuro y entrecierro los ojos—. ¿Tienes edad para estar aquí?

—Veintiuno recién cumplidos —confiesa con seguridad.

No sé si creerle, tampoco es que me importe mucho.

Me presenta a sus amigos: un grupo de universitarios que están disfrutando de las vacaciones en su pueblo natal.

No me puedo quejar, el ambiente es distendido y la conversación, amena. Exactamente lo que he venido a buscar.

—Si no te intimida la mirada del jefe —me dice Mason al oído—, te enseño el baile en línea.

—¿Qué jefe?

Señala con disimulo y lo veo.

Caleb.

¡Maldición!, se me aflojan las rodillas.

Está al fondo de la barra, con dos hombres. No lleva el sombrero y tiene una camisa oscura pegada al cuerpo. Está jodidamente más atractivo que nunca.

Debería ser delito lucir así.

Habla y sonríe. Parpadeo varias veces al reparar en ello, sí… habla y sonríe. El descubrimiento me deja tonta por varios segundos.

Es desconcertante que haya personas que sí tengan la suerte de obtener más de tres o cuatro palabras juntas de su parte. Parece que yo no pertenezco a ese selecto club.

Y así, sin más, la rabia empieza a nublarme la razón. Porque sí. No hay explicación. Por eso, acepto la invitación de Mason.

—No me importa lo más mínimo —miento.

En cuanto me levanto, me mira. Directo. Como si no hubiese nadie más en el bar.

Lo ignoro. O eso intento, porque mi cuerpo sigue sin colaborar. Es como si percibiera que me mira.

Briggs me tiende la mano y se la cojo.

—Me estoy arrepintiendo —le digo.

—Ya es tarde, no puedes escapar.

Me coloca en medio de la pista, donde ya hay muchas parejas alineadas. Todas preparadas, menos yo.

La música arranca con el golpe de las botas contra la madera marcando el compás y, aunque los nervios me traicionan, trato de seguir el ritmo de mi pareja de baile. Me rio, entusiasmada y decidida a darlo todo, no obstante, fracaso en el primer giro.

—Perdón —murmuro al chocar con Mason.

—Mira mis pies —me pide—. Derecha, izquierda, atrás… pausa. Y gira.

Parece fácil, pero no lo es. Aun así, me doy ánimos.

Los chicos se divierten al ver que no me sale. Entonces, Briggs me agarra la cintura para guiarme. Al volver la cabeza, siento la mirada de Caleb clavada en nosotros. Y tiene la mandíbula apretada. Tanto, que temo por sus dientes.

Que le den.

Yo sigo bailando.

Esta vez lo hago mejor y me equivoco menos. Mi cuerpo empieza a entender el ritmo, así que giro, río, disfruto y, por un rato, me olvido de todo.

El aplauso final me devuelve a la realidad y también aplaudo, exaltada.

—No ha estado mal. Lo llevas en la sangre —bromea el chico.

Lo empujo con el hombro en respuesta. Volvemos a la barra y bebo lo que me queda de la cerveza de un trago. El resto de jovencitos también regresa para refrescarse.

—¿Bailamos otra? —pregunta uno.

—Búscate una compañera con más experiencia —le digo, negando con la cabeza—. Yo te miro. Ve.

El grupo retorna a la pista y me quedo observándolos. Y entonces, Daisy deja otra cerveza frente a mí.

—Invita Walker —suelta, sin más explicaciones.

Levanto la vista y el vaquero alza su vaso medio vacío, yo imito su gesto con el mío lleno y me lo llevo a los labios.

Le sostengo la mirada mientras bebo.

Desafiante.

—Si Caleb Walker te echa el ojo, cariño, deberías preocuparte —dice Daisy.

Frunzo el ceño, sin entender.

—¿Así cómo? —indago, pero ya se ha ido.

Genial. Me quedo sola, con la duda y bajo su escrutinio.

No le tengo miedo, por muy grande y antipático que sea. Aunque, tal vez, debería estar preocupada, sí, por cómo lo miro yo.

—Qué suerte la mía — dicen a mi lado—. Hola, Olivia.

Los ojos fríos y serios de mi vecino se clavan en los míos.

—Hola, Jake.

Capítulo 10

—Caleb—



Me tomo un instante para recapacitar y calmarme. No digo nada, solo miro y espero. Le doy margen. Porque Olivia Bennett nunca ha sido una mujer indefensa y puede manejarse sola.

Sé que mañana voy a tener que enfrentarme al tercer grado de mis amigos por no haber sabido mantener las emociones a raya. No hay excusas, soy un imbécil.

Estaba entretenido, distraído y no miré la puerta ni una sola vez. Hasta que ella entró.

El bar se hizo pequeño de golpe y no pude quitarle el ojo de encima. Las luces iluminaban sus piernas, sus tacones, sus labios pintados… Wyatt hablaba, Harrison metía baza y yo asentía, sin prestar atención.

—¿Quién es? —preguntó Harrison.

—Tu vecina —respondí—. Deja de mirarla así —solté sin motivo.

—Sigue tu consejo —murmuró Wyatt.

Y tenía razón.

—¿Mucho trabajo en el rancho, Caleb? —preguntó Jake Dalton, apareciendo de golpe.

La pregunta no era inocente. Lo supe cuando miró a Olivia, por eso, se me tensaron los hombros.

—No busques problemas, Jake —dijo Wyatt.

El imbécil levantó las manos y sonrió.

¡Como si no supiéramos que le encanta tocarme los cojones! Me miró, señaló a Olivia con la cabeza y se acercó un poco más.

—No te metas, Walker —me dijo, firme.

Después, empezó a caminar hacia ella.

Apreté los dientes y contuve las ganas de partirle la cara. Entonces apareció Briggs, se acercó a la señorita Seattle y se me dibujó una sonrisa socarrona.

—¿Te esperan en algún lado, Dalton? —pregunté con sorna.

Él desvió la mirada hacia Olivia, que ya estaba rodeada de críos riéndose.

—Soy paciente —murmuró el cabrón, y se alejó.

Durante unos escasos segundos, esos críos me cayeron bien… hasta que la sacaron a bailar.

Joder.

—Mala idea —murmuré sin venir a cuento.

—¿Para quién? —me preguntó Harrison.

No contesté «para mí», porque se me atragantó en la garganta.

Apreté los puños cuando empezó a moverse como si todo le diera lo mismo. Sin saberse los pasos. Sin vergüenza por equivocarse.

—Te vas a romper los dientes si sigues así —expuso Wyatt, dándole un trago a su cerveza.

—Cállate —escupí, irritado.

El muy idiota soltó una carcajada.

—La chica sabe lo que hace —añadió Harrison, que también se le había dado por joderme la noche.

Como si hubiese sabido que la miraba, Olivia se giró. Sus ojos se quedaron ahí, conmigo. Solo un instante, pero fue suficiente.

La sangre se me calentó. Más aún. Dejé de escuchar absolutamente todo lo demás.

Y el pantalón comenzó a incomodarme.

—Ese chico tiene demasiadas manos —gruñí cuando vi a Briggs rodearle la cintura.


Coors
BEER
MONTANA

La misma que había abrazado yo. Sabía cómo encajaba en mis brazos y recordaba a la perfección la temperatura de su piel.

Maldición.

Ella se reía, divertida y feliz, sin tener idea del efecto que provocaba alrededor.

Y esa risa… Me encantaba su risa, joder.

—Tranquilo, vaquero —dijo Harrison, al darse cuenta de que agarraba el vaso con más fuerza—. Solo es un baile.

—Es un chaval. Y uno de sus peones —bufé irritado.

La forma en que la tocaba no me gustaba.

Demasiada confianza.

—¿Y por qué te molesta tanto?, si puede saberse.

—Porque hace como que no me ha visto —gruñí—. Daisy. Sírvele otra cerveza a la señorita Bennett —le pedí cuando la vi volver a la barra.

Me fastidiaba su indiferencia, por eso la invité, sí.

Verla bailar y hacer amigos como si nada, me tocó los cojones.

Llevo toda la vida aquí. Conozco a cada uno de los que están en este bar. Ella no. Me estaba haciendo sentir incómodo conmigo mismo. Y no me gustaba.

—¿Qué pretendes, Cal? —preguntó Wyatt, intrigado.

—Nada —respondí sin pensar.

Mentí. Quería que me mirara.

Y me miró, claro que lo hizo. No bajó los ojos mientras tragaba el líquido fresco que yo le pagué.

—Joder con la señorita Bennett —murmuró Harrison, después de silbar bajito—. Te está provocando.

Nos medimos por un largo rato.

—No tiene pinta de que vayas a ganar —me pinchó Wyatt.

—Ya lo veremos.

Ni siquiera sabía qué significaba eso. No tenía un plan, ni nada que apostar o ganar, mucho menos, perder. En ese momento vi a Jake Dalton acercarse a ella con esa confianza de mierda con la que se mueve y me entraron unas ganas muy poco sanas de arrancarlo de allí.

Justo ahí, se me acabó la paciencia.



Y aquí estoy, masticando bronca.

—Ahora sí tenemos problemas —murmura Harrison.

Jake, en la otra punta, apoya el brazo en la barra. Se acerca más a Olivia, invade su espacio, la toca. Y se coloca como para cortarle el paso.

—Caleb… —me advierte Wyatt.

Tarde.

Me levanto con tanta brusquedad, que la silla chirria contra el suelo. El ruido alerta a Olivia, que levanta la vista y me ve. Deja de sonreír por primera vez desde que ha llegado cuando advierte que camino hacia ella.

Me jode, claro. Pero más me jode él a su lado.

Avanzo sin apartar los ojos, con el pulso golpeándome en las sienes. Dalton sonríe, como si esto fuera un juego. Ella sube la barbilla. Y yo cierro las manos en puños.

Llego a su lado y me ubico cerca, bien cerca. Hasta rozarle el brazo. No se aparta.

—¿Todo bien? —le pregunto a ella.

Tarda medio segundo en responder. Me clava los ojos, igual que si fuesen dagas, llenos de orgullo, fuego y rabia.

—Genial —responde sin más.

Mentira. Se ve a la legua que no está cómoda.

Dalton resopla con altanería.

—Estamos hablando, Walker —dice, entrometiéndose donde no debe.

Giro la cabeza hacia él, despacio.

—Ya no.

Me sostiene la mirada. Calcula. No es idiota y de inmediato entiende lo que está pasando: lo quiero lejos de ella. Cuanto más lejos, mejor.

Se vuelve hacia ella. Luego hacia mí. Y cede.

—Nos vemos pronto, Olivia.

Se va sin prisa, pero se va.

Sigo observándolo hasta que desaparece entre la gente. Entonces vuelvo a ella, que no se ha movido. Puedo notar su respiración y el leve temblor que intenta ocultar.

—No necesitaba que me rescataras —aclara.

—No lo he hecho.

Se le tensan los labios al oírme.

—¿Ah, no?

Niego despacio. Me encanta que quiera hacerse la dura.

Doy medio paso más, acabando con lo que queda de distancia entre los dos, y su perfume se me mete en la nariz.

—Te he preguntado si estabas bien —repito con la voz firme.

Traga saliva, baja la mirada a mi boca y la sube otra vez a mis ojos.

« ¡Joder!, Seattle, no hagas eso».

—Lo estaba —responde, aclarándose la garganta.

—No es cierto. Y no vuelvas a hacer eso —murmuro entre dientes.

Frunce el entrecejo, confundida.

—¿El qué?

—Dejar que alguien te acorrale así —mascullo, inclinándome hasta su oído.

Se ríe sin humor. Aunque está tan tensa como yo. Y por fin, da un paso atrás, haciendo que el aire de nuevo fluya entre los dos.

—Y tú, no vuelvas a meterte en mi vida—rezonga, ahora con más altanería—. Lo digo en serio, Walker.

—Bien —contesto, y bajo la cabeza.

No me muevo. Ella tampoco.

La música suena de fondo, la gente habla y nosotros nos quedamos ahí, clavados.

—Deja de mirarme así —ordena, con los dientes apretados.

—¿Así cómo?

Me mira como si quisiera matarme y cortarme en pedacitos, pero no responde. No es capaz de decirlo. Porque la estoy mirando como

si quisiera arrancarle la ropa y follármela contra la barra, delante de todos.

—Vámonos —digo.

No es una pregunta. Y los dos lo sabemos.

Capítulo 11

—Olivia—



Inspiro hondo y me acabo la cerveza de un trago.

¡Estoy tan molesta! ¡Y tengo tantas ganas de gritar!

Encima, sus ojos tienen el poder de desnudarme sin tocarme siquiera, de hacerme sentir expuesta y de calentarme el cuerpo.

Me gustaría preguntarle qué ve cuando me mira, porque eso me inquieta a la vez que me enfurece. También lo hace su forma de dar órdenes disfrazadas de ayuda. Y reconocer, aunque no quiera, que su boca me tienta cuando la tengo tan cerca… ¡Dios!

Creo que estoy en graves problemas.

Salgo del bar con los puños apretados y varios insultos en la punta de la lengua.

Oigo sus pasos detrás de mí. Claro que viene. Si ha sido él quien ha dictaminado que teníamos que irnos.

¡Imbécil!

Me giro antes de que diga nada y él frena de golpe para evitar el choque. Fija sus intensos ojos en mí, evaluándome y esperando algo. No debe estar acostumbrado a que le planten cara.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunto, simulando estar en calma. Aunque me hierva la sangre por dentro.

—No tengo ningún problema —responde, pero su cara dice lo contrario.

Suelto una risa seca y él se mete las manos en los bolsillos.

—¿Por qué te importa lo que haga con Jake Dalton?

—Porque es un gilipollas —dice, como si fuese una obviedad.

—¡Pues me encantan los gilipollas! —exclamo, dando un paso hacia él—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Baja la vista a mi boca, sigue en total control y a mí me atacan los nervios. Este estado me hace dudar de todo: lo que digo, lo que pienso y lo que quiero. Y la culpa es de él.

Sería mucho más fácil si no quisiera besarlo cada vez que se enfada conmigo.

Lo odio.

—Si te encantaran los gilipollas… —murmura y se queda ahí, a medio camino.

Su aliento tibio me roza la boca y se me escapa un suspiro traidor. Y otra vez esas cosquillas de mierda bajan por mi ombligo.

No sé si ha dado un paso más hacia mí o es mi mente jugando conmigo, porque lo percibo demasiado cerca. Me pongo nerviosa, casi histérica.

—Si me encantaran los gilipollas, ¿qué? —insisto, clavándole el dedo en el pecho.

Mira mi mano, luego vuelve a mis ojos. Se muerde el labio inferior y suelta el aire por la nariz.

—No vuelvas a permitir que Dalton se pegue de esa manera.

Lo hace otra vez. Está ordenándome de nuevo.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —masculla con los dientes apretados—. No me gusta.

Y a mí que me importa que no le guste.

Maldita sea, tengo tantas ganas de abofetearlo.

—¡No tiene que gustarte! —exclamo.

Repasa mi cara, contiene el aliento y tuerce el gesto. Luego, inspira hondo.

—Lo sé —responde.

Nos quedamos ahí, frente a frente, respirándonos. Estoy un poco incómoda por todo lo que me hace sentir. Son demasiadas emociones contrarias.

Me da miedo, porque siento que estoy a punto de perder el control con él.

El silencio nos envuelve y es uno de esos que lo llenan todo. Es una sensación tan incómoda que me presiona el pecho y me empuja a enfrentar pensamientos que trato de mantener a raya.

Intento dar un paso atrás y alejarme de la tentación, pero no puedo.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca. Caliente y segura.

—Suéltame —balbuceo, observando su agarre.

Sé que no sueno convincente. Por eso, sigue sin soltarme.

—Walker… —susurro, levantando la vista.

No siento que esté enfadado, está aguantando.

—Deja de hacer eso —masculla entre dientes.

—¿Qué?

—Actuar como si no pasara nada —añade, y baja la cabeza hacia mí.

Creo haber mencionado que su cercanía me corta el aire.

«Reacciona, maldita sea», me ordeno.

Me aclaro la garganta y digo:

—Es que no pasa nada.

Me suelta, se mueve incómodo, te toca la nuca. Por último, toma aire con fuerza y lo retiene durante un par de segundos.

Podría aprovechar para irme ahora.

Debería hacerlo.

Aun así, no me muevo.

—Joder… —suelta de golpe.

Hunde la mano en mi pelo. Creo que va a decirme algo, por eso preparo la defensa, pero tira de mí y estrella sus labios en los míos… así, sin más.

Soy incapaz de reaccionar, aunque siento que el mundo está desapareciendo bajo mis pies.

—¿Qué…? —balbuceo sin saber qué decir.

Me calla con otro beso.

Esta vez respondo, porque llevo horas aguantando, porque su cuerpo contra el mío encaja demasiado bien. Y porque quiero.

Le agarro la camiseta y lo atraigo. Gruñe en mi boca, provocándome un escalofrío. Su lengua busca la mía y la encuentra sin dificultad. Me arrastra con su determinación. Me domina.

Desliza la mano por mi espalda hasta mi trasero y me carga. Se me escapa un jadeo. Abre los ojos, sin separarse de mí, me muerde el labio inferior y otra vez hunde su lengua, soltando el aire por la nariz.

Tanta pasión contenida, me abruma, Me encanta. Y me vuelve completamente irresponsable.

No sé cómo acabo sentada en el capó de mi coche, rodeándolo con las piernas. Lo aprieto más hacia mí, llevo las manos a su cabello y las de él van a mi cintura. Responde a mi avance y me pega contra su erección.

Lo noto. Es grande y duro.

Cuando nos rozamos, abre los ojos y los clava en los míos.

Qué peligroso es esto.

Su agarre aumenta y mi mente reacciona con recuerdos vagos: «tengo intención de sacarlo del rancho». «No lo tolero». «Quiere lo que es mío».

No. No.

¡Basta!

Lo empujo con fuerza.

Se separa de golpe, tan agitado como yo. Se lleva las manos a la nuca y pronuncia un par de insultos entre dientes.

—Vete a casa —suelta sin más, mirando el suelo.

Me bajo del capó dispuesta a aceptar la sugerencia «impuesta».

Levanta la vista y me toma la cara.

—Ha sido un error. No debería haberlo hecho —aclara, argumenta, sentencia… vaya a saber, no podría adivinarlo ni aunque quisiera.

—No —murmuro.

No tengo claro qué quiero decir, pero da igual. Tampoco sé si me refiero a la primera de sus frases, a la segunda o a la frustración

misma del momento.

—Perfecto—añade con voz fría.

Me desconcierta su actitud, sin embargo, la mía me sorprende más todavía.

Asiento, sin pronunciar ni una palabra, y me abrazo a mí misma.

—Entonces, estamos de acuerdo —insiste, dándome la espalda.

—Sí.

Da un paso. Uno más, otro, y desaparece de mi vista.

Me meto en el coche, enciendo el motor y arranco. No miro atrás. No quiero hacerlo.

Golpeo el volante y se me cae una lágrima. Es impotencia, orgullo herido y arrepentimiento, un poco de cada cosa.

Un rato después, entro en casa y subo directa al dormitorio. Me quito la ropa, me pongo el pijama y me meto en la cama sin pensar y sin querer darle vueltas a la estupidez que casi cometemos.

Ha sido la cerveza o el tira y afloja que nos traemos desde que llegué aquí. Los dos somos orgullosos y queremos tener la razón. Es eso. Nos desafiamos y no fuimos capaces de frenar a tiempo. Nada más.

Tengo que olvidarme del sabor de su boca. Ya.

Un estruendo me hace saltar.

—¡Madre mía!

Aprieto la sábana contra mi pecho y miro hacia la ventana.

Otro estallido.

Se me hiela la sangre. Literalmente.

—Son disparos. ¡Ay, Dios mío! —digo tirándome al suelo.

Me arrastro hasta la puerta. Ya en el pasillo, me pongo en pie y corro escaleras abajo. Me calzo las botas de lluvia, el chubasquero y cargo la escopeta con manos temblorosas.

Otro disparo. Este suena más cerca.

Me agacho detrás del sofá con el corazón golpeándome en la garganta. Tengo la respiración acelerada y los ojos cubiertos de lágrimas.

Un vehículo se acerca a toda velocidad y frena frente a mi casa. Veo las luces por la ventana.

—¿Qué coño pasa? —mascullo, aterrada.

Los golpes en la puerta me hacen gritar.

—Abre. —Golpea otra vez—. ¡Olivia, abre! Soy yo. Caleb.

Obedezco, todavía temblando.

—Joder… mírate.

Me envuelve en sus brazos y el pánico pierde fuerza al instante. Me quita la escopeta con una mano y con la otra me pega a su pecho.

—Ya está. Respira.

Toma mi cara y la levanta para mirarme.

—Eso es. Respira —vuelve a decir.

Asiento, inspiro y suelto el aire despacio, copiando la forma en la que él lo hace.

Sin soltarme, me lleva a la cocina y me sienta. Me pone un vaso de agua en la mano y me lo bebo sin pensar.

—Eran disparos —digo por fin.

—Sí. Eran disparos.

Se apoya contra la encimera, está rígido, y en ese momento me doy cuenta de que está sin camiseta y solo lleva un pantalón de pijama .

Lo recorro con la mirada.

—¿Has venido descalzo?

— Olivia, he saltado de la cama.

Claro. Como yo.

Me da la espalda para preparar un té. Madre mía, qué ancho es.

—Bebe esto. Me quedaré a dormir en el sofá —indica.

—¿No vas a explicarme qué ha pasado? —mi voz suena curiosa —. No voy a poder dormir… ni ahora ni nunca. Y estás descalzo. Vas a coger frío. ¿Por qué te vas a quedar? ¡Caleb, dime algo!

Las palabras me salen atropelladas, demasiado rápido, tanto que me quedo sin aire.

Lloro de nuevo y me vuelve a abrazar.

—Escúchame —susurra, con la mano en mi mejilla—. Estas cosas pasan en el campo. La gente es imbécil y…

—¿Dispara? —lo interrumpo.

Afirma y sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. No le creo. Está tan preocupado como yo. La diferencia es que yo estoy comportándome como una loca y él, como un héroe protector. Uno que salva a la chica tonta de ciudad.

—Préstame un manta —dice, buscando cambiar de tema.

Pierdo la mirada en el montón de músculos de su pecho y abdomen. Es tan impresionante que se me atasca la respiración. Cuando inspiro de nuevo, descubro que su cuerpo tiene mi perfume.

Lo sucedido pasa a un segundo, tercer y hasta a un octavo lugar. Me distrae su desnudez. Me confunde.

Debería preocuparme que mi mente no entienda qué es lo importante y urgente, y se disperse de esta forma tan contradictoria.

Hace un minuto no quería besarlo. Ahora quiero aferrarme a él porque es lo único que me hace sentir segura.

Y me gustaría deslizar la mano por su piel. Ahora mismo.

—Olivia… —me advierte cuando me acerco.

No le hago caso.

—Aléjate de mí —insiste, con la voz más grave—. Ahora mismo, no es una buena idea.

Lo sé. Claro que lo sé. Aun así, no lo digo, ni me muevo.

Suspira con los ojos cerrados. Me pone las manos en los hombros y me gira.

—La manta —murmura en mi oído.

Capítulo 12

—Caleb—



Me despierto antes de que suene el despertador. Y lo primero que me viene a la mente es que no tendría que estar aquí.

A partir de ahora, cuanto más lejos de ella esté, mejor.

Doblo la manta que me prestó anoche, la dejo sobre el sofá y me quedo en silencio un momento. Nada. No se oye nada. Debe estar durmiendo.

Me debato entre subir y echar un vistazo o dejar una nota.

Salgo por la puerta sin hacer ninguna de las dos cosas y me subo al Jeep.

Sigo pensando en qué habría pasado si no me hubiera apartado frente al Rusty.

Por Dios… ¡la besé como si no hubiera nada más en el mundo!

Aprieto la mandíbula y me paso la mano por la cara.

Pedazo de gilipollas, eso es lo que soy. Me he metido donde juré no volver a entrar. Además, Olivia Bennett no es una mujer con la

que uno se permita ese tipo de cosas. Y yo no soy un crío que no sabe controlarse. ¿Cuándo me he olvidado?

Aún tengo la sensación de su cuerpo contra el mío. Cómo encajaba. Cómo respondía.

¡Joder!

Tengo la cabeza hecha un puto lío.

Golpeo el volante con la palma para descargar tensiones.

—Eres un imbécil, Walker. Céntrate en los disparos.

Entro en la cabaña y voy directo al baño. Tengo los pies llenos de barro y el pijama sucio. Necesito una ducha de agua fría. A ver si se me pasa.

No funciona.

Sigo pensando en sus labios, en sus manos agarrándome la camiseta, en el suspiro que soltó cuando mi lengua rozó la suya…

Cierro el grifo de golpe con una decisión tomada: esto no puede repetirse.

—Disparos, Caleb. Hubo disparos —me digo en voz alta.

Me preocupa lo que pasó, porque sonaron demasiado cerca de su casa.

Y otra vez la tengo metida en la cabeza, con su cara de pánico y su mirada llorosa.

La señorita Seattle me va a volver loco.

No sé si me gusta más excitada o vulnerable. De ambas maneras le brillan los ojos. De ambas maneras me parece preciosa.

No debería fijarme en ella como lo hago ni pensar con la puta polla. Pero las ganas que veo en su mirada no ayudan. Podría cruzar el límite en un abrir y cerrar de ojos. Y no pararía hasta oírla gemir mi nombre mientras se corre una y otra vez.

Aun así, no voy a repetir la historia. Ni de coña. No soy de los imbéciles que tropiezan dos veces con la misma piedra.



Cuando llego a los establos, ella ya está allí, hablando con dos de los peones. Parece tranquila. Ellos asienten y, cuando se dispersan,

Olivia levanta la cabeza.

Nuestros ojos se encuentran.

Joder qué bien le queda el puñetero sombrero.

—Buenos días —dice.

Inclino la cabeza a modo de saludo.

—¿Podemos hablar? —pregunta en voz baja.

Me acerco hasta ella y me quedo esperando.

—¿Vas a explicarme lo de anoche o seguimos fingiendo que aquí no pasa nada?

Endereza la espalda para mostrarse segura. Lo hace siempre.

El único tema «de anoche» que interesa es de los disparos. Me negaré a hablar del beso.

—Ya te lo he dicho, seguro que fue idiota aburrido.

—No te lo crees ni tú —replica.

No. Ni de lejos. Y mucho menos después de haber leído la carta del viejo, aunque quiero que ella sí se lo crea.

—Hablaré con Wyatt si eso te deja tranquila.

—¿Quién es ese?

— Wyatt Kane —respondo—. El *sheriff*.

Pone cara de sorpresa y aprobación. Está de acuerdo conmigo, lo veo en sus ojos. Mejor así.

—Voy contigo —asegura.

—No —suelto de golpe. Me ha salido tan deprisa que dudo que no sospeche.

—Pero quiero ir.

—Es mejor que te quedes aquí, Olivia. No quiero que te metas en esto.

Se pone las manos en la cadera y resopla.

—Tú no eres quién para decirme lo que debo hacer, Walker —dice, enfadada.

Mierda, voy a tener que aprender a cuidarme con las palabras y las formas.

—Ni lo pretendo.

—Pues lo parece —afirma.

Da un paso hacia mí. Se acerca, mucho, de forma peligrosa, y me mira con gesto interrogante. En silencio.

No me gusta que me presione.

—Iré solo —zanjo.

Me arrepiento de inmediato. Olvidé que le encanta pedir explicaciones.

—¿Por qué?

Joder. Qué insistente es cuando quiere. Con la mala hostia que tengo, va ella y se pone caprichosa.

—Porque sí —replico, comportándome igual.

—Es mi rancho, Caleb. Creo que tengo derecho a hacer una denuncia si alguien dispara en mi propiedad —sentencia, señalándome con el dedo.

Maldita sea.

Así empezamos ayer.

El beso, su cuerpo y el mío. El rechazo…

El impulso de empotrarla contra la pared del establo no me toma por sorpresa. Pero sí la impotencia de sentirme atraído por una mujer que tiene los días contados en Silver Pine.

«Es una chica de ciudad, recuérdalo cada vez que pienses en arrancarle la ropa», me advierto.

Callo los pensamientos y niego con la cabeza. Estas estupideces sentimentales no van conmigo. Ya no.

—No sabes si han entrado en tu propiedad —espeto, recuperándome de la tontería—. Pero, como te dije antes, hablaré con el *sheriff*.

—¿Y si vuelve a pasar?

—No va a pasar.

—No puedes garantizar eso —dice, con razón. Aunque no se la daré.

Nos miramos durante largos segundos y aparto la vista primero.

—Está bien —cede, por fin—. Pasaré el rato con Sombra, a ver si logro que coma.

—A la tarde, montaremos —añado.

Estoy seguro de que quiere agregar algo, sin embargo, no lo hace, solo asiente y se marcha.

Inspiro hondo, me doy la vuelta y me alejo rápido, para poner distancia de ella y de mis pensamientos.

Veo a Wyatt en la entrada del edificio, conversando con uno de los oficiales. Al verme llegar, este último, me saluda y me deja a solas con mi amigo.

—Estaba por llamarte —me asegura. Yo frunzo el ceño, intrigado—. Harrison y yo seguimos interesados en conocer los pormenores de tu numerito de macho alfa de anoche. Nos debes una explicación.

—No estoy para gilipolleces, Wyatt.

—Joder, últimamente estás de un humor de perros.

—La señorita Bennett es la responsable —lanzo de golpe.

Se ríe. Claro, a él le divierte. ¡No te jode!

—Ya era hora de que miraras a una mujer con algo más que con ganas de follar.

—No se trata de eso —suelto.

Claro que se trata de eso. Lo que no sabía era que se notara tanto.

—Si tú lo dices.

Se apoya en la pared, relajado, con la mano descansando en la cartuchera de la pistola.

—No me toques la moral, Kane. Tengo cosas más importantes que atender. Anoche hubo disparos en el rancho.

Ahora sí se pone serio.

—Borrachos, cazadores —enumera, y me señala con el dedo—. No empieces, Cal.

—Sonaron cerca. Y vi luces, Wyatt. Entraron en la propiedad.

Asiente y se separa de la pared.

—Entonces, trae a Olivia Bennett para ponga la denuncia.

Niego con la cabeza, porque no me convence. Hasta no saber qué sucede, no lo haré.

—No quiero alarmarla más de lo que ya está. Acaba de llegar y vive sola —explico, apelando a su capacidad de servicio.

Se endereza más y me enfrenta. Ahora sí tengo su atención.

—Vale. Hablaré con Harrison y le preguntaré si vio algo. Me pasaré por la zona y pondré vigilancia un par de noches. Es lo máximo que puedo hacer.

—Con eso me basta —señalo, serio.

—Joder... —Resopla y me palmea el hombro—. Te has enganchado con una chica de ciudad. Tus promesas valen una mierda, amigo.

—Imbécil.

Me doy la vuelta mientras escucho cómo se ríe.

No tengo por qué asegurarle que mis promesas siguen en pie y que tengo la intención de seguir cumpliéndolas. Aunque Olivia Bennett se empeñe en ponérmelo imposible.

Capítulo 13

—Olivia—



Vuelvo a mirar la hora y… ¡cómo no! me ha dejado plantada. Después de besarme como si quisiera arrancarme la respiración.

Aprieto los labios y aparto todo pensamiento referente al cobarde e irresponsable de Caleb Walker.

He tomado una decisión y me reafirmo. No voy a dejarme amedrentar por un entorno que no conozco. En este lugar la gente anda armada, sabe disparar, hay animales por la noche amenazando el ganado o a los mismos caballos.

Esto no es Seattle.

Tengo que aprender a vivir aquí.

Mi vida debe seguir, al menos, hasta que resuelva si vendo o me quedo.

—¡Oli, ya hemos movido las camas! —grita Briggs desde el dormitorio de mi abuelo.

Ese será mi cuarto ahora. Es más grande.

He comprado muebles nuevos. Los he montado con Mason y sus amigos.

Si hubiera esperado a Walker, esta noche no tendría cama. Ni buen humor.

—Solo faltan las mesillas. Del resto me encargo yo —señalo.

—Okey.

—Y después, bajad. Tengo galletas recién hechas.

—Así da gusto trabajar —bromea uno de los chicos.

Una vez en la cocina, ponemos música. El mismo ritmo del otro día.

—Derecha, izquierda, atrás… pausa. Y gira —me recuerda, guiándome.

Se coloca detrás de mí, con la mano en mi cintura. Pierdo el paso, tropiezo y caigo contra él.

Nos estamos riendo a carcajadas con mis torpezas cuando la puerta se abre de golpe.

No me hace falta girarme para saber quién es. Lo presiento, porque el aire cambia y hasta siento cierta electricidad subiendo por mi columna.

Cuando me doy la vuelta, ahí está él. Walker, el gruñón.

Se queda inmóvil bajo el marco, con su aire de macho alfa dramático y un mutismo que parece eterno. Su expresión es dura, demasiado para un hombre que no tiene ningún derecho a enfadarse. Sin mover ni un músculo, baja la vista a mis piernas, sube a la mano que el chico tiene en mi cintura y la vuelve a mis ojos.

—Jefe —dice Mason, tenso de pies a cabeza.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta con esa voz de ogro recién levantado.

—Ayudarme —respondo, sin apartar la mirada de la de él—. Como ves, ellos sí han venido.

Ahora nos envuelve un silencio tirante y miedo me da romperlo.

—De todos modos, ya nos íbamos, Oli —dice Mason, casi balbuceando.

—Señorita Bennett —corrige Caleb, entre dientes.

Suelto una pequeña sonrisa. Pero quién se cree…

—Tú sigue llamándome Oli —mascullo—. Y gracias. Os debo una cena.

—Acepto —responde el otro, cogiendo dos galletas más.

Pasan junto a un Caleb indiferente, que se separa lo justo.

Briggs duda un momento. Me mira, luego a él y sale detrás de los demás.

La puerta se cierra y otra vez… silencio.

—No se te ocurra empezar —le advierto con un dedo levantado.

Como si no hubiese dicho nada. Inspira y sé que va a decir algo que no me va a gustar.

—Demasiada confianza con un peón y dos críos que no conoces de nada, ¿no?

Para todas las órdenes que da, debería entender mejor cuando se las recibe.

—No es asunto tuyo —le suelto.

Mis palabras parecen ofenderlo porque se le endurece el gesto.

—Sí que lo es.

—No escuchas, ¿verdad?

—Te lo estoy diciendo por tu bien.

—Y yo te estoy ignorando por el tuyo.

Se le dilatan las aletas de la nariz, es evidente que no le gusta que le conteste.

Pues que no me provoque.

—¿Quieres una galleta? —pregunto, seca y con intención de picarlo.

Niega sin moverse del recibidor, ni siquiera se ha quitado las botas. Pero no deja de observarme, como si estuviera conteniéndose.

—Venía a buscarte para montar.

—Me temo que lo dejaré para mañana. Tengo cosas que hacer —replico, haciéndome la interesante.

Asiente, con firmeza.

Se agacha, se quita las botas y se las cambia por las del porche y entra.

—¿Qué haces?

Cuelga el sombrero en el gancho y se acerca con determinación.

—Dije que te ayudaría.

¡No lo puedo creer!

Juro que lo mandaría de paseo, pero no tengo ganas de volver a discutir.

—Vale —cedo—. ¿Prefieres hacer la cama u ordenar mi ropa interior?

Alza una ceja. Sigue callado.

Alza una ceja sin decir nada y vuelve a quedarse colgado de mis piernas. Juraría que está imaginando cosas, igual que me pasa a mí cuando lo veo sin camisa.

Mentes pecaminosas, eso es lo que tenemos.

¡Maldita tentación!

Siento cómo se me eriza la piel, se me despiertan las hormonas y mi orgullo comienza a desaparecer de manera peligrosa.

Si no quiere nada conmigo, si no es una «buena idea» y me manda a dormir como hizo anoche, que deje de mirarme como lo está haciendo. O no respondo.

—¿Entonces? —insisto, mordiendo una galleta.

Traga saliva. Aparta los ojos de mi cuerpo, vuelve a mi rostro y da un paso atrás.

—No —dice al final, cortante.

—¿No qué?

Niega, como si hablara consigo mismo.

—Mañana —responde bajito, y confundido.

Se da la vuelta, camina hacia la puerta, la abre y antes de salir, se detiene.

No me mira ni siquiera por arriba del hombro.

—No es buena idea que te ayude con eso —añade, y se va.

Cierra con un suave clic y me quedo quieta en mitad de la cocina, con el pulso acelerado y una sensación molesta en el pecho.

Me dejo caer en la silla más cercana, sin fuerzas.

Odio su escrutinio y lo que me hace sentir con él.

Un par de horas después, tengo las dos habitaciones intercambiadas y decoradas como me gusta. Me preparo una ensalada y me la como

en el porche.

La noche está ventosa y fresca, pero soy incapaz de quedarme dentro, oyendo ruidos que no entiendo. Todos me tensan los hombros.

Un trueno me sobresalta. Y también a los caballos. Puedo oírlos desde aquí.

Dejo el plato en la mesita y me acerco a los establos. Voy directo a los *boxes* ocupados y una sombra se dibuja en la pared del fondo.

Me espanta. Pego un grito. Y después distingo quién es.

—Jolines, Walker. Me vas a matar del susto, hombre.

Bandido me sigue y mueve la cola al ver a Caleb. Este le acaricia la cabeza al perro, ignorándome a mí.

—Deberías estar en casa, se viene una tormenta fea.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, ignorando su comentario.

—Amarro las puertas y cubro las ventanas.

Me pongo manos a la obra y lo ayudo. No como hizo él, escaqueándose toda la tarde. Vaya a saber dónde estaba. En el pueblo me dijo. ¿En el bar, tal vez? ¿Con una mujer?

Muevo la cabeza para descartar pensamientos que no tienen nada que ver con nada.

—Estas ya están. ¡Mierda! —chillo cuando un trueno me hace estremecer del susto.

—Ya lo hago yo. Vete a casa —repite, seco y enfadado.

Lo miro sin responder, con el entrecejo apretado. No voy a hacer todo lo que me dice solo porque él quiera.

Además, no soy una inútil.

Veo un par de sillas de montar cerca de la puerta y voy a buscarlas para que no se mojen. Y quien termina empapada soy yo. Un chaparrón me ha dejado calada hasta los huesos.

—Hostia puta…—murmura Caleb al verme.

Su mirada recorre mi cuerpo sin disimulo.

Estoy chorreando agua desde el pelo hasta los pies. Mi camiseta se pega a la piel y no hace mucho para tapar mis pezones duros.

Estoy temblando y no sé si de frío o por cómo me está mirando.

Veo que cierra las manos y mueve los dedos.

Me resulta curioso, por eso, tuerzo el gesto. Su reacción es soltar otra consigna:

—Cuando amaine, te vas a casa.

Asiento, pero no me muevo. Sigo tiritando.

Estira los brazos y suelta el aire por la nariz, como si estuviera resignado.

—Ven, acércate —gruñe, y no suena como una orden, sino como una necesidad.

Me aproximo y el frío desaparece en cuanto su cuerpo me envuelve. Solo me importa lo que siento pegada a su calor su olor y su respiración.

Cierro los ojos para disfrutarlo un ratito y cuando los abro, me está mirando.

—Caleb...

Baja la vista a mi boca y vuelve a subirla.

—No sigas mirándome así, Olivia.

Un trueno rompe el cielo y algo en mi interior también se quiebra.

Apoyo la boca en su pecho. Lo que provoca que el hombre entero se ponga rígido bajo mis labios.

No sé qué estoy pensando. Mejor dicho, no lo estoy haciendo, porque en qué cabeza cabe querer besar a mi capataz gruñón en una noche como esta.

Dejo un beso suave. Luego otro, y otro más.

—Mierda —escupe con furia.

Me empuja contra la pared de madera, me rodea la mandíbula con la mano y aplasta su boca en la mía.

Me besa fuerte. Sin paciencia y sin freno. Como si ya no pudiera contenerse.

Respondo igual, porque sus labios saben a gloria. Me estremezco por completo al sentir su lengua. Le rodeo el cuello. Me levanta y enredo las piernas en su cadera.

Tiemblo cuando gruñe. Lo que me da idea de que el beso le ha cogido por sorpresa, tanto como a mí.

Le agarro la camiseta, tiro de ella y se la quito. Me besa debajo de la oreja, el cuello y sigue descendiendo. Ahogo un gemido

cuando baja un tirante con los dientes.

Me restriego contra él, sintiendo lo duro que está. Por mí.

Lo deseo con locura y quiero que lo sepa. La costura de su pantalón me roza justo donde lo necesito, cierro los ojos y me muevo buscando placer. El calor que me recorre se concentra justo allí.

Caleb desnuda uno de mis pechos y se lo lleva a la boca. Acaricia el pezón con la lengua y se me cierran los párpados.

La sensación es perfecta.

¡Madre mía, que bueno!

Sus movimientos son firmes y demandantes. Apasionados. Tanto que me contagia las ganas de darlo todo y más. De exigir.

Enredo los dedos en su cabello y lo pego a mi piel. Estoy sin aliento y con hambre de todo lo que pueda darme.

—No te detengas —ruego entre gemidos.

Mi cuerpo ya no me obedece. Solo reacciona al suyo, que se frota con el mío. Siento su longitud, su urgencia, y me vuelven loca sus jadeos.

Un nuevo trueno resuena fuera, el cielo se ilumina… Y Caleb se queda inmóvil, respirando hondo, como si acabara de darse cuenta de lo que estábamos haciendo.



—Mierda. Esto no… —Su voz ya no es la misma. Es fría y carente de emociones.

Se separa de mí, de golpe.

—Caleb.

Niega. Me baja despacio y evita mirarme. Me levanta el tirante y se da la vuelta.

«No, no. Maldición, no escapes otra vez».

Mi respiración sigue acelerada y no puedo frenarla, ni siquiera me salen las palabras.

—Esto no va a ningún sitio —masculla, y sale corriendo bajo la lluvia.

Capítulo 14

—Caleb—



¡Soy un imbécil! Sí, yo, que me jacto de no tropezar dos veces con la misma piedra, soy un verdadero imbécil.

Aprieto la mandíbula mientras cierro la puerta del establo con más fuerza de la necesaria.

Tormenta resopla en su *box*.

—Tranquila —murmuro, pasándole la mano por el cuello.

Ojalá fuese tan fácil conmigo.

No he dormido una mierda. No he sido capaz ni de cerrar los ojos.

Entre los disparos de la otra noche; Olivia empapada, pegada a mí, pidiéndome que no me detuviera y la culpa de querer más…

¡Joder!

Me paso la mano por la nuca. Esto se me está yendo de las manos. Y lo peor es que ahora sé que si doy un paso más, ella no se va a apartar.

Ese pensamiento me da vueltas en la cabeza, porque ya no es solo deseo. Es miedo. El tipo de miedo que se te mete bajo la piel y te recuerda exactamente por qué levantaste muros.

Un ruido me saca de mis elucubraciones.

Gritos, pisadas de cascos, relinchos. Me giro de golpe.

—¿Qué cojones…?

Salgo del establo a paso rápido y veo dos caballos sueltos, cruzando el corral, nerviosos.

—¡Mierda! —gruño—. ¡Briggs! ¡Hunter!

A mi llamada, ambos aparecen corriendo desde el granero.

—¡No sé cómo ha pasado, jefe!

Un peón llega cabalgando hasta nosotros

—Hay una valla rota en el ala norte —dice, nervioso y agitado.

¡¿Qué mierda es esta?!

—Coge la cuerda. Vamos —ordeno y corro hacia la cerca.

La salto sin dudarlo y me acerco a los animales. Uno relincha y el otro da media vuelta.

—Eh, tranquilo… Eso es… —murmuro, bajando el tono.

Consigo acercarme lo suficiente como para enlazar a uno, pero el otro se aleja al trote.

—Ve por ese —digo a Tim, que asiente y obedece.

Cuando encierro al caballo, reviso el resto de *boxes* y frunzo el ceño al darme cuenta de que falta una yegua. La de Olivia.

—¿Dónde está Tormenta?

Briggs se queda quieto, con la mano en la nuca.

—Eh…

—¿Dónde está la puta yegua?

—No… no lo sé, jefe.

La jodida vena del cuello comienza a palpitarme. Miro hacia la casa y no veo el coche de Olivia.

¡Maldición, Seattle! ¿Dónde mierda te has metido?

—¿Ha salido la señorita Bennett? —pregunto a quién sea, cualquier respuesta me sirve.

—Hace varias horas… sí.

Voy directo al Jeep y me subo.

—Encontrad a Tormenta —exijo, y saben que no hay más opciones que esa.

—Sí, jefe.

Arranco y acelero, levantando polvo, mientras el volante cruje bajo mis manos.

—No seas idiota —murmuro—. No seas tan jodidamente imprudente.

Me ignoro, solo conduzco cada vez más rápido.

El camino al pueblo se me hace eterno y corto al mismo tiempo. No dejo de imaginar todo tipo de estupideces.

Han pasado tres episodios raros: disparos, caballos sueltos y una cerca rota. Esto ya no es una simple casualidad

Y ella, Olivia, sola en medio de esta mierda.

Aprieto más el acelerador y cuando llego a la calle principal del pueblo, veo su coche aparcado frente al The Rusty Spur.

Suelto el aire de golpe, salgo del Jeep, entro y ahí está. Sentada. Tranquila. Conversando con Daisy, como si nada.

El cabreo me sube por la espalda y no lo puedo frenar.

Me acerco, cegado de preocupación y una mala hostia difícil de controlar.

—Hola, Walker —saluda Daisy, sonriendo.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí?

Olivia levanta la vista. No se inmuta, pero la dueña del bar sí, y desaparece sin decir nada.

—Te he preguntado algo —insisto con los dientes apretados y en voz más baja.

Deja la taza de café sobre la barra, con calma. Demasiada para mi gusto y mi estado.

—He venido a hacer compras —contesta después, levantando la mirada hacia mí.

—¿Sin avisar?

Poco a poco mis pulsaciones van volviendo a la velocidad normal.

—No necesito permiso —replica Olivia, como si nada, y puede que tenga razón.

Resoplo y me llevo el pelo hacia atrás, obligándome a bajar el tono. Calmarme es otra cosa.

—Han roto una valla —le digo—. Hay caballos fuera y podrías haberte cruzado con uno en la carretera.

Dios sabe que es lo que menos me interesa ahora mismo.

—No lo he hecho.

Jodida caprichosa. Encima, me desafía.

—Pero podrías haberlo hecho —mascullo, volviendo a sentir la rabia subir por mis venas.

Maldita sea. Mi reproche es tan infantil e irracional, que ambos sabemos que no merece discusión.

Nos miramos, midiéndonos, algo que ya se está convirtiendo en costumbre.

No puedo decirle que me aterra la idea de encontrarla tirada en una cuneta, que no exagero. Que podría pasar de verdad.

De solo pensarlo me dan ganas de encerrarla con llave.

Porque necesito protegerla de todos y todo. Incluso de sí misma. Porque me hace sentir cosas que no quiero sentir. Porque por ella pierdo la cabeza… y el control.

No digo nada, porque no me atrevo. Y tampoco creo que deba hacerlo.

Por mi bien y el de ella.

—¿Qué quieres decir con que han roto una valla?

No tengo respuesta a eso.

Y entonces, alguien carraspea detrás de mí. Me giro y me encuentro con Harrison, que tiene una media sonrisa dibujada.

—Mi padre ha encontrado una yegua, con la marca de Silver Pine, pastando en nuestro terreno —dice en tono jocoso—. Pensé que querríais recuperarla antes de que decidiera quedarse.

Olivia se pone de pie de inmediato y se acerca a él.

—Podéis explicarme lo que ha pasado, por favor —pide, ahora sí, alarmada.

—Soy Harrison Doyle del rancho Lazy River.

—Mi vecino —murmura ella, estrechándole la mano.

Mi amigo asiente y Daisy, al ver que la cosa se ha calmado, se acerca. Nos ofrece el café de la casa y aceptamos.

Preferiría llevar a Olivia al rancho, pero, para eso, tendría que mencionar que esos eventos raros podrían no ser casualidad.

Imposible, no lo haré.

Ya más calmados, nos sentamos los tres en una mesa. Les explico a ambos lo que sucedió en el rancho. Olivia se queda tranquila al saber que Tormenta está en buenas manos y que no falta ningún caballo. Miento, diciéndole que puede haber sido la tormenta lo que rompió la cerca, aunque Hunter me avisó, por mensaje, de que está claro que la han saboteado.

Vuelvo a mirar alarmado hacia la puerta cuando esta se abre. La tensión me está dando dolor de cabeza.

—Creí que los disparos del otro día serían lo único raro, pero parece que las noches en Red Creek son impredecibles —comenta Olivia, queriendo hacer una broma.

Miro a Harrison para que no suelte la lengua, pero no llego a tiempo.

—Los escuché, sí. Wyatt estuvo preguntando.

Joder.

—¿El *sheriff*? —pregunta Olivia, sorprendida.

Él asiente y me mira. Ahora sí lo hace. Ya es tarde, porque Olivia se queda pensando en vaya a saber qué. Y ella no tiene que pensar en nada más que en aprender a administrar el rancho y en volver a la ciudad cuanto antes.

Nada más.

Se cae un vaso y el ruido hace que me dé la vuelta de golpe. Mi amigo me mira con el entrecejo apretado, yo niego y acepta mi silencio.

—Aprovecho que te tengo aquí, Olivia. Dalton ha estado averiguando sobre nuestros terrenos —añade Harrison, cambiando de tema—. ¿Sabes si ha hablado con tu abuelo sobre comprar Silver Pine? ¿O contigo?

Abre los ojos grandes y mueve la cabeza de un lado a otro.

—¿Jake? No. Nunca me lo ha nombrado. Lo conocí hace pocos días.

La miro, me responde la mirada y percibo el momento exacto en el que una idea encaja en su cabeza. Entonces tuerzo la mía, a

modo de pregunta.

—Mi abuelo tenía una oferta por escrito —comenta despacio, analizando las palabras—. Pero faltaban datos. Quién se la hizo, por ejemplo.

Harrison suelta un silbido bajo y eleva las cejas.

—Pues ya sabes quién podría estar detrás.

—Ya —masculla ella, todavía cavilando algo que calla.

Si de algo estoy seguro es de que el viejo Bennett nunca tuvo intención de vender. ¿Por qué tendría una oferta en su escritorio?

No digo nada, me guardo el comentario.

Demasiadas cosas están sucediendo, que no parecen ser casualidad, y no me gusta una mierda. No voy a sumarle preocupaciones.

Lo que sí se suman, mejor dicho, se multiplican, son los motivos por los que Olivia debería irse. Y cuanto antes mejor, no sea que alguien se ponga creativo haciendo daño.

Capítulo 15

—Olivia—



Caleb y Harrison se marchan del Rusty y yo me quedo.

En este lugar corren rumores, empiezan peleas y se discuten negocios. Eso me dijo Walter Jenkins, o el Viejo Walt como le llaman todos en Red Creek.

Es un viejo gruñón que se sienta siempre en el mismo taburete, al final de la barra. Bebe whisky barato… o café cuando Daisy se cansa de sus comentarios fuera de lugar.

Su rancho quebró por culpa de la sequía. Es viudo y prácticamente vive aquí. Tiene una cabaña en las afueras y una camioneta destartalada. Usa bastón y un sombrero de fieltro gris que ha visto días mejores.

Y, por alguna razón, le caigo bien.

—¿Debería vender? —le pregunto, ya que su sabiduría silenciosa me inspira confianza.

Todas las opiniones me sirven.

Se encoge de hombros y da otro sorbo.

—Jovencita, esa respuesta solo la tienes tú. Pero no lo hagas por cuatro monedas. A tu abuelo no le gustaría una mierda.

—Y no lo vendas a ese hijo de puta —agrega Daisy del otro lado de la barra.

—Hay que joderse. Luego me regañas a mí por insultar —refunfuña Walt y me hace reír.

También conocí a Jack Harper, el hermano de Daisy. Es reservado, habla poco, como mi capataz, pero resulta bastante más agradable que él.

—Ese *cowboy* no me gusta nada —protesta. Para él, todos son *cowboys*—. Se rumorea que tiene problemas económicos. Que podría perder el campo —añade.

Tuerzo al cabeza, confundida, mientras arrugo el entrecejo.

—Entonces, ¿tiene o no el dinero para comprar el mío?

Daisy aprieta los labios y eleva las manos.

—Ni idea, Oli. Sé lo mismo que tú —comenta después.

Y yo solo sé lo que dijo Harrison. El resto son suposiciones.

No entiendo nada.

—Me voy antes de que vuelva Walker con su humor de perros —murmuro, cogiendo el bolso y las llaves.

Jack se ríe y niega con la cabeza.

—¿Siempre entra así o tengo el privilegio? —les pregunto.

—Ese *cowboy* no pierde los papeles por cualquiera —comenta Jack, repasando la barra con un trapo.

Yo resoplo, indignada y resignada. Mi experiencia con Walker es otra, la verdad.

Qué suerte la mía.

—Conmigo no los pierde. Los reparte —murmuro.

Daisy se me acerca un poco más, apoyando los codos en la barra y buscando intimidad, como si no quisiera que la oyeran… pero sí.

—Ese hombre tiene historia, Oli —comenta con un tono que me intriga.

—¿Ah, sí?

—Mmm. —Se encoge de hombros—. Digamos que aprendió a no mezclarse demasiado.

Entrecierro los ojos y me acerco como hizo ella, para seguir con el chisme.

—¿Por qué?

—Cierra el pico, Daisy —la corta su hermano—. Él no se mete con nadie. No te metas con él.

La chica me mira y vuelve a hacer ese gesto despreocupado con los hombros.

—Es buen tipo —admite al final, antes de despedirnos.

Tengo mis dudas.

Puede ser bueno sí. Gruñendo, insultando, dando órdenes y metiéndose donde no lo llaman. También besando y calentando bragas para luego enfriarlas de golpe y sin dar explicaciones.

Pero ¿buen tipo? No lo tengo tan claro.



Regreso al rancho al atardecer, después de que las tareas de los jinetes y las clases hayan acabado. Bandido me espera en el porche y mueve la cola al verme llegar.

—Hola, bonito —murmuro, acariciándole la cabeza.

Entro en la casa, me quito las botas y dejo el bolso sobre la mesa. Me quedo apoyada en la encimera, en silencio, sintiendo que mi vida se ha convertido en un caos en pocos días.

Respiro hondo y suelto el aire despacio.

Esto no puede seguir así. Ni con él, ni con el rancho, ni con esta maldita sensación constante de que tengo que tomar una decisión antes de que algo explote.

Subo al despacho de mi abuelo sin pensarlo dos veces.

Los papeles siguen donde los dejé. Ordenados… a medias. Bastante a medias.

Abro otra vez la carpeta de la oferta, sin firma ni membrete, y con la mitad de las hojas. ¿Por qué? Mi abuelo no era tan informal, todo lo contrario. Le gustaban las cosas claras.

—¿Qué demonios estabas haciendo…? —murmuro mientras deslizo los dedos por el papel.

Vender.

La palabra se queda en mi mente más tiempo que otras veces y esta vez me permito analizar mejor la posibilidad.

Quizá es lo más sensato. Lo fácil. Lo seguro.

Me dejo caer en la silla, tras el escritorio lleno de carpetas y papeles con informes y datos que nunca en mi vida conocí.

—No tienes ni idea de cómo llevar esto, Olivia.

La voz en mi cabeza suena demasiado convincente.

Cojo el móvil y busco el contacto del abogado. Dudo antes de marcar, pero pulso llamar de todas maneras.

—Olivia, qué gusto —me saluda el hombre sin demostrar asombro alguno.

Intercambiamos un par de frases de cortesía antes de ponernos a hablar de lo importante.

—Necesito que revisemos una posible propuesta de compra —digo, mirando hacia los establos por la ventana—. Supongo que tienes la propuesta que le hicieron a mi abuelo.

Del otro lado se hace un silencio corto, de esos que muestran desconcierto.

—No sé de qué me hablas, Oli. Tu abuelo nunca puso el rancho en venta ni valoró ninguna oferta. Siempre quiso que esas tierras fuesen para ti —contesta con seguridad y hace una pausa—. Pero si tienes algo para evaluar, lo vemos —añade al final.

Quien se queda muda ahora soy yo. Y también estupefacta. No entiendo. ¿Y el documento que en este mismo momento estoy leyendo?

—No, no tengo nada —miento, aclarándome la garganta—. Debo haber entendido mal algún documento. No me hagas caso. Hablamos luego, y saluda a tu esposa de mi parte.

Cuando cuelgo, más confundida que antes, siento que se me aprieta el pecho, porque cada respuesta que busco se convierte en otra pregunta

Salgo hacia los establos, convenciéndome de que voy a ver a Tormenta.

Una mentira más y en menos de quince minutos. Todo un récord.

La verdad es que sé que lo encontraré allí y, aunque no quiera admitirlo, necesito verlo y saber qué piensa de todo esto. Disimuladamente, por supuesto, porque no voy a darle entidad ni importancia a alguien que tiene un pase de salida de Silver Pine con fecha próxima.

Lo veo alimentando a Sombra.

No tengo mejor idea que reparar en su camisa remangada, en su espalda y cuando se gira apenas para mirame, en esa atractiva mandíbula apretada. Así es como descubro que sigue tenso.

—He llamado al abogado —suelto, sin más.

Busco cualquier reacción. Lo que sea.

Pero no dice nada.

—Para vender —añado y observo que mis palabras han dado en el blanco, como un golpe certero.

Ahora sí se gira y me mira, aunque sigue callado, luciendo esa puñetera capacidad de contención que me saca de quicio.

—Es lo más lógico, si lo piensas —continúo—. No tengo experiencia, no conozco el terreno y por lo visto… —hago un gesto vago para llamar su atención— tampoco es seguro quedarme aquí.

Sus ojos se endurecen, aun así, no pronuncia ni una sola palabra. Y, por más que lo intento, no logro leerlo. Es imposible.

Es como hablarle a una pared… una que, además, me pone nerviosa por enorme, gruñona y absurdamente atractiva.

Me doy la vuelta olvidándome de conseguir respuestas de su parte y me alejo, decidida a practicar un poco montando —a caballo—, ya que todavía queda luz. Mientras camino hacia el *box* de mi caballo, advierto algo brillante y pequeño en el suelo, cerca de la entrada.

Me acerco, lo recojo y lo giro entre los dedos.

—¿Qué es esto?

Caleb, que también se ha arrimado, lo observa por encima de mi hombro.

Sé lo que es. Y él también.

—¿Es el casquillo de una bala? —insisto de manera retórica y levanto la vista hacia él.

No es el casquillo lo que me asusta, es la forma en la que él lo mira. Como si ya supiera la respuesta y no quisiera dármela.

—¿Qué demonios está pasando en mi rancho, Caleb?

Capítulo 16

—Caleb—



El casquillo brilla en su mano y todo dentro de mí se pone en alerta.

¡Mierda!

No necesitaba confirmar nada, pero esto lo hace. Y lo único que consigue es empeorar las cosas. Lo que menos quería era darle a Olivia más motivos para preocuparse.

Me mira esperando una respuesta, por supuesto.

Tampoco es que tenga alguna que pueda satisfacer su curiosidad, es por eso por lo que sigo sin hablar.

¿Qué coño hace un casquillo de bala aquí, después de las detonaciones de la otra noche? Pues confirmar que los putos disparos eran una advertencia. ¿Qué más?

Doy un paso hacia ella y le quito el casquillo de la mano, rozando su piel sin querer. El contacto dura un segundo y, aun así, nos cambia la respiración.

Por una cosa u otra, tocarnos nos tensa. Ya lo tengo asumido.

Aprieto los dedos alrededor del metal y lo guardo en el bolsillo.

—Walker, ¿qué está pasando?

—Nada —contesto, y de inmediato, frunce el ceño—. No es nada —insisto con determinación.

La que se pasa por el forro, por supuesto.

—¡Es un casquillo! Y lo encontré a metros de mis caballos —replica, dando un paso hacia mí.

Si hay algo que estoy aprendiendo es que la audacia de Olivia es interminable cuando tiene algo entre ceja y ceja.

—Es de caza, ¿vale? —respondo, restándole importancia—. Ya había quedado claro: hay imbéciles por aquí.

Me estudia, fijo, dejándome claro que no me cree. Y con razón.

—¿Dentro de mi rancho?

—No dramatices, Olivia.

Entrecierra los ojos y la forma en la que me mira…

Sí. Esto va a estallar.

¡Joder!, vaya si va a estallar.

—Vas a seguir mintiendo —dice al final, con un dejo irónico—. Perfecto.

—No miento, eres tú la que no quiere creerme.

Se cruza de brazos, muy enfadada. Y aunque no me guste admitirlo, me viene bien. Cuanto más cabreada esté, menos preguntas hará y más miedo tendrá.

—Hablaré con el *sheriff*. Esta vez no me lo vas a impedir —asegura, sin cambiar de posición.

—Olivia…

Sus ojos se endurecen ante mi advertencia.

—Te recuerdo que no decides por mí, Walker.

—No. Pero en esto sí. Déjame a mí averiguar qué está pasando. Puede que solo sea…

—No me tomes por idiota, vaquero.

Da otro paso, invade mi espacio, entonces me llega su olor y… me acuerdo lo que no debo. De su boca hambrienta. De sus manos. De cómo se aferraba a mí con piernas y brazos.

Bajo la vista al suelo y gruño, impotente conmigo mismo. Tengo que apretar los puños para mantener a raya la mala hostia y la calentura.

—No necesitas averiguarlo —añade, impaciente, ante mi silencio —. Ya sabes que algo pasa.

—No del todo. Y precisamente por eso, debes entender que es mejor quedarte quieta.

Ahora sí que la he cagado. Lo veo en su cara roja y los dientes apretados.

No quiere que le diga qué hacer, lo pillo. En eso es en lo único que nos parecemos.

—¿Perdona? —escupe con rabia.

Suelto el aire por la nariz y me paso la mano por el pelo. Me giro, golpeo la pared de madera con el puño y vuelvo a enfrentarla.

—Esto no es la ciudad, Olivia —murmuro entre dientes, cerca de su cara—. Aquí las cosas se complican rápido.

—Entonces explícame qué está pasando —dice en el mismo tono, elevando la barbilla, desafiante.

¡Joder!

No me gusta verla temblar así, pero no puedo contarle nada. No todavía, menos, sin pruebas. Tengo que averiguar hasta dónde llega la mierda y, sobre todo, los motivos que hay detrás.

—Te lo he dicho —añado, buscando calma—. Ha sido algún imbécil con un arma. Pero a esos imbéciles no les gusta que les lleven la contraria, Olivia.

—¿Y lo de la valla rota?

Es jodidamente imprudente e insistente.

Me refriego la nuca para no agarrar la de ella y atraerla hacia mí para callarla de una puta vez.

—Ya está solucionado —contesto.

—No me refiero a eso y lo sabes. Quiero que dejes de tratarme como si fuese un estorbo.

Alzo una ceja al escucharla. ¿Eso hago? O…

—¿Eso crees?

Nos quedamos así, a un paso. Retándonos, respirando el mismo aire, olvidándonos de lo que sucede cuando lo hacemos.

Bajo la vista a su boca. El recuerdo de cómo gemía contra la mía me viene de golpe. Y cuando entreabre los labios, de nuevo comienzo a divagar.

—¡Vete a la mierda, Caleb Walker! —suelta de golpe. Y se va.

¡Joder!

Golpeo la pared otra vez y, luego, la pateo.

¡Maldita sea!

Salgo del establo, me subo al Jeep y arranco sin pensarlo.

Necesito distancia. Y respuestas.



Wyatt está en el Rusty, como siempre a estas horas. Levanta la vista al verme entrar y niega con la cabeza.

—Vaya cara —dice, señalándome con el botellín de cerveza—. ¿A quién has matado?

—A nadie. Todavía.

Su sonrisa desaparece al darse cuenta de mi cabreo.

Saco el casquillo y lo dejo sobre la madera.

—Esto estaba en el rancho. Cerca de la casa de Bennett.

Lo coge y lo gira entre los dedos.

—No se trataba de cazadores —reconoce en voz baja, con el ceño apretado.

Niego con la cabeza, reafirmando lo que dice.

—Lo sé.

—¿Y bien?

Apoya los codos en la barra, buscando una explicación que no tengo.

Me siento en una de las butacas y le hago una seña a Daisy para que me traiga algo de beber.

—Han roto una valla y han soltado caballos. No es casualidad, Kane —le explico, antes de dar el primer trago.

—¿Qué dice la chica?

Lo miro para entender para dónde va la pregunta. ¿La está acusando de algo?

—No sabe nada.

—¿Seguro?

¡No lo puedo creer! ¿Qué le pasa?

—No sé hacia dónde quieres dirigir tus ideas, amigo, la verdad. No te sigo. Olivia está tan asustada que tiembla cuando habla del tema, Wyatt. ¿Eso responde tus dudas?

Asiente despacio ante mis malos modos.

Me conoce, sabe cómo actúo cuando tengo la mierda en el cuello.

—Vale. Te avisaré de lo que sea —dice, y se guarda la vaina en el bolsillo.

Bien. Ahora sí que se pondrá a trabajar como quiero que lo haga. Eso parece. Porque yo también lo conozco y está demasiado serio, intrigado y preocupado. Como yo.

Y es que Olivia busca respuestas, pero se me acaban las excusas. Me repito mucho y ya no cuela nada de lo que le digo.

Tampoco es que me cierre a mí todo lo que está pasando.

Me acabo la cerveza de un trago, en silencio.

—Empieza por el rancho Dalton —me atrevo a decir, en confianza y solo por intuición.

Wyatt levanta la vista y me escruta con atención.

—¿Qué sabes, Cal?

—Lo suficiente para no confiar —respondo sin más.

En realidad, no sé nada. Solo tengo un par de palabras garabateadas que no servirían de mucho.

Afirma, pero con cara de no creerme. Sabe que no le diré más.

—Tengo cosas que hacer. Gracias, Wyatt.

Me doy la vuelta para irme.

—Cal… —me llama y me detengo, resoplando.

No necesito sermones ni advertencias.

—Ten cuidado.

Eso sí lo acepto y me tranquiliza que me pida que me cuide; significa que, por fin, se pondrá a investigar.

—Siempre —digo, y me toco el sombrero.

Conduzco en silencio por la carretera. Está oscura y mi cabeza está peor. Son demasiadas piezas y eventos que no encajan. Y Olivia

en medio. Siempre en medio.

Aprieto el volante, volviendo a sentir la impotencia subiéndome por la espalda.

Estoy perdiendo el control de lo que me rodea.

Llego al rancho y voy directo a su casa. Me cambio las botas y golpeo la puerta, pero no contesta.

Se me tensan los hombros de inmediato.

Miro por la ventana y veo luces encendidas, una taza humeante en la mesa.

—Olivia —digo, abriendo la puerta.

Nada.

Mierda, esto es raro.

Cojo la escopeta de la entrada y subo la escalera despacio.

—Olivia —repito.

Escucho un ruido en el dormitorio del viejo, me dirijo hacia allí, empujo la puerta con la punta de la bota, apunto y… ¡Joder!

Me quedo inmóvil. Sin reacción.

—Perdón —murmuro, casi sin habla.

Bajo la escopeta y la apoyo contra la pared.

Olivia está frente a mí y solo lleva un conjunto de lencería blanco. Tiene el pelo mojado y sus ojos brillan.

No se cubre ni se aparta. Yo tampoco dejo de mirarla.

—No contestabas. Pensé que… —No termino la frase y trago saliva—. Cúbrete —le pido, con voz más grave.

No me hace caso. Sigue ahí, firme y orgullosa. Perfecta. Provocando sin moverse, sabiendo lo que me hace.

Aprieto los dientes, le hago un repaso descarado y me detengo un instante más en sus caderas.

—Vete de mi habitación —murmura con firmeza.

Asiento, levantando la vista hasta sus ojos, sin nada de ganas.

—Te espero abajo —comento, salgo y cierro detrás de mí.

Me apoyo contra la pared, suelto el aire despacio, bajo los párpados y vuelvo a inspirar hondo.

Jodida mujer.

Nada de lo que he hecho ha estado bien, aun así, lo único que quiero es volver a entrar y repetirlo todo de nuevo. Follármela hasta

que se olvide de su nombre y pierda el puto juicio, como me lo hace perder a mí.

Esto no va a acabar bien.

Me separo de la pared justo cuando ella abre la puerta de golpe.

Nos miramos y no hace falta más.

Su respiración es irregular, el pecho le sube y baja deprisa. Mi respiración se dispara.

—Walker…

—No.

Alejo la mirada ahora de sus tetas y lo veo todo en sus ojos. Deseo. Duda. Enfado.

Niego con la cabeza.

—Olivia… —murmuro en tono de advertencia.

Asiente, aunque se queda quieta.

Lo entiende, sé que lo hace. Ambos sabemos que no es una buena idea.

Doy un paso para irme y me agarra de la muñeca.

—No me importa, Caleb.

Su hombro roza mi brazo y bufo ante el contacto, con los dientes apretados.

Maldita sea.

Le agarro la cara con ambas manos.

—A mí sí —susurro, con la voz rota.

Pero no me aparto, soy incapaz.

Mi cara está a milímetros de la suya.

Respira rápido sobre mi piel, su aliento despierta mi polla y empiezo a pensar en cómo se sentirá su boca rodeándola.

—Entonces vete —susurra, todavía agarrada a mí.

Tendría que hacer exactamente eso: irme, soltarla. Alejarme y recuperar un poco de cordura. La que pierdo cuando se me mete en la cabeza, en cada maldito pensamiento.

Me enfada que no piense.

Me enfurece no poder hacerlo mejor. La parte de mí que todavía intenta hacer lo correcto… está perdiendo.

Apoyo la frente en la suya. La respiro. Y la beso.

Mentira, es más que eso, porque le aplasto la boca soltando un gruñido.

Ella acepta la rudeza, me tira del pelo, se pega a mí y gime cuando meto la lengua.

Entonces la empujo contra la pared para que me sienta. Su respiración se quiebra, ya no hay vuelta atrás, y la mía la acompaña. Deslizo las manos por su espalda y le aprieto el culo, porque me encanta su jodido culo. Ella aprovecha y cuela las suyas bajo mi camisa.

Joder, esto es una locura.

—Para… —murmuro contra sus labios, aunque soy yo quien no lo hace.

La levanto, me rodea con las piernas y nuestros sexos se tocan. Ahora va a saber lo dura que me la pone.

«Esto provocas, Seattle. ¿Lo sientes?», me encantaría preguntarle, pero tengo la boca ocupada.

Joder. Quiero tocarla y descubrir lo húmeda que está.

Y también debería detenerme.

Esto es un maldito error. Uno que voy a cometer de todos modos. Porque no recuerdo haber deseado algo tanto en mi vida.

Aprieto la cadera y ella gime, abriendo los ojos cuando me separo de sus labios.

—Esto querías, ¿verdad? Pues aquí me tienes —suelto en su oído.

No es una advertencia, estoy rindiéndome de una puñetera vez. Dejando de luchar contra lo inevitable.

Entro en la habitación con ella en brazos y la dejo caer sobre la cama.

Qué bonita es, joder. Tendida en la cama, ardiendo de deseo, es más impresionante todavía.

Lo voy a hacer. Y sé que nos vamos a arrepentir, pero ahora mismo, me da igual.

Ya me encargaré de eso después.

Capítulo 17

—Olivia—



Los besos de Caleb Walker son como él: toscos, duros, exigentes… perfectos. Podría volverme adicta a lo que provocan en mi cuerpo.

Apoya la rodilla en el colchón y separa las mías.

—Espera, espera. Necesito hacer esto —digo, abriéndole la camisa de un tirón y soltando un suspiro de alivio. O deseo. O los dos.

Desde que vi siempre llevaba botones a presión, no he podido dejar de imaginarme este momento.



¡Dios mío! Qué hombre.

Apoyo las palmas en su pecho. Él me las agarra y las usa para acariciarse.

—¿Quieres tocarme?

Asiento, sin habla.

Murmura algo que no entiendo y se deja caer contra mí.

—Abre más las piernas —susurra y no hace falta que lo repita.

Trago saliva cuando se quita el cinturón y lo deja caer al suelo sin apartar los ojos de mí.

Vuelve a mi cuerpo, me descubre un pecho, me muerde el pezón, sopla después y se queda observándome.

—¡Joder! Qué puta belleza.

Se me eriza la piel y no puedo quitar los ojos de su boca cuando se muerde el labio, como si estuviera a punto de devorarme.

Levanto la cadera, buscándolo y me hunde contra el colchón. Me da justo lo que necesito.

Y entonces, una luz ilumina la habitación desde fuera.

Caleb se queda quieto. El sonido de un motor apagándose me paraliza también.

Ambos torcemos la cabeza hacia la ventana, jadeando.

—No puede ser —protesto, cubriéndome la cara con las manos.

—¿Esperas a alguien? —pregunta, ya incorporándose, en modo alerta.

Se acerca a la ventana y su expresión cambia por completo.

—Vístete. Tienes visita —dice, rudo.

Se queda observándome un segundo más de la cuenta y la mandíbula se le endurece.

No me muevo y también lo miro, porque es un hombre impresionante, como lo es la erección que esconde su pantalón.

—¡Olivia! —llaman desde fuera.

Caleb coge su camisa y se la pone con movimientos bruscos. Parece enfadado, otra vez, o frustrado.

—¿Quién es? —le pregunto, pero no responde.

Me pongo en pie, agarro el vestido de la silla y me lo paso por la cabeza a toda prisa.

Él me recorre de arriba abajo y aprieta los dientes. Yo lo miro, torciendo el gesto a modo de pregunta.

Murmura algo que no llego a entender y sale del dormitorio.

No entiendo qué le pasa. Este hombre es muy raro.

—¡Olivia! —insisten y en el acto reconozco la voz.

—¿Jake? ¿Es Jake Dalton? —pregunto desde la puerta de mi dormitorio.

Caleb asiente casi con indiferencia y sigue de largo.

¿Está cabreado porque Jake ha venido a mi casa?

No tengo tiempo de pensar en ello. Me miro al espejo para adecentarme un poco: pelo revuelto, labios hinchados, piel encendida.

Genial.

Todo anuncia que estaba follando con mi capataz. Lo peor es que mi cuerpo todavía no parece haberse enterado de que nos detuvimos. Me tiemblan las piernas, tengo la boca sensible. Y sigo sintiendo sus manos por todas partes.

Bajo la escalera corriendo y salgo. La puerta está abierta. Seguro que Caleb la ha dejado así al irse.

—Hola… —saludo, todavía descolocada con la sucesión de acontecimientos.

Caleb ya se ha puesto las botas.

—Estaré en los establos —anuncia, seco, sin mirarme y camina rígido hacia allí.

¿Cómo he pasado de aquello… a esto? Hace dos minutos me estaba devorando la boca y ahora parece estar a kilómetros de mí.

Este hombre es demasiado intenso y cambiante.

Tardo un segundo en reaccionar, cuando tengo la sonrisa de mi vecino enfrente.

—Jake, ¿qué haces aquí a esta hora?

Este hombre también me pone nerviosa, pero de manera diferente. No puedo explicarlo.

—Sí, perdona que aparezca así, sin avisar —dice, con una sonrisa medida—. ¿Cómo estás?

—Bien… sí. ¿Quieres un café?

No me apetece, pero tampoco voy a dejarlo fuera sin más.

Desde lejos, Caleb observa. Y Bandido se tumba en la entrada, bloqueando medio paso.

—Muévete, chucho —le dice Jake.

Ni caso. Como su dueño.

—Déjala abierta —le indico.

Entro en la cocina y preparo el café que le he prometido mientras el silencio se alarga demasiado, incomodándome un poco.

—¿Y bien? —pregunto al final, porque no dice nada.

Le pongo la taza en la mesa.

—No sé si ya estás tomando decisiones con respecto al rancho o si aún sigues de duelo —empieza a hablar.

Se sienta y coge la taza con ambas manos. Yo me quedo de pie.

—Tu abuelo quería venderme las tierras. —Tuerzo el gesto al escucharlo—. Estaba valorando una oferta. Incluso habló con su abogado.

No le creo.

Y con su abogado de siempre no habló. ¿Quién miente aquí?

—No sabía nada de eso —digo, y callo el resto, a ver hasta dónde llega.

Me llevo la taza a la boca e intento relajar los hombros.

—Quizá no quiso adelantarse.

—Quizá. —Le doy un segundo sorbo al café, haciendo tiempo—. De momento, no voy a tomar ninguna decisión —añado, porque él no ha dicho nada más.

Asiente. Me observa, luego a mi cocina, a mí otra vez y sonríe.

Que no hable me pone incómoda y tengo la necesidad de matar el silencio.

—¿Sabes algo de los disparos de la otra noche? —le pregunto, solo por entablar una conversación.

—¿Disparos? —pregunta y niega con la cabeza—. No sé nada. He estado fuera, pero puedo preguntar en casa si oyeron algo.

—No hace falta. El *sheriff* ya está investigando el tema. Eso dice Walker.

Al mencionar a Caleb alza las cejas y dibuja una sonrisa de lado bastante irónica.

—Walker, ¿eh? —repite despacio.

Su cara me dice que no le gusta mi capataz. Tanto como él le gusta a mi capataz.

—¿Qué pasa con él?

Niega con la cabeza y se termina el café.

—No me hagas caso —masculla y se levanta—. Bueno, ya me voy. Solo quería que supieras que mi oferta sigue aquí.

—Claro. Lo tendré en cuenta.

—Nos vemos, Olivia. Que tengas buenas noches.

—Sí. Buenas noches.

Lo acompaño hasta la puerta, que sigue abierta. Bandido ni se mueve cuando le pasamos las piernas por encima.

Nos despedimos con un ademán.

—Hey, bonito —digo al perro, una vez que Jake se va—. ¿Te vienes dentro?

Levanta la cabeza y mueve la cola.

Me agacho para acariciarlo y convencerlo, a ver si me permite cerrar la casa.

—¿Qué quería?

Joder. ¡Qué susto! Este hombre me va a matar de un paro cardíaco si sigue apareciendo así.

Me incorporo despacio. Caleb está demasiado cerca y tengo que ponerme de pie para poder mirarlo a la cara. La misma que tenía a cinco centímetros de mis pechos hace un momento.

—Dice que mi abuelo quería venderle el rancho —respondo con sinceridad, después de todo estábamos casi desnudos en mi cama.

Su expresión cambia al instante. Se endurece. Parece que el tema le escuece.

—Y una mierda, Olivia. Eso no es verdad —escupe con rabia.

—Eso dice él —añado encogiendo los hombros.

—Pues miente.

No duda ni un segundo y, por extraño que parezca, esta vez estamos de acuerdo.

—Y tú ¿cómo puedes saberlo? —pregunto, apoyándome en el marco.

De verdad me gustaría saber hasta dónde llegaba la relación con mi abuelo. ¿Le hubiese contado a él antes que a mí si tenía intenciones de vender? ¿Antes, incluso, que a su abogado?

Da un paso hacia mí y se cruza de brazos, majestuoso. Mi cuerpo se ablanda al recibir su calor. Y si no percibiera el enfado que desprende, ahora mismo me colgaría de su cuello.

Pero ha vuelto a ser el gruñón distante que parece quererme lejos y así me mantendré.

—Porque conocía al viejo Bennett, joder —suelta, como si fuese lo más lógico del mundo y yo una tonta en no entenderlo.

Debo haber tocado otra fibra, aun así, no es excusa. Y, definitivamente, no me gustan sus cambios de humor.

«Ahora te hablo bien, ahora mal. Ahora te beso y ahora te gruño».

A tomar por culo su carácter del demonio. No hay quien lo entienda. ¡Si hace menos de diez minutos estaba dispuesto a arrancarme la ropa con los dientes!

—Yo también lo conocía—replico, casi con rabia, y también me cruzo de brazos.

Sus ojos bajan a mi boca un instante mínimo, cierra los párpados e inspira hondo.

«El fuego se apagó, vaquero».

Asiente, entendiendo mi actitud distante.

Perfecto.

—Piénsalo bien. Lo de vender, digo.

Da un paso atrás, después de pronunciar esas palabras, y comienza a alejarse.

—Es lo que voy a hacer —le aseguro, sin moverme.

Se detiene en los escalones del porche y me mira, con los pulgares en los bolsillos. Tenso como la cuerda de una guitarra.

—Puedo encargarme del rancho, Olivia. No hace falta que te quedes… aquí —dice, sin mirarme a los ojos.

Me pongo rígida de golpe, más que él si cabe.

¿Me está echando de mi propiedad? ¿En serio?

¡Hace unos minutos estaba en mi cama!

¡¿Pero qué se ha creído?!

—Voy a tomar mis propias decisiones, Walker. Si necesito tus consejos, te los pediré, gracias.

—Eso es lo que me preocupa, que tomes tus propias decisiones.

Alzo la barbilla, herida y enfadada por su comentario.

—¿Disculpa?

Tuerce el gesto y se nota que ni él mismo está convencido de lo que dice.

Sigo pensando que es imposible entender como pasamos de una cosa a la otra en menos de media hora.

Niega con la cabeza, patea una piedra y vuelve a mirarme.

—No sé si estás preparada —añade en voz baja, aunque firme.

Debe pensar que el único preparado es él, cómo no. Así de arrogante es.

—Es MI rancho, Walker.

Enfatizo en el «mi», a ver si le queda claro.

—Si no lo vendes —añade, sin apartarme la vista, con su típica provocación.

Su comentario me deja claro lo que piensa de mí.

Me incorporo y agarro el pomo de la puerta.

—Gracias por lo de antes —digo, señalando vagamente hacia la escalera—. Supongo.

—No tienes que…

—Sí. No pasa nada.

Mentira, pasan un montón de cosas, pero es más fácil sostener una mentira pequeña que admitir que sus palabras me hacen daño.

—Buenas noches, Caleb.

Entro sin esperar respuesta, cierro y apoyo la espalda contra la madera.

Escucho sus pasos alejándose. El Jeep arrancando. Y luego, el silencio.

Subo la escalera despacio, llego al dormitorio y me dejo caer en la cama vestida.

Todo encaja.

La frialdad, sus órdenes, las respuestas cortas y las evasivas, su empeño en que no me meta con lo de los disparos y la valla rota… Es amigo del *sheriff.* Y me dijo en la cara que quiere que me vaya.

—Entiendo —murmuro, cerrando los ojos—. Te molesto aquí, capataz.

Me pongo de costado. Su olor sigue en las sábanas y se me escapa un suspiro.

Maldita sea.

Ese manipulador no merece ni uno solo de mis suspiros. Ni uno.

Pero qué difícil se me hace contenerlos.

Capítulo 18

—Caleb—



El motor ruge más de la cuenta y derrapa en el barro del camino.

Aprieto el volante hasta que me duelen los dedos.

La dejo sola. Otra vez. Después de casi follármela como deseo hacer desde que la vi bajar del puto coche eléctrico, con sus maletas caras y sus tacones de diseñador.

—Eres un imbécil, Walker.

Cierro los ojos en plena recta y los abro de golpe.

No. No voy a permitirme eso, porque si lo hago, querré que se quede y eso jamás sucederá. Punto.

Wyatt miente, por supuesto que soy un hombre que cumple las promesas. Si lo único que hago es mantener la distancia, o intentarlo, al menos. Es ella la que no ayuda. Ni un poco.

Reduzco la velocidad, freno y bajo del coche de un salto.

—Y ese gilipollas, apareciendo sin avisar. De noche, además —mascullo entre dientes.

Entro a la cabaña, agarro una cerveza y me siento en el porche.

El viejo Bennett no era idiota. Si hubiese querido vender, lo habría hecho sin dar tanta vuelta, o me hubiese dicho algo.

Esa puñetera oferta es turbia. Sigue sin gustarme, y si Donovan está en medio, peor aún.

No es asunto mío. Joder. Lo sé. Y aquí estoy, como si lo fuera. Pero mi vida está en este rancho, siempre lo ha estado y lo defenderé como si fuese mío. Aunque sea de ella.

Por eso, Olivia Bennett se va a ir de Silver Pine y de Red Creek, y yo voy a ayudarla a tomar esa decisión. Me importa un carajo que no soporte la idea de no volverla a ver. Además, las mujeres como ella no se quedan en pueblos como este. Nunca lo hacen. Qué más da adelantar lo inevitable.

Un todoterreno del Lazy River se detiene frente a mi puerta.

—¿Tienes más de eso o me voy al Rusty? —pregunta Harrison, señalando el botellín que sostengo entre los dedos.

Me pongo de pie y los dos entramos a la cabaña.

Mi amigo se sirve sin esperar que yo lo haga.

—¿Qué te pasa, Cal? —me pregunta después.

Me froto la nuca, buscando las palabras.

—Tiene que irse —comento a medias.

Él asiente y se deja caer en el sofá.

—¿Por los disparos? Me contó Wyatt lo de los casquillos.

—Algo huele a podrido, Harrison. Lo de la valla ha sido intencionado.

—Si tienes a alguien entrando en su propiedad, disparando cerca de la casa, rompiendo vallas y soltando caballos, ya lo creo —comenta, llevándose el botellín a la boca.

—Ha venido Dalton —añado, ahora lo quiero soltar todo—. Dice que el viejo estaba evaluando una oferta.

—¿Evaluando? Ni de coña —asegura, incorporándose un poco.

—Eso le he dicho.

—Viejo Walt me contó que Dalton ha vendido algunos animales a bajo precio hace unos meses. Que anda buscando liquidez. Y ya sabes que el hombre es cotilla por aburrimiento, pero no reparte mentiras, Cal.

Pienso un momento en lo que me acaba de decir, confío en Walt, no habla por hablar.

—¿Crees que está en problemas de verdad?

Harrison se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero parece que tampoco va sobrado.

Me apoyo en la encimera y me acabo la cerveza.

—¿No se te hace raro? —le pregunto, entrecerrando los ojos.

—Solo sé que no es de fiat, Cal. Mi padre nunca quiso hacer negocios con él. Por algo nadie lo respeta en el pueblo.

—Ya —murmuro y me incorporo.

Camino hasta el pequeño escritorio de la esquina, abro el cajón y saco el sobre arrugado. Lo dejo en la mesita, frente a Harrison y lo señalo.

—¿Y esto? —me pregunta, tomándolo.

—Estaba en el despacho de Bennett.

Saca la nota con cuidado y lee.

Hijo, si algo me pasa, no será un accidente.
Cuida a Olivia.
Y no dejes que Jake Dalton se le acerque.

Bennett.

Harrison frunce el ceño y levanta el papel.

—¿Se lo has mostrado?

Niego y se lo quito de las manos.

—¿Y a Wyatt?

—Tampoco.

—Es Wyatt, idiota —me reprende, con razón.

— Y confío en él, pero no puedo hacerlo en quienes lo rodean. Al menos, por ahora.

Me levanto y vuelvo a guardar el sobre en el cajón.

—El viejo era cabeza dura y desconfiado —añado, pensando en voz alta—, aun así, hay algo más que eso, Harrison. Está claro que alguien lo estaba presionando y él dijo «no».

Mi amigo se recuesta en el respaldo y arquea una ceja.

—¿Y crees que Dalton es ese alguien?

—No lo sé. La noche anterior al accidente, estuvo en el rancho y se fue dando un portazo.

—Joder —resopla y bebe un par de tragos, pensando—. Es un bocazas, pero de ahí a esto, Cal.

—También es un chulo de mierda.

Salgo de la cabaña, dejando la puerta abierta, y miro hacia la casa grande, apoyado en la cerca del porche.

Tengo que ir a ver si todo está en orden, como cada noche.

—¿Algo más, Romeo? —bromea Harrison, ahora a mi lado.

—Vete a la mierda.

—Habla con Wyatt. Igual lo arregla rápido y puedes vivir tu historia de amor con una chica de ciudad.

Le lanzo un golpe, que esquiva sin esfuerzo.

El idiota se marcha riéndose mientras le hago una peineta.

Si supiera que lo único que tenemos es una historia de idas y vueltas, de arranques y frenadas, de muchas discusiones. Y de una follada frustrada.

El ruido del motor de Harrison desaparece en la distancia y el silencio vuelve.

Miro hacia la ventana lejana. Hacia la luz que sigue encendida.

—Como te toquen un pelo…

Respiro hondo.

Ya no recuerdo cuándo fue mi última noche tranquila.



Apenas duermo y cuando amanece, ya estoy en pie. Me sirvo el café negro de siempre y lo tomo en el porche.

Todavía tengo la misma mierda en la cabeza.

Le envío un mensaje a los empleados del rancho con las tareas del día y me subo al Jeep, marcando a Wyatt mientras conduzco.

—Yo no trabajo en el campo —protesta—. No madrugo tanto, cabrón.

—Voy de camino a tu casa. Llevo café —le aviso, sin darle lugar a réplica.

—Más te vale traer algo más que café.

Treinta minutos después, estoy en su cocina. Ya ha leído la nota del viejo y le he contado el resto.

—Primero: vete a la mierda por no confiar en uno de tus mejores amigos. —Asiento. Tiene razón, merezco la reprimenda—. Y segundo: investigaré extraoficialmente, de momento —dice.

—Puedo ayudar.

—No, Cal, tú sigue como si nada. ¿Me oyes? —ordena.

Agarra uno de los dulces que he traído, lo muerde y me mira.

—¿Qué?

Se mantiene en silencio, creando suspenso. No me parece divertido. Resoplo por eso.

—¿Qué pasa con Olivia Bennett?

Qué pasa con ella… mucho pasa, de todo, no obstante, hacerme el tonto me sale bastante bien de un tiempo esta parte.

—¿Te parece poco lo del rancho?

—No hablo de eso —contesta, señalando sus anotaciones.

Cojo el sobre para no olvidármelo.

—No importa lo que me pase a mí. Cuanto antes se vaya, mejor. Para los dos —aseguro, poniéndome de pie.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar?

—No. —Doy dos pasos hacia la puerta y me giro—. Gracias, Wyatt. Te debo una.

Aunque la pregunta de mi amigo se quede en mi cabeza, la respuesta será siempre la misma.

Olivia debe opinar igual a juzgar por la conversación de anoche. No importa cuánto desee arreglar cuentas con ella y volver a empezar.

Ya cometí ese error una vez.

Capítulo 19

—Olivia—



Tres días. Tres jodidos días viéndolo poco y de lejos.

Caleb Walker sigue en el rancho. Da órdenes, entra y sale, habla con los peones… pero no conmigo.

Parece querer olvidar lo que pasó, que estuvo sobre mi cuerpo y su boca se metió bajo mi ropa.

Bien. Que lo intente.

Eso me lleva a pensar: ¿y si hubiese pasado? Me refiero a todo. A lo que interrumpió Jake.

A él también lo he tenido en la cabeza estos días. Y he considerado su oferta.

Los dos, sin saberlo, han conseguido lo mismo: que desconfíe.

Jake me mintió. El abogado no está evaluando nada y mi abuelo tampoco lo hizo. Está jugando sucio y desconozco el motivo.

En cuanto a Caleb… Con él es más difícil. Con él camino sobre arenas movedizas.

¿Y si es Caleb? La idea ha cobrado más fuerza en mi mente y no se va.

¿Y si es quién está detrás de los disparos y la fuga de los caballos?

Quiere que me vaya, así que, decide asustarme y realizar un sabotaje controlado. Todo encaja.

Si llega a ser él… lo voy a odiar mucho.

Por otro lado, si quisiera espantarme, ¿por qué se quedó conmigo aquella noche? ¿Para disimular?

Jugar al héroe se le da bien. Es naturalmente protector el muy puñetero.

—¿Necesitas ayuda, Oli? —me pregunta Mason.

Sacudo la cabeza y vuelvo a concentrarme.

—No. Puedo sola, mira. —Ajusto la silla y le muestro—. Listo.

Se ríe y me aplaude.

Estoy ensillando a Tormenta para dar un paseo y me llevaré a Sombra también a tiro, ahora que está comiendo mejor y tiene energía para andar. Aunque lo de volver a galopar con alguien sobre su lomo, todavía como que no. Lo mejor es darle su tiempo.

Salgo del establo con las dos yeguas.

El Jeep está aparcado donde siempre, sin embargo su caballo no está. A veces oigo que lo nombran. Lo veo llegar o coger una de las RAM del rancho y salir a toda leche. En el rancho está, aunque parece que también se le ha olvidado que estaba enseñándome a montar.

Ya no le interesa, claro.

«Lo pillo, vaquero».

Hunter lo hace mejor. Tiene más paciencia. Porque sí, tuve que dejar de lado la vergüenza y pedir ayuda.

—¿Te vas sola? —me pregunta este, al verme.

—Confío en mí —le respondo, altiva y sonriente.

En quien ya no lo hago es en Caleb y tampoco puedo hacerlo en mis emociones.

Me besó como si fuese incapaz de parar y después desapareció. ¿Cómo se le llama a eso? Yo diría que abandono. Es inevitable que también me sienta un poco usada. Y lo peor de todo es que lo echo tanto de menos… Soy una tonta del copón.

—Por supuesto que estás preparada, aun así, no trotes —me advierte, serio—. Ten cuidado y ve al paso.

Asiento en cada frase, como una alumna obediente.

Las últimas mañanas, después de correr, practiqué durante horas con él y hasta recorrimos el rancho a caballo. Dice que no se considera tan buen profesor como Walker, aunque yo creo que es mil veces mejor. No solo porque no me regaña, sino porque no se ha tenido que subir conmigo al lomo del animal.

Y con él no me estremezco, no se me endurecen los pezones ni me recorren esas cosquillas traicioneras por el vientre. Hunter jamás me pondría nerviosa, no me hace pensar en su boca ni en sus manos. No me hablaría al oído y jamás me diría: «Abre más las piernas».

Joder.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Definitivamente, Hunter es mejor profesor.

Trago saliva y, con ella, los pensamientos invasivos. Demasiado tengo de esos por las noches.

Hago sola lo que debería haber hecho con Caleb. Y he podido. No lo necesito.

Sonrío, satisfecha y orgullosa. Me ajusto el sombrero y reviso los estribos.

No voy a quedarme de brazos cruzados, porque yo también quiero que se vaya de Silver Pine. Aunque, para prescindir de él, necesito saberlo todo.

Por eso, una tarde trabajé en la granja. Me enseñaron a cosechar algunas de las verduras y me traje varias a casa para comprobar su calidad. Si hay que mejorar algo, buscaremos la forma.

Ayer hablé con varios padres mientras los niños estaban en clase con los ponis, ofreciendo más servicios y abriendo la posibilidad de diálogo.

Al final, quien fingía protegerme y ayudarme, buscaba lo contrario: ahuyentarme. Y no lo logrará. Él mismo lo dijo, soy caprichosa y testaruda.

—Nos vamos, Bandido —digo, y me subo en Tormenta.

Comienzo a alejarme con el corazón golpeándome demasiado rápido para algo tan simple como montar.

La yegua se mueve debajo de mí, inquieta, notando mis dudas.

—Tranquila… —murmuro, más para mí que para ella.

Aprieto las piernas con cuidado, ajusto las riendas y le doy la orden. Esta vez, sin que nadie me corrija y sin que nadie me mire.

Ella avanza. Conmigo. Despacio al principio y luego más suelta, más segura. Como yo. La emoción me recorre el cuerpo. Sombra camina a mi lado, atada con la cuerda que llevo en la mano izquierda y tira un poco, indecisa, pero se deja guiar. Ya somos dos.

Bandido corre delante, vuelve, rodea a Tormenta y se aleja otra vez. Él se lo está pasando en grande.

Mas allá, en el corral pequeño, está Caleb, domando un potro, que no está de acuerdo en ser domado. Pero él insiste, porque es terco, más que yo. Lucha, se esfuerza y cae. El golpe seco sobre su espalda me corta la respiración.



Se levanta y me ve. Sé que lo hace, aunque disimule. Se cala el sombrero, se sube al potro y vuelve a intentarlo. No duda ni se queja.

Yo aprieto las riendas, suelto el aire despacio y me alejo.

—Ya ves, no necesito que me sujetes, Walker .

Me sigue cabreando su atractiva masculinidad.

Y más me enfada pensar en él como lo hago, sabiendo lo que sé.

Me decepciona su actitud y me irrita la mía, porque le dedico demasiados pensamientos.

—Si no fuese tan guapo, todo sería más fácil.

Miento. Ya no se trata solo de su apariencia.

Y con la cabeza concentrada en él, sucede. Dejo de pensar en lo que tengo que hacer y, simplemente, lo hago.

Mis manos ya no tiemblan, mi espalda se endereza y mi respiración se ajusta al ritmo del trote. Estoy relajada y el movimiento fluye. Tormenta responde y he dejado de tener miedo.

Siento la sangre acelerada en mis venas y se me aprieta el pecho. Es emoción y no por estar galopando sobre Sombras

Miro la casa de la que me voy alejando. La tierra. Las vallas. Los establos..

Todo esto es mío.

Mío.

No pienso irme.

Ni por Caleb Walker, ni por nadie.

No. Ya está decidido. No voy a vender.

«Te enamorarás de esto algún día, Oli. No lo fuerces. El amor no se fuerza».

Las palabras del abuelo parecen sonar en el viento.

Capítulo 20

—Caleb—



El potro es fuerte y dominante. Resopla, tenso, con los músculos vibrando bajo la piel. Igual que yo

—Tranquilo… —murmuro, para los dos.

Le paso la mano por el vientre, el hombro y las patas, para que confíe en mí y que entienda quien está al mando.

—Eso es. Buen chico.

Sus ojos siguen cada movimiento, desconfiados. Como los míos, que se van al fondo del campo. Hacia ella. Hacia Olivia.

Cabalga sola, con Sombra al tiro y el maldito perro correteando alrededor como si fuese un paseo de domingo.

Aprieto el puño y rezongo en silencio.

¿Pero a quién se le ocurre dejarla salir sola?

Tiro de la soga, el caballo duda, pero cede. Me acerco y levanto una mano, me lo permite. Aprovecho y subo medio cuerpo a su lomo. Espero, relajado.

—No es para tanto, ¿o sí? —murmuro en su oreja.

El animal se tensa, aun así, no huye.

Ya casi lo tengo.

Bajo y vuelvo a intentarlo sin darle posibilidad a pensar si me acepta o me rechaza. Miro otra vez para buscar a Olivia. El puñetero potro nota mi distracción, corcovea sin aviso y salgo despedido. El golpe contra el suelo me arranca el aire de los pulmones.

—Joder…

Me quedo un segundo mirando el cielo, con la espalda ardiendo, la boca llena de polvo y la puta cabeza en otra parte.

En ella.

Me incorporo.

Necesito acabar esto para ir a buscarla.

Tres días evitándola y acabo siguiéndola como un idiota.

El caballo ahora da vueltas a mi alrededor, otra vez nervioso. Vuelvo a él. Ya no se asusta tanto porque reconoce mi olor. Como domador, no me impongo. Negocio sin el uso de la fuerza.

—Soy yo… quieto —murmuro, acercándome con la mano en alto.

Él me empuja con el hocico, curioso. Bien, ya somos amigos.

Me acercan la silla, la olfatea y la acepta. Se la coloco despacio. Le gusta poco, aun así, sabe que ya no tiene opción.

—Buen chico.

Apoyo la frente en la suya.

—Te lo has ganado —le digo—. Llévalo a la sombra y dale agua —ordeno al peón.

Recojo el sombrero del suelo y me subo a Ranger de un salto. No necesito decirle nada, sale disparado nada más recibir el toque de mi talón.

El galope me sacude, cada tranco me golpea las costillas y el viento me corta la cara, pero no aflojo, porque ya no la veo y eso no me gusta una mierda.

—Vamos…

Ranger acelera, sintiendo mi urgencia y compartiéndola.

¡No puedo creer que se haya atrevido a hacerlo sola y tirando de otro caballo!

«Mierda, señorita Seattle, qué poca cabeza la tuya».

Observo el camino de tierra por donde ha desaparecido y adivino su destino. Allí la encuentro.

Mis ojos van directos a su silueta y freno de golpe mientras el aire vuelve a mis pulmones.

—Ahí estás, joder —murmuro.

En el estanque, claro que sí, su «lugar secreto».

Sonrío sin humor, porque no hay nada secreto para mí en este rancho.

Me bajo y ato a Ranger. Ella ni se gira.

—Ya te he oído, Walker.

Se me dibuja media sonrisa.

—Pasaba por aquí —digo, solo por decir algo.

—No deberías mentir delante de los caballos.

—Vale. No pasaba.

Me acerco despacio.

Está sentada en el banco de madera y juega con una flor amarilla que sujeta entre los dedos. Está demasiado tranquila.

Me inquieta su actitud.

—Venía aquí con mi abuelo —comienza a decir—. Le contaba secretos. El último fue que no quería aprender a montar contigo.

Gruño por lo bajo, aunque ya lo sabía, lo que me jode es que lo repita.

Me apoyo en el tronco del roble y me llevo una ramita a la boca.

—Dime la verdad, Walker —añade y se gira para mirarme—. ¿Quieres que venda Silver Pine?

—No.

Asiente con gesto serio ante mi escueta y decidida respuesta.

—Porque quieres seguir aquí —afirma, no pregunta.

Hace silencio para que añada algo y lo aprovecho.

—Porque aquí trabajo y me gusta lo que hago.

—Y yo estorbo.

La miro, directo a los ojos. Me molesta que repita esta frase.

—Nunca he dicho eso. No vuelvas a repetirlo —señalo con contundencia y espero que le quede claro.

—No hace falta que lo digas. Me quedó claro con tu comentario «puedo hacerlo solo» —argumenta, imitando una voz gruesa.

Y no, no es lo mismo, pero discutir es una pérdida de tiempo y quiero ver hasta dónde llega con sus conclusiones.

Se gira otra vez, mirando hacia el lago. Yo me siento en el suelo, manteniendo la distancia, porque acercarme más sería un error y ya estoy demasiado cerca.

El perro viene a mí y le rasco la cabeza sin dejar de mirarla a ella.

—¿Sabes por qué me fui de Seattle?

Niego sin responder. Tampoco tengo claro si quiero saberlo, pues, imagino, que no solo ha sido por haber heredado el rancho.

—Porque no me queda nada allí —contesta bajito.

Se levanta, camina hacia el agua y Bandido va con ella.

Traidor.

—Tenía una vida, un trabajo en el que era muy buena, amigos y un novio.

Se me tensa todo el cuerpo, cierro los ojos y dejo de respirar.

—Ya no queda nada de eso —añade en tono neutro.

Yo aprieto la mandíbula y aguanto, aunque tengo un millón de preguntas atragantadas.

—No voy a vender, Caleb —afirma después, girándose hacia mí.

Agradezco el cambio de tema, porque verla sufrir y disimular mientras lo hace no es algo que me guste. Acabo de descubrir que no se me da bien y me produce un dolor agudo en medio del pecho.

Me pongo de pie, para estar a su altura, dispuesto a dejarle claro que no necesita quedarse si no vende. No es necesario que vuelva a Seattle, da igual donde se vaya, lo importante es que, de momento, no se quede en Red Creek.

A ver si ahora, que estamos más tranquilos, no lo toma tan mal como el otro día…

—Te repito que puedo hacerme cargo del rancho —admito con la voz más calmada de la que soy capaz.

Parece que sí se lo ha tomado mal, lo sé en cuanto las palabras salen de mi boca.

Sacude la cabeza, con la vista fija en mí y guardándose el insulto.

—Eres peor de lo que imaginaba —masculla con los dientes apretados.

Decido que prefiero que lo siga pensado. No sé por qué lo dice ni me importa. Que siga enfadada, casi que me viene mejor así.

—No es un sitio para ti, Olivia, y lo sabes —agrego, echando más leña al fuego.

No me gusta cómo me mira, pero necesito que lo haga de esa manera.

—¿Y eso lo decides tú?

—Lo decide lo que está pasando —respondo, conteniendo en enfado, y le recuerdo el peligro—: Disparos, vallas rotas…

Da un paso y me apunta con el dedo, provocadora.

—No me voy a ir, Walker.

Aprieto la mandíbula para no gritarle.

¡Joder! ¿Es que no lo entiende?

—No vas a durar aquí, Olivia.

Intercambiamos dardos envenenados invisibles. Y hasta aquí llegó mi paciencia.

—Dos semanas —suelto con una bravuconería innecesaria—. Como mucho.

Su risa es pura ira y yo soy un manojo de nervios mal contenidos.

—¿Quieres apostar? —me suelta de golpe, con una media sonrisa que no le llega a los ojos.

La observo con arrogancia, retándola en silencio y después, niego con la cabeza.

Sus ojos brillan con enfado y entonces, de la nada, se quita la camiseta.

Se me corta el aire y a punto estoy de atragantarme. En mi mente la vuelvo a llevar a su cama, al maldito momento en el que me dejé llevar y empecé a desnudarla.

—Vete —me ordena—. Me apetece nadar y no quiero que me veas.

Pequeña pendenciera, le voy a dar lo que quiere, pero antes, doy un paso hacia ella. Sus pechos me rozan la camisa y mi aliento le mueve el pelo.

La pongo nerviosa. Hay que joderse, yo también lo estoy.

—No me lo pongas más difícil, Olivia —le susurro al oído y me alejo.

No demasiado.

Lo suficiente para que no se dé cuenta de que estoy vigilando que nada ni nadie se le acerque.

Capítulo 21

—Olivia—



Me sumerjo hasta que el agua me cubre los hombros y cierro los ojos.

Me rodea el sonido de la naturaleza. La calma.

Y la absurda sensación de que alguien me observa desde algún lugar.

—¿Caleb? —murmuro, sin alzar demasiado la voz, pero no obtengo respuesta.

Aprieto los labios y miro a mi alrededor. Nada. Estoy sola. Con Sombra, Tormenta y Bandido… ¡menudo equipo!

—Ven aquí —le digo al perro, y se zambulle enseguida.

Walker regresa a mi mente, porque sigue comportándose de manera ambigua. Se asegura de que nada me pase y, aun así, me quiere echar de mi propio rancho, sin rodeos ni contemplaciones. Se acerca. Se aleja. Va y viene sin dar explicaciones, volviéndome loca.

—Se acabó esto de lamentarse.

Salgo del agua y un ruido me sobresalta. Me cubro deprisa y me escondo entre los arbustos para vestirme. Con el pelo chorreando y

la ropa pegada al cuerpo, me subo a Tormenta, tomo las riendas de la yegua de mi abuelo y echo a andar.

—Si has podido venir, podrás volver —me digo, con seguridad.

A lo lejos escucho los cascos de otro caballo, pero decido ignorarlo. Después de todo, es un rancho donde hay muchos equinos y jinetes.

«No voy a tener miedo en mi propiedad», me repito en silencio, como un mantra protector.



Al llegar a los establos, Hunter me sonríe con toda la cara.

—Pero mira quién ha vuelto —canturrea con tono orgulloso.

—Sana y salva —añado, desmontando como una campeona—. ¿Te encargas de ellos?

—Claro.

Caleb resopla, viendo la escena a pocos metros.

Lleva la ropa manchada de tierra, los guantes en el bolsillo trasero y la camisa abierta. Gira el grifo de la manguera, se echa agua en la cabeza y se sacude el pelo, mirando al cielo.

Este espectáculo me lo conozco. Y no puedo quitarle el ojo, aunque me dé rabia reconocerlo.

¡Madre mía! Hasta se me entreabren los labios.

Tengo que alejar la vista.

Ya.

—Que dejes de mirarlo, coño —susurro, y me doy la vuelta.

Entro en casa, subo al baño sin detenerme, me desnudo a toda prisa, me meto en la ducha caliente y bajo los párpados. Lo que busco es calma y lo que consigo es lo contrario, todo por culpa de mi buena memoria.

Su voz, sus manos, su boca y, Dios mío, sus besos… Mi cuerpo reacciona antes de que pueda frenarlo.

Me apoyo contra la pared. Respiro hondo y cedo a la urgencia, permito que mis manos se deslicen entre mis muslos.

Mi piel lo recuerda, y mis pezones. También mis piernas, que se abren imaginando que le dan espacio. Mi trasero aplastado contra la pared quiere sentir sus dedos apretándolo.

El placer no tarda en llegar y su nombre se me escapa en un gemido al correrme.

Cuando abro los ojos, me invade la ira y la vergüenza.

—Genial, Olivia —murmuro.

Más enfadada con él de lo que ya estaba —y conmigo por no poder quitármelo de la cabeza—, me pongo un vestido bonito, sandalias planas y me recojo el pelo. Me maquillo los ojos y los labios. Bajo la escalera y, sin detenerme, cojo las llaves del coche y salgo.

Lo primero que veo fuera es su mirada, que me encuentra sin buscarme y me recorre de arriba a abajo. Se me eriza la piel, no puedo controlarlo.

¡Maldito seas, Caleb Walker!

Lleno los pulmones de aire, porque siento que él me lo está quitando al observarme así mientras camina hacia mí. Otras partes de mi cuerpo también se dan cuenta de su cercanía y, por supervivencia, ignoro dicha sensación.

Esto se está volviendo demasiado incómodo.

—¿Vas al pueblo? —pregunta, ajeno a todo lo que me provoca.

—No. Voy a hablar con Jake.

Baja la cabeza, la tuerce e inspira hondo. Gestos que me demuestran cuánto le molesta mi respuesta y el esfuerzo que está haciendo para contenerse.

Lo siento por él, tendrá que aguantarse.

—Te acompaño —masculla después, como si la paciencia conmigo se le estuviera agotando.

No voy a consentirlo por muchos motivos, tantos, que no podría enumerarlos.

—Voy sola —sentencio. Me subo al coche y arranco.

Él se queda de pie, con los pulgares en la hebilla del cinturón y la mandíbula apretada.

Dios mío, tan peligroso como atractivo.

Cuando llego a la casa Dalton, Jake está esperándome en la puerta, apoyado en el marco, con la postura relajada.

—Qué grata visita —dice a modo de saludo.

—No es de cortesía —comento, cogiendo su mano extendida.

—Pasa. ¿Quieres algo? ¿Whisky?

—Agua está bien, gracias.

Una empleada doméstica me saluda al subir la escalera y desde la ventana veo a varios peones trabajando con el ganado. Diría que casi hay más hombres que vacas, algo que me parece bastante llamativo.

—Gracias —repito, aceptando el vaso.

—Tú dirás. ¿Qué te ha traído a mi casa?

Me señala un sillón, me siento y lo suelto sin rodeos:

—He venido a decirte que no voy a vender Silver Pine.

No parece sorprendido, ni siquiera parpadea, solo asiente, despacio, como si hubiese estado esperando que dijese eso.

—Claro —comenta, llevándose el vaso a los labios—. Es pronto.

—No es que sea pronto. Es que no voy a hacerlo.

Me mira directo a los ojos y sonríe, pero de manera forzada.

—Eso dices ahora, Olivia.

Se levanta con calma y deja el vaso sobre la mesa, con cuidado.

—Este sitio —añade, mirando alrededor con dramatismo— no es para todo el mundo.

¿Otro más?

Por supuesto, otro hombre «de campo» diciéndome lo que puedo soportar y lo que no.

¡Que no soy una chica de ciudad incapaz de adaptarme!

Callo y disimulo mi irritación. No vale la pena mostrarle mis emociones.

Jake se acerca a la ventana, indiferente, pensativo diría yo.

—Esta vida requiere carácter.

Se gira al decirlo y camina hacia mí.

Enderezo la espalda para reafirmar mis próximas palabras.

—Lo tengo —le aseguro, estirando el cuello tanto como puedo. No debería aclararle nada, pero lo hago de todas maneras. Por orgullo, quizá.

Sonríe con insolencia ante mi comentario.

Es muy arrogante.

—Eso espero, Olivia Bennett. De todas formas, mi oferta sigue en pie, si cambias de opinión.

Eleva los hombros y me mira con desdén.

El hombre cree conocerme y el caso es que no tiene ni puñetera idea lo obstinada que puedo llegar a ser. Y si me menosprecia, será peor.

Me pongo en pie, ya he dicho lo que tenía que decirle, aunque, por si acaso…

—No cuentes con ello, Jake.

Camino hacia la puerta.

—Olivia… —Me giro para escucharlo, solo por educación—. Ten cuidado. Ya sabes… por eso de los disparos y demás. Últimamente no hay mucha tranquilidad por aquí.

Parpadeo rápido, se me pone la piel de gallina y mi sentido de protección se activa.

—Ya —respondo, buscando mi voz normal—. Eso parece.

Salgo de la casa con el corazón golpeándome en las sienes. Arranco el coche sin tan siquiera mirar por el retrovisor y no paro hasta alejarme lo suficiente.

Freno en un costado de la carretera de tierra. Me tiemblan las manos. Apoyo la frente en el volante, respiro hondo, suelto el aire. Otra vez.

Y otra.

No lo conozco de nada, pero no me da ninguna confianza. Su tono, su falsa calma y esa manera de hablar, como si tuviese el control de la conversación…

Quiere mis tierras y las quiere ya. Sé leer entre líneas.

Entonces, ¿por qué no ha insistido? ¿Por qué no se ha enfadado o negociado?

Nada encaja.

Quería ir al Rusty después de ver a Dalton, para alejarme de Caleb unas horas y pasar un rato sin pensar en nada. Ahora ya no me apetece.

Sigo temblando.

¡Joder!

Walker quiere que me vaya… Jake quiere lo mismo, por motivos distintos.

En realidad, a Dalton no le importo yo, le importa el rancho. Eso lo vuelve más peligroso. Para él, sí estorbo.

Y los estorbos, se quitan.

Aprieto los labios y me miro en el espejo retrovisor.

¿Cómo piensa hacerlo?

Rodeada del silencio y la oscuridad del campo, me estremezco, porque todo esto me empieza a asustar de verdad.

Decidí no tener miedo… pero ya no estoy segura de que eso dependa solo de mí.

Capítulo 22

—Caleb—



Llevo un rato en el porche de su casa. Bandido no se separa de la puerta.

Yo tampoco.

Me duché tan rápido como pude, regresé y me senté aquí. En cuanto la vea volver, me iré a la cabaña.

—Vete a hacer algo útil —le digo al perro.

Ni me mira y si hablara, me echaría la bronca. No debería haberla dejado ir sola.

Ambos estamos concentrados en el camino, sin hacer otra cosa. Esperando. Hasta que por fin la vemos llegar.

Él suelta un ladrido y va a su encuentro.

Olivia aparca, apaga el motor, pero no baja enseguida. Le clavo la mirada y sé que algo no ha ido bien.

Baja, segundos después, me observa, va a decir algo… y calla.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, impaciente.

—¿Qué haces aquí, Walker?

Se detiene frente a mí y alzo una ceja, sin responder. Ninguno de los dos lo hace.

—Ya veo que sigues haciendo lo que te da la gana. Vete a casa. Estoy cansada.

También lo estoy, ¿y qué? No me iré hasta que no me responda. Y mucho menos ahora, después de ver su cara de perdida o asustada, de desconfiada. ¿Adónde se ha ido su bonita sonrisa o ese jodido tono desafiante con el que me lanza pullas y me manda a la mierda?

Tengo que saber qué ha pasado, porque estoy seguro de que no le ha gustado nada.

—Dime cómo reaccionó —le pido, agarrándola del codo.

Sus ojos se encienden y la respiración se le acelera, como a mí, porque lo que dejamos a medias sigue ahí. Entre los dos. Nos cuesta un mundo dejarlo atrás y empiezo a pensar que nunca lo haremos.

Me separo de golpe, como si su piel me quemara.

Baja la barbilla y suspira, cediendo por fin.

—Actuó raro. Haciéndose el indiferente —dice, encogiéndose de hombros—. No sé si lo dejará así o insistirá.

Me llevo la mano al pelo. Doy un paso atrás y vuelvo a acercarme.

—Ese tipo es… Joder. Es un gilipollas —bufo, intentando no gritar más insultos.

Indiferente a mi reacción, entra en la casa y la sigo. Ahora voy a por los detalles, porque Dalton se trae algo entre manos y tengo que averiguar qué es, le guste a ella o no.

Entra en la cocina y me da la espalda, mientras prepara café en silencio.

Me apoyo en la encimera y espero, paciente.

—Siéntate, no te voy a echar —murmura, tendiéndome una taza.

Sus dedos rozan los míos y nos miramos a los ojos demasiado tiempo; luego, aprieta los labios y se sienta, fingiendo que no ha sentido nada.

Así están las cosas.

—Necesito que seas sincero, Walker —argumenta, sosteniendo la taza con ambas manos.

No me gusta el tono de su voz, de cualquier manera, asiento sin demostrarlo.

—¿Qué serías capaz de hacer para que me vaya de Silver Pine?

Por un segundo, no sé qué cojones decir. Nada o todo, las dos opciones sirven. Lo que fuera, sin llegar tan lejos, con tal de ponerla a salvo de lo que sea que esté sucediendo.

Aprieto la mandíbula y bajo la vista sin tener una respuesta.

—No sé a qué viene eso —contesto, en cambio.

Endurece la mirada y chasquea la lengua, frustrada por tener que aclararse.

—¿Me pondrías en peligro?

¡¿Qué le pasa?!

¡¿Qué tipo de pregunta es esa?!

—No tienes ni idea de lo que dices —suelto, comenzando a cabrearme.

—Pues explícamelo tú. Porque lo único que haces es repetir que no es seguro…

—Es que no lo es, joder —la interrumpo. Me pongo de pie y doy un paso hacia ella—. Eras la primera en asustarte con los ruidos nocturnos, ¿qué ha pasado ahora?

Se queda quieta, no se intimida y el silencio se vuelve pesado, pero no se aleja ni un centímetro.

La miro fijamente a la boca, a los ojos, a sus manos; a todo lo que no puedo tener.

—No te pondría en peligro —digo al fin con voz ronca—. Pero sigo queriendo que te vayas, eso no ha cambiado.

Mis palabras caen entre nosotros como una bomba. Le duelen mucho. Lo veo en cómo se mueve, demasiado rápido, tensa. Recoge las tazas y las lava con brusquedad.

Un coche se detiene fuera y ambos giramos la cabeza. Echa a andar y no me da tiempo de decirle que espere, que voy a ir yo a abrir la puerta. Lo hace ella y sin mirar.

Me pongo delante y suelto un resoplido al ver a Wyatt bajar del todoterreno de la policía. Está serio, más de lo habitual y se acerca,

colocándose el sombrero.

—Vengo a presentarme, señorita Bennett. Soy el *sheriff* Wyatt Kane.

Aprovecho el momento para relajar la espalda.

—Puedes llamarme Olivia —dice ella, apretándole la mano—. Encantada, *sheriff*.

—Tú puedes llamarme Wyatt.

Ella le da paso y él entra.

—Cal —me saluda con un golpecito en el hombro—. Tenemos que hablar —añade, con los ojos puestos en Olivia.

—¿Qué sucede? —pregunta ella, alarmada.

Kane se pasa la mano por la nuca y mis alarmas se disparan otra vez.

—Caleb tenía razón. Algo está pasando —contesta, buscando las palabras para no sonar alarmista.

Olivia me mira, luego a él. Me cruzo de brazos en silencio y aguardo, porque prefiero escuchar antes de decir o preguntar.

—¿Qué significa eso? —inquiere ella, más ansiosa que yo.

—Que hay indicios de que en tu rancho hay movimiento por las noches. Gente o vehículos que no deberían andar por aquí.

Malditos hijos de puta.

—¿Cómo? ¿Quién? —balbucea, nerviosa, volviendo a mirar a uno y otro.

Wyatt se acerca un poco, bajando la voz.

—No lo sé, pero ten por seguro que lo averiguaré, ¿vale?

Ella asiente y se deja caer en el sillón más próximo. No tengo ni idea de lo que puede estar pensando ahora mismo.

Tengo que apretar mucho los puños para no abrazarla y decirle que todo va a estar bien.

—Quiero que sepas que estamos trabajando en ello y he venido a decírtelo en persona, Olivia. Toma, aquí tienes mi número, llámame para lo que sea —dice Wyatt, y le da una tarjeta.

La coje y mi amigo se despide, asegurando que la tendrá informada. Lo veo partir y me giro hacia ella cuando nos quedamos a solas.

Tengo que inspirar hondo antes de hablar, porque no pretendo preocuparla más de lo que ya está.

—Olivia… —murmuro despacio, y callo al ver cómo me mira.

Lo hace con los ojos bien abiertos, como si estuviese encajando piezas; como si algo, por fin, tuviese sentido.

No para mí, al menos, su actitud no lo tiene ahora mismo.

—¿Estás bien? —le pregunto, acercándome un poco más.

Se pone de pie y suspira. Hay algo distinto en sus reacciones, parece contrariada o arrepentida.

¿De qué?

Joder, debería estar llorando, temblando, ¡qué sé yo!

Primero, la conversación que tuvimos y ahora... esto. Es demasiado, incluso para mí.

—Necesito estar sola, Caleb —murmura en voz tan baja que apenas la oigo.

No puede pedirme eso, no después de oír a Wyatt. Doy un paso hacia ella, más cerca, lo suficiente para tocarla. Levanto la mano… y la bajo.

—Olivia…

—Por favor.

Asiento. ¿Qué más puedo hacer?

—Claro. Hasta mañana.

Supongo que ahora sí lo entiende. El peligro está acechando ahí afuera y es real. No es un capricho mío.

Me giro antes de hacer algo estúpido, porque quiero quedarme. Apretarla a mi pecho y no soltarla hasta que me lo pida.

Aunque mañana me vuelva a sentir como la mierda por quererla lejos.

Salgo de la casa y me subo al Jeep con una mala sensación clavada en el pecho. No es la haber hecho lo correcto, es la de saber que cada vez está más lejos.

Y que, aunque sé que así tiene que ser, me jode saber que ahora sí podría perderla para siempre.

Capítulo 23

—Olivia—



No sé cuánto tiempo me quedo sentada después de que Caleb se va.

La casa está en silencio, pero dentro de mi cabeza hay demasiado ruido. Muchas novedades que acomodar.

Inspiro hondo y suelto el aire despacio, conteniendo las ganas de darle puñetazos a la pared.

No sé cómo he podido llegar a pensar que él estaba detrás de todo.

—Joder —murmuro, llevándome las manos a la cara.

Me he pasado días desconfiando de la persona que está intentando protegerme. Del único que me miraba como si… de verdad tuviese miedo por mí.

La culpa se me clava en el pecho y no es solo eso, hay algo más, algo que he estado tapando con rabia, con excusas y desconfianza. Y ya no puedo ignorarlo.

Me gusta.

Ya no «me atrae», «me pone nerviosa» o «me irrita», como me decía a mí misma para convencerme.

Me gusta. Mucho.

Me hace sentir un millón de cosas.

Su forma de moverse, de hablar, de cuidarme incluso cuando está enfadado, con ese aire brusco, dominante —que tanto critico— y que, en el fondo, me vuelve loca.

Era más fácil enojarme. O resistirme e inventar razones para odiarlo, sobre todo cuando se aleja. Pero ya no me engaño. No quiero ni voy a seguir haciéndolo.

Me pongo de pie y sonrío como un a tonta.

—Deja de soñar despierta —murmuro al ver la tarjeta del *sheriff* Kane sobre la mesa.

El miedo vuelve, aunque distinto, porque ahora sí hay un peligro concreto. Alguien busca algo de mí.

Y Caleb está ahí, siempre ahí, cubriéndome las espaldas. Solo y en silencio. Aguantándome.

Harta, y con una valentía que roza lo inconsciente, camino hacia la puerta.

No me quedaré aquí, no después de lo que le he dicho. Ni de lo que ahora sé.

Cojo las llaves y salgo.



El camino hasta la cabaña se me hace eterno, aunque apenas son cinco minutos.

Las manos me sudan en el volante y el corazón no se calma.

Cuando aparco, lo veo y me quedo sin aire. Está en el porche, sentado en una vieja silla de madera, inclinado hacia delante y con una cerveza en la mano.

Y sin camiseta.

La luz del atardecer dibuja sus formas, cada línea de su cuerpo que, como siempre, está tenso. Inquieto.

Levanta la cabeza al oír el coche y cuando se da cuenta de que soy yo… se queda quieto. Muy quieto. Como si no supiera qué hacer.

Bajo sin apartar la mirada.

Caleb se pone de pie despacio, deja la botella en la barandilla sin relajar ni un solo músculo.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, preocupado.

Doy un paso, luego otro, hasta que estoy a pocos metros.

—Sí.

Frunce el ceño y baja un escalón.

—¿Qué? ¿Estás bien?

Trago saliva ante su tono impaciente y se me eriza el vello de la nuca.

Aquí es donde debería medir las palabras. Pensar. Ser lógica y entender que puedo haberme equivocado. Evitar, quizá, ser tan directa.

Hago todo lo contrario, porque es imposible ser una persona razonable con todo lo que siento. Y con él mirándome así.

—He sido una idiota, Caleb.

Parpadea y tuerce el gesto. No se lo esperaba, supongo.

—No te entiendo, deberías ex…

—Pensé que eras tú —le corto—. Que estabas detrás de todo, que querías que me diese tanto miedo quedarme que no tuviese más opciones que irme.

Mis palabras le fruncen el ceño y se aprieta el labio con los dientes, en silencio. No se mueve. Pero veo que empieza a latirle en la vena del cuello.

¡Madre mía!

—Y aun así —continúo, con la voz más baja—, no dejaba de pensar en ti.

Eso sí lo ablanda un poco, lo veo en sus ojos, en cómo se le altera la respiración.

Los nervios me tensan la espalda, pero los ignoro. Doy un paso más. Ya estoy demasiado cerca, no quiero más distancia entre los dos.

—Me has cuidado —añado, asintiendo—. Todo este tiempo. —Tuerzo la cabeza y sonrío, sintiéndome una tonta—. Y yo te he

tratado como si fueras lo peor que me ha pasado en Red Creek.

Caleb pasa la mano por su cabeza. Mira a un lado, al otro, al suelo... A cualquier sitio menos a mí.

Como parece que seguirá sin decir nada, chasqueo la lengua y sigo:

—No había motivos para dudar, aunque tenía miedo. Y no sabía qué coño hacer contigo, Walker, por eso, cualquier excusa me servía para pensar mal.

Levanta la mirada directa a la mía.

Y ahí está la tensión que nos une, la siento vibrar. El calor me sube por las piernas y abro los labios sin querer.

Avanza y las puntas de sus botas tocan las mías.

Ahogo un gemido, porque me estoy anticipando a… todo.

—No deberías estar aquí —dice, en voz baja.

Ha dejado de sonar firme. Ahora suena confundido.

«También lo estoy, vaquero».

Nos medimos en silencio, sin embargo, la diferencia con otras veces, es que hoy no he venido a discutir.

—Olivia… —Su mirada desciende a mi boca y vuelve a subir—. No es buena idea.

Se me escapa una pequeña sonrisa. Se repite una y otra vez, obvio que lo que dice es pura tontería. Nunca es una buena idea para él. Pues para mí, sí lo es.

Me acerco tanto como puedo, hasta que mi pecho roza el suyo. Su piel está caliente. La mía arde, porque mis ganas son más grandes.

Su respiración se acelera. Yo estoy hiperventilando desde que vi su torso desnudo.

—No me lo pongas más difícil —imploro en tono lastimero, repitiendo sus propias palabras.

—Deja de hacerlo tú —responde, más grave.

Y por fin… la distancia desaparece.

Su lengua invade mi boca nada más rozar mis labios. Me besa con hambre.

Gimo y me aferro a su espalda, clavándole las uñas.

Él gruñe, me aprieta y responde.

—Perdóname — susurro sin alejarme.

—Cállate —bufa contra mi boca—. Te lo perdono todo si me besas así. Todo, joder.

Me levanta sin esfuerzo, le rodeo la cintura con las piernas y siento sus dedos en mi trasero, pegándome a él.

Cierro los ojos, y, ¡madre mía, esta sensación es increíble! Lo deseo con cada fibra de mí.

—Vayamos a tu habitación, vaquero —le pido, con la frente apoyada en la suya.

Sonríe. Arruga todos y cada uno de los rasgos que lo hacen lucir tan perfecto, y me lleva dentro. Levanto la vista y miro a mi alrededor.

—Mi cabaña —susurro.

—Mía —corrige, dejándome caer sobre el colchón.



Se queda mirándome. Mudo, con una intensidad que me pone a temblar.

—Háblame, Caleb.

—Joder, estás en mi cama —suelta con un bufido y un movimiento de cabeza.

—Por fin —añado, sin apartar la vista.

Se muerde el labio y me hace un repaso.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo que tengas en mente.

Suelta el aire por la nariz y se muerde el labio.

—Solo pienso en arrancarte la ropa. En correrte el maquillaje e hincharte los labios a besos, en levantarle el vestido y arrodillarme entre tus piernas. En dejarte sin voz de tanto gemir mi nombre en tu primer orgasmo y en las súplicas que harás antes del segundo. Entre otras cosas.

Me deja muda y temblando, creo que nunca dijo tantas palabras juntas.

Se inclina sobre mí y esta vez me besa más lento. Aunque muchísimo más intenso, tanto, que se me mojan las bragas y se me cierran los párpados. Hundo los dedos en su pelo y lo pego más a mí para que no me abandone. Nunca.

Me quita el vestido de un tirón y me estudia con calma.

—Mierda, qué buena estás —susurra antes de morderme el hombro.

Levanta la cara y me encuentra mirándolo.

—Quiero que me saques el pantalón —me ordena.

Trago el nudo que se me acaba de formar y obedezco. Llevo las manos a la hebilla de su cinturón, luego al botón y el cierre. Las cuelo bajo el vaquero y las deslizo por su trasero.

—No juegues sin saber cómo son las reglas —me advierte, juguetón.

De una patada se lo quita.

—No me asustas —bromeo, siguiéndole la corriente.

Sonríe de lado, engancha el lateral de mi braga, la retuerce y se detiene.

—Tengo tantas ganas de quitártela como de romperla. Elige.

—Rómpela —contesto, sin aire.

El sonido de la tela rasgándose me sacude entera.

—Dime que no vas a salir corriendo mañana, Olivia Bennett —dice, acercando su cara a la mía.

Se detiene todo. Apenas respira mientras espera mi respuesta.

«¿Quiero amanecer aquí con él?».

Capítulo 24

—Caleb—



Sonríe sin dejar de observarme. Estoy pegado a su bonito rostro, tanto, que cuando niega, nuestras narices chocan.

—No voy a irme a ningún lado, Caleb Walker.

Soy un cabrón con suerte.

Le bajo el tirante del sujetador, hundo la cara entre sus pechos y dejo que ella, tirando de mi pelo, me guie adonde me quiere.

Hoy se termina la espera. Acabamos de quitar el freno, para bien o para mal.

Acomodo una rodilla entre las suyas y rozo su sexo con ella.

—¿Ya estás mojada, Seattle?

Se retuerce contra mi muslo sin responder. Le atrapo un pecho con la boca, luego el otro. Suspira. Bajo por su cuello, por su vientre…

—Caleb…

Joder. Me encanta como suena mi nombre entre ruegos.

—Hazme espacio, Olivia —susurro, besándole el hueso de la cadera.

Me lamo los labios, bajo la vista y resoplo entre sus piernas.

—Mierda…

Se me escapa la palabra por puro placer al ver cómo reacciona. Y me pego a su piel, desesperado por saborearla. Su puño se cierra en mi pelo, levanta la cadera del colchón y tengo que colocar la mano en su vientre para que no se me escape.

—Despacio. Que dure —suplica, moviéndose contra mí.

Se me escapa una risa, porque no me conoce.

El «despacio » no va conmigo. «Varias veces», en cambio…

Juego con los dientes y le paso el pulgar por el clítoris. Gime delicioso, como todo lo que hace.

Hasta sabe pedir disculpas como una puta diosa, porque a eso ha venido, aunque casi me da algo cuando la vi llegar a la cabaña. Y no pienso perdonar el susto tan fácilmente.

La hago jadear, investigando cuáles son sus puntos débiles. Se retuerce, me busca, me aprieta contra ella, la acerco al límite… Y paro.

Castigo.

—¡No! Maldito, Walker —exclama y me golpea el hombro.

Vuelvo a empezar. Primero lento, provocando, con calma y un poco de malicia.

«Pensé que eras tú».

«Me cuidas».

«Y no sabía qué coño hacer contigo».

«Perdóname».

Acelero, succiono, aplano la lengua y la muevo con energía, hacia un lado y otro.

—Oh, sí… —murmura y se arquea contra mí.

Gruño contra su piel.

«Llévame a tu habitación, vaquero».

Resoplo mientras la devoro.

—No te detengas —me pide entre gemidos.

«Rómpela».

Le meto un dedo. Lo saco. Meto dos. Eleva la cadera buscando más, su cuerpo entero me pide más y hace que lo olvide todo. A la mierda el castigo.

Necesita esto, sus ojos me lo están suplicando.

—¿Lista? —pregunto, alzando la cabeza.

Asiente, con la mirada clavada en la mía y no la aparta cuando vuelvo a bajar, yo tampoco. Empuja contra mi boca mientras yo respiro fuerte. Se retuerce sobre mi lengua, alrededor de mis dedos y me tira del pelo.

Le brillan los ojos como dos putas estrellas. Me encantan así, joder.

Le tiemblan los muslos y el abdomen, estira la punta de los pies y…

—Sí. Sí, Caleb.

Se corre. Le alargo el placer tanto como puedo, hasta dejarla sin fuerzas.

Me incorporo y la cubro con mi cuerpo, porque ahora necesito tenerla cerca, olerla y sentirla.

—Debería castigarte más por la mala sangre que me has hecho pasar —murmuro contra sus labios.

—Deberías.

Sonríe con picardía cuando lo dice, aún agitada.

Le acaricio la cara con la palma entera, sin creer que este aquí, desnuda y mía.

Su mano baja hasta mi culo y sube por mi espalda.

—Parece que ya estás lista para más, Seattle.

Asiente y me mete mano a gusto. Termino jadeando en su boca cuando me envuelve la polla con los dedos y me masturba despacio.

Me dejo caer sobre la espalda para que haga lo que quiera conmigo.

Me besa el cuello, los hombros, el pecho… y sigue bajando. Mientras, yo abro el cajón de la mesilla y saco un preservativo. Me lo guardo en el puño y me cubro la cara con el antebrazo. Se me escapa un rugido ronco cuando hunde la lengua en mi ombligo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—En el cielo, Seattle.

Ríe contra mi piel y sigue bajando. La detengo al instante.

—No. Eso después. Ven aquí.

Vuelve a mi boca. Se sube sobre mí, le acaricio la espalda y lo que no es espalda. Empieza a moverse, se abre, se roza conmigo.

Me pongo el preservativo sin dejar de mirarla. Escupo en mi palma, humedezco la punta y empiezo a deslizarme en ella.

La guío, despacio, sin perderme ni una sola de sus reacciones. Y ella tampoco se pierde las mías, que son muchas, porque la jodida forma en que me aprieta me hace hasta rechinar los dientes.

—Tú mandas —digo ronco, cuando estoy dentro por completo.

Cierro los ojos, dejo las manos en sus piernas y disfruto de cómo se mueve. Esto es una puta pasada.

Me oprime tanto que me desespera y termino impulsando la cadera hacia arriba por puro instinto. Me vuelve loco.

Gime, me clava los dedos en el pecho, levanto los párpados y me paso la lengua por los labios.

—Madre mía… —murmura, siguiendo mi gesto con los ojos.

Maldita sea, me pone mucho que se excite así conmigo.

La agarro de las nalgas.

—Móntame, nena.

Me entierro en ella hasta el tronco, se mueve y me moja, y se refriega. Sube. Baja.

—Joder, Seattle, eres increíble.

Me chupo los pulgares y le acaricio los pezones, los pellizco y tiro para ver cómo se estremece. Eso va a pasar cada vez que los haga botar en mis narices y no me los ofrezca para metérmelos en la boca.

—Me estás matando con los ruidos que haces, Olivia.

Acelero más… Ya estoy a punto.

—Aún no —dice, provocándome.

Sonrío de lado, la sujeto más fuerte y marco el ritmo.

—Venga, nena.

Niega, porque quiere alargarlo y la entiendo, joder si lo hago. Pero no hoy.

Se la clavo hasta el fondo, la pego a mí y hago pequeños movimientos cortos y profundos.

—Córrete, Olivia —ordeno, entre jadeos agitados, al borde del maldito colapso.

Se deshace en gemidos y disfruto de verla rota de placer, con mi puto nombre en la boca. Y no paro. Sigo. La subo, la bajo, la llevo donde quiero y necesito.

Una gota de sudor le cae por el cuello, me incorporo y le paso la lengua.

—No puedo más, Caleb.

—Aguanta.

No lo hace, está rendida.

Suelto un gruñido, inspiro hondo por la nariz y suelto el aire despacio por la boca. Apoyo mi frente en la suya y la mira.

—Vale, descansa.

No salgo de su interior, pero me dejo caer hacia atrás y la arrastro conmigo, para que recueste sobre mi pecho.

No se queda quieta, se mueve de un lado y otro, me oprime desde el interior y suspira en mi cuello cuando jadeo.

Ni de coña esto es descansar.

Me incorporo, la beso, la giro y la tumbo.

—Ahora mando yo —le digo, y no voy a detenerme esta vez.

Con los talones clavados en mis glúteos, las uñas en mi espalda y sus gemidos en mi oído la embisto hasta perder la cabeza. Hasta que me corro con un gruñido que me arranca del pecho.

Ella me sigue, apretándome y exprimiendo todo lo que tengo.

Caemos los dos, respirando fuerte.

Hasta que la calma vuelve.

—¿Siempre pides perdón así? —murmuro junto a su boca.

—Solo a vaqueros gruñones —replica, siempre peleona.

Elevo la comisura de la boca y me la muerde.

—Dúchate conmigo. Ven.

Quiero verla de pie, desnuda, y memorizar sus formas mientras la acaricio.

Se le dibuja una sonrisa y acepta.

Me levanto, me deshago del preservativo y voy al baño.

—¿Te molesta que me quede a dormir? Puedo hacerlo en el sofá —dice ya bajo el agua.

—Claro. Tengo sábanas limpias —ironizo, dándole un golpecito en el culo.

Mientras le lavo el pelo, se relaja, aunque la noto pensativa.

—Habla, deja de dar vueltas —le pido, tirando suavemente de su melena, después de darle un beso.

Recorro su cuerpo con las manos mientras se decide, porque joder, cómo me gusta esta mujer.

—Lo que dijo Wyatt…

Me tenso por completo. No tengo ganas de hablar de esto ahora, estando en pelotas y con el placer todavía en el cuerpo, pero toca.

—Te dijo que está investigando. Si tuviera algo, me lo diría.

Le aclaro el pelo con toda la suavidad de la que soy capaz.

—¿Seguro?

—Si quiere seguir teniendo dientes, sí —respondo, y se ríe.

Aprovecho para girarla y la beso otra vez.

—No vuelvas a ocultarme cosas —me pide, apuntándome con el dedo.

La miro a los ojos antes de asentir.

—Y tú no vuelvas a señalarme así.

Sabe a la perfección por qué. Compartimos el recuerdo de lo que sucede si lo hace. Y mi polla opina lo mismo.

—No me des ideas, Walker —bromea al sentir mi erección en su vientre.

Pero ya hemos tenido suficiente. Necesitamos reponer energía antes de seguir y si se va a quedar toda la noche, no tengo prisa.

Salimos de la ducha, me pongo un bóxer y voy a la cocina mientras ella se seca. Lo hago sin pensar demasiado en lo que viene después de un polvo. Nunca lo hago de un tiempo a esta parte, porque, aunque hace años ya de mi última pareja, ha sido duro reponerme del golpe. Pero con ella…

Lo último que quería eran complicaciones con Olivia.

«Tarde, Walker».

—¿Y esa cara? —me pregunta, abrazándome por detrás.

Se me pasa todo.

La subo a la encimera para poder seguir cocinando.

—Háblame de ti —le pido, mientras la observo de reojo.

Es guapa de cojones, incluso con el pelo recogido y el maquillaje corrido.

Me roba una zanahoria y se la lleva a la boca.

—Extraño a mi abuelo —murmura. Yo asiento y le beso la mejilla para darle consuelo—. No sé si le gustarías para mí.

—No tienes idea de lo que hablas. El viejo me adoraba —le aseguro un poco en broma y otro poco no.

Enciendo el fuego bajo su atenta mirada.

—¿Y tu padre? —indago, queriendo saberlo todo.

—Sigue en Europa. La última vez que supe de él, estaba en Alemania, jugando a la familia perfecta con un hijo que no es propio y una mujer que lo tiene de chófer y asistente.

Pillo la indirecta, es por eso por lo que no insisto con el tema. Y tampoco nombro a su madre. Sé que falleció hace tres o cuatro años, tras una larga enfermedad.

—¿Por qué no venías al rancho?

Se encoge de hombros y se mira las manos.

—La vida… Después del divorcio, mi madre enfermó y pasaron los años. Mi abuelo aceptaba visitarme y yo no lo eché en falta.

—Entonces… te irás más pronto que tarde —tanteo, sin mirarla.

Se me acaba de borrar la sonrisa pero hago el esfuerzo de disimularlo.

—No lo creo. —Levanto la vista al escucharla—. Me estoy acostumbrando. Y ahora estás tú.

Apoya las manos en la encimera y mueve las piernas, como si fuese una niña contenta. Y no tiene ni puta idea de lo que me acaba de hacer con su comentario.

—Si no me soportas.

Hace una mueca tan bonita que me la comería.

—Tendrás que hacer algo si quieres que cambie de opinión —susurra coqueta.

Doy un paso hacia ella y le sujeto la cara con ambas manos.

—Joder… no quiero que te vayas —admito por primera vez—. Pero deberías hacerlo hasta que…

Me impide acabar la frase.

Me rodea con las piernas y me calla de un beso.

Capítulo 25

—Olivia—



Parpadeo, desorientada. No me doy cuenta de dónde estoy hasta que veo su cara en la almohada de al lado.

Caleb duerme boca abajo, con el brazo estirado hacia mí, como si me hubiese buscado en mitad de la noche. Tiene el ceño ligeramente fruncido, incluso dormido.

No parece tan duro así.

Lo observo un rato y suspiro. Trago saliva y aparto la mirada… y también los recuerdos de anoche, que vuelven sin pedir permiso.

Me incorporo despacio, evitando pensar en lo bien que encajo aquí.

Sería ir demasiado rápido.

Me levanto con cuidado para no despertarlo. Recojo mi ropa del suelo y me visto en silencio.

Necesito salir, tomar aire y pensar.

Cojo el bolso, busco las llaves y no están. Rebusco otra vez con el ceño fruncido.

—¿Dónde…?

Miro alrededor: encimera, mesa, sofá. Nada. Me acerco hasta el pequeño escritorio, abarrotado de papeles. No quiero, pero si no están aquí, tendré que despertarlo para preguntarle.

—No puede ser.

En un cajón entreabierto, veo un sobre arrugado con el nombre de Caleb en el frente. Noto como si se me vaciara el pecho y sonrío con melancolía.

Esa es la letra de mi abuelo. La reconocería en cualquier parte.

El pulso se me acelera y se me nubla la vista.

Lo cojo con manos torpes y lo giro. Lo huelo, buscando su perfume. Acaricio las palabras. Lo abro despacio y el papel cruje entre mis dedos.

El mundo se detiene. El corazón empieza a latirme en la garganta.

Sé que no debería leerlo. Lo sé. Aun así, parpadeo y sigo

Hijo, si algo me pasa, no será un accidente.
Cuida a Olivia.
Y no dejes que Jake Dalton se le acerque.

Bennett.

Me cubro la boca y se me cae la primera lágrima.

Vuelvo a leerlo y tengo que apoyarme en la pared, porque se me aflojan las piernas.

No. No puede ser cierto.

Niego con la cabeza, una y otra vez.

No.

La nota tiembla entre mis dedos.

Esto… esto es imposible.

¿Mi abuelo? Fue un accidente… Tiene que haber sido un accidente.

Cierro los ojos, inspiro hondo y suelto el aire despacio. Lo repito dos veces, para recobrar la calma.

Con razón Caleb actuaba así conmigo. Su insistencia, su miedo… esa maldita manía de vigilarlo todo. De vigilarme a mí, como si estuviese esperando que algo pasara.

Miro hacia la habitación. Sigue dormido, ajeno a todo, mientras mi estómago parece una centrifugadora.

Ya no sé qué pensar ni qué sentir. Lo que sí sé es que si hablo ahora con él, puedo decir cosas que no tengan vuelta atrás. Incluso antes siquiera de entender qué éramos, o fuimos.

Guardo el papel dentro del sobre y lo dejo exactamente donde estaba. Encuentro las llaves, las cojo y salgo.

No me detengo.



Vuelvo a mi casa, me pongo ropa cómoda y ensillo a Sombra.

Hablo con los peones y con algunos padres de las clases de ponis. Incluso con el veterinario que viene a revisar a una de las yeguas.

Sonrío si hace falta, asiento y respondo a cada rato. Estoy, pero solo físicamente. Trato de no pensar. Y, sobre todo, me escondo de Caleb. Cuando lo veo a lo lejos, giro en dirección contraria.

En resumen: el día pasa sin que lo viva de verdad.

Al anochecer, me ducho, me visto y salgo otra vez.

Me ruge el estómago de hambre, pero tengo la garganta cerrada. No me apetece comer nada. Por eso llego temprano al Rusty, aunque está más lleno de lo que esperaba.

Risas. Música. Gente.

Ruido.

Justo lo que necesito. Todo lo contrario a lo que tengo dentro.

Camino hasta la barra sin mirar a nadie.

—¿Qué te pongo? —me pregunta Daisy, acercándose.

No me da conversación y puede deberse a mi cara de no querer compañía.

—Algo fuerte.

Ella asiente sin preguntar. Creo que debería darle las gracias por eso.

El primer trago, de lo que sea que me ha puesto, quema. El segundo también. Joder, todos lo hacen. Esto es horrible, aunque

me da igual.

Apoyo los codos en la barra y cierro los ojos.

«No fue un accidente».

«No dejes que Jake Dalton se le acerque».

—Oli, ¿estás bien? —Afirmo con un movimiento seco. Ella sonríe de lado—. Pues comunícaselo a tu cara, bonita.

El reflejo en el espejo detrás de la barra me devuelve una imagen que no reconozco. Soy yo, pero no. Esa mirada no es mía.

—Otra —pido.

Daisy duda, aunque me sirve.

—Dos más y se acabó. No quiero borrachos.

Ya lo veremos.

Hoy necesito dejar la cabeza en blanco para no encajar piezas. Para no preguntarme por qué Caleb tenía esa nota y se calló o por qué decidió por mí.

Aprieto el vaso entre los dedos, doy otro trago largo. Y se me eriza la piel.

No hace falta girarme, sé que él está aquí.

Me quedo quieta y actúo con indiferencia. Ahora mismo, lo que menos necesito es su cercanía. Me interesa poco darle explicaciones, o pedírselas.

Daisy pasa por delante, contoneándose.

—¿Bailas o te vas a quedar aquí bebiendo como una viuda triste?

—Bailo —suelto, sin dudar.

Me levanto antes de arrepentirme y caminamos hacia la pista. La música *country* llena el local y las parejas marcan los pasos con precisión. No es mi caso, estoy bastante distraída.

Arranco tarde, piso a alguien. El tipo de adelante gira cuando no toca y casi me choca.

—Lo siento —digo entre risas.

—Ha sido culpa mía —reconoce, divertido.

Doy la vuelta mal otra vez y casi me caigo. Por suerte, el chico me sujeta por los codos para que no me estampe contra el suelo.

—Vale, oficialmente somos los peores de la pista —murmura, resignado.

—Habla por ti —respondo, riendo.

Levanto la vista y choca con la de Caleb. Tampoco es que haga falta que lo busque demasiado, está clavado en su rincón de siempre, mirándome como si estuviera a punto de romper algo.

Nada nuevo en él.

Mi sonrisa se apaga un poco, pero no me detengo. Solo lo hago cuando la canción termina. Entonces sí, salgo de la fila, ahora con el pulso acelerado y la cabeza un poco más ligera. Aunque, en cuanto doy dos pasos hacia la barra, el suelo se mueve más de la cuenta.

—Genial… —murmuro para nadie.

—Eh, cuidado.

Una mano se posa en mi espalda. Reconozco la voz y se me hiela la sangre. Debe ser el alcohol.

—Bonito baile —dice Jake a mi lado, bastante cerca para la poca confianza que tenemos—. No sabía que te defendías tan bien en la pista.

Me giro y sonríe, pero no es una sonrisa amable. Es… otra cosa. Ese tipo de «otra cosa» que produce inquietud, desconfianza. Ansiedad.

—Estoy aprendiendo —respondo, intentando sonar normal.

—Claro. Aquí hay que aprender o irse.

Lo miro con el ceño fruncido.

—No entiendo.

Se inclina un poco, mucho más de lo que me agrada que se acerque.

—Me refiero al baile, ya sabes —responde con sarcasmo.

El estómago se me contrae al escucharlo, porque no, no se refiere al baile.

Doy un paso atrás para tomar distancia y me frena un golpe seco. Jake levanta la vista por encima de mi hombro.

Es él.

El perfume de Caleb llega antes que su cuerpo y en lo que tardo en parpadear, está entre nosotros. Amenazante.

—Apártate —le dice, con los dientes apretados.

Jake sonríe.

—Claro.

Me mira una última vez, luego a Caleb y comienza a alejarse.

—Adiós, Olivia.

Nadie responde.

Entonces Caleb me agarra del brazo.

—Te llevo a casa.

—Caleb…

—Ahora —gruñe, y me guía hacia fuera.

No me deja opción y tampoco tengo fuerzas para discutir.

Salimos del bar en silencio. Momento que aprovecho para respirar el aire fresco de la noche y despejarme. No me sirve de mucho.

Su mano sigue en mi brazo. Su cuerpo, tenso. Y su silencio… es peor que un grito.

Mi piel traicionera quiere que me toque más, que su agarre se convierta en caricias y apretujones como los de anoche. En vez de eso, me apoya contra el Jeep y me enfrenta.

Mi mirada soñadora se clava en su boca.

¡Mierda!

Me ha pillado.

Resopla y se pasa la mano por el pelo.

—¿Qué cojones haces? —escupe al fin.

Me suelto de su agarre.

Me aprieto el nacimiento de la nariz, buscando las palabras adecuadas… Maldición, mis reacciones están en modo cámara lenta.

—¿Perdona?

—Estabas sola, Olivia. Bebiendo. Bailando con desconocidos. —Da un paso más—. Y Dalton casi pegado a ti, otra vez. ¿En qué estabas pensando?

—En no hablar contigo —disparo sin medir las consecuencias.

El maldito silencio que nos invita a… Todo se hace presente. Peligroso, incómodo y caliente.

—Sube al coche —dice, más bajo.

Y como no suena a que tenga más alternativas, subo.

Capítulo 26

—Caleb—



No tengo ni puta idea de qué pasó, qué hice o qué dije.

Vuelvo la mirada hacia Olivia y suelto un resoplido.

Se ha quedado dormida en el coche.

Aprieto el volante al verle las piernas desnudas. Jodida falda que apenas le cubre el culo.

Desde que me desperté y no estaba en mi cama, no he parado de reprocharme haberla metido allí. Y, sin embargo, sigo sin arrepentirme, repetiría cada segundo.

Por eso no entiendo qué cojones ha pasado.

«No voy a irme a ningún lado, vaquero».

¡Y una mierda!

No encajo bien su indiferencia y, mucho menos, despertarme con su puñetero olor en la almohada.

Me empeñé en no buscarla. Trabajé hasta que los músculos me dejaron de responder y el mal humor me lo permitió. Si casi me lío a

trompadas con un peón.

Y cuando quise poner kilómetros entre ella y yo… hice justo lo contrario.

Jodido baile. No se le da bien, pero lo hace de puta madre. Y los asquerosos aprovechados que tocan lo que no es suyo.

Golpeo el volante, me muerdo el labio para no gritar, Olivia se acomoda en el asiento y entreabre los ojos.

—Falta poco —le digo.

Se endereza de golpe, como si recordara que está en peligro conmigo.

Anoche no parecía pensar así Y, joder, vino a buscar lo que obtuvo.

¿Quería descubrir cómo *cabalga* un vaquero? ¿Tener una aventura con uno y ya está?

Lo hizo jodidamente genial. Me lo creí.

—Mi coche —susurra, casi balbuceante.

—Lo recojo mañana.

Gira la cabeza hacia la ventana en silencio.

La carretera está oscura y silenciosa, al igual que las ganas que tengo de partirle la cara a Dalton.



¿Qué busca? Ya le dijo que no.

¿Tengo que protegerla solo de eso… o hay algo más?

No puedo dejar de pensar que todo está conectado y ese idiota tuvo que ver con el «accidente». Lo seguiré pensando, aunque Wyatt y Harrison opinen lo contrario.

—Si quieres vomitar, avísame —digo, por decir algo.

Tengo mil preguntas en la punta de la lengua, pero a esas me las trago.

—No estoy borracha.

Llegamos a la casa, aparco, aunque no me bajo. Ella abre la puerta y, antes de cerrarla, me mira.

—Con un «gracias» me conformo —suelto, enfadado con el puto mundo.

Me muerdo las ganas de decirle que no puedo estar en todos lados cuidando su bonito trasero. Que debería ayudarme un poco.

—Eres increíble —dice al fin.

Ahora sí salgo del coche y me acerco en tres zancadas.

—¿Yo? —le pregunto, señalándome con el pulgar.

No me lo puedo creer, ¡¿es ella la que me recrimina a mí?!

¡Hay que joderse!

—Vete, Walker, no estoy de ánimo para discutir.

Camina hacia la casa y la sigo, ahora se aguanta.

— Si no te explicas, no voy a entenderte, Olivia. Y no, no me voy a ir.

Se quita las botas. Hago lo mismo. Entra, dejando la puerta abierta, Bandido se interpone en mi camino para ir tras ella y en lo que lo esquivo, la veo dejarse caer en el sofá. Se inclina hacia delante y se sujeta la cabeza.

En esa posición, suspira, y luego, levanta la mirada hacia mí, como si estuviese agotada.

—Te pedí que no me ocultases nada, Caleb.

Voy a la cocina, cojo aspirinas, un vaso de agua, y se los dejo delante.

—Tómalas, te harán bien.

Se le llenan los ojos de lágrimas mientras bebe.

¡Joder!

No lo pienso, me siento a su lado y la rodeo con los brazos.

—Ven aquí.

La atraigo contra mi pecho y me rechaza.

Me rechaza.

—No.

Tuerzo el gesto, frustrado y necesitando explicaciones.

—¿Por qué? —pregunto, más brusco de lo que debería.

Se seca las lágrimas con rabia, negando con la cabeza, pero sin amilanarse.

—Porque no quiero que me toques.

—Dime qué ha pasado. ¡Maldición, Olivia! —suelto, harto de su actitud—. Estás actuando…

—Encontré el sobre —me corta, con la barbilla en alto.

La frase me paraliza.

Vale. Esto me pone entre la espada y la pared.

—No me mientas —añade, clavándome la mirada—. Leí la nota.

Me paso la mano por la cara, sin saber qué decir.

—No tenías que…

—¿No tenía qué? —me vuelve a interrumpir—. ¿Enterarme? ¿Saber que mi abuelo pensaba que lo iban a matar?

Aprieto los dientes y me trago el contundente «sí» que tengo en la punta lengua.

Ella sigue lanzándome dardos con la mirada, mientras yo permanezco en silencio.

Sin excusas ni palabras que me salven.

—Decidiste callártelo, Caleb —murmura, rendida a sus emociones.

Tiene razón.

Bajo la vista, porque soy incapaz de sostenérsela.

—Te pedí que no me ocultases nada —argumenta, con la voz rota—. Y lo hiciste igual.

Me giro hacia ella para que me vea bien, porque necesito que me crea.

—Solo quería protegerte, Olivia. Nada más.

—¿De qué? ¿De la verdad? ¿O de ti?

No respondo al golpe. Está enfadada, la entiendo. Tiene motivos.

—De todo —confieso al fin, sin mentir.

Sus ojos se inundan y se desbordan enseguida. No me aguanto, le seco una lágrima y termino cubriéndole la cara con ambas manos.

—Si te lo decía, no te ibas a ir, Olivia.

Asiente, hipando, y me agarra las muñecas. Sus pupilas alternan entre mis ojos.

—No sé si odiarte o esconderme contigo, Walker.

Sonrío de lado y le acaricio las mejillas. Si quiere que la esconda, solo tiene que pedirlo.

Traga saliva, aprieta el agarre en mis muñecas y otra vez se le llenan los ojos.

—Dime que fue un accidente —susurra—. Dímelo… y lo dejo aquí.

Se me tensa el cuerpo entero, porque no puedo ni quiero mentirle.

—No lo sé, Olivia.

Apoyo la frente en la suya y se derrumba contra mí. Entonces sí, la abrazo fuerte, tanto como puedo.

—Lo siento. Joder… lo siento —murmuro contra su pelo.

Quien haya sido, va a pagar.

Por el viejo.

Y por ella.

Me levanto, la cargo en brazos y subo la escalera.

—No… tenemos hablar.

—No voy a irme a ningún lado, Seattle. Me quedo contigo.

La apoyo sobre el colchón, la cubro con una manta y me tumbo a su lado. Le rodeo la cintura y la pego a mí de nuevo.

—Cuéntamelo todo, Caleb —pide con más calma, aunque suena angustiada.

—No hay mucho más. Wyatt está investigando. Me fío solo de él… y de Harrison, porque también es mi amigo.

Asiente, apoyando la mejilla en mi pecho.

—Mañana revisaré el estudio de mi abuelo. Tiene que haber algo. Y si encontramos el motivo, tendremos al culpable, ¿verdad?

Digo que sí, porque parece que eso la reconforta, aunque se me viene a la mente…

—Olivia, hoy escuché algo en el Rusty.

Levanta la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

Si quiere que no me guarde nada, lo haré. Otro día como el de hoy me va a llevar al cardiólogo.

—El viejo Walt dijo que aparecieron unos tipos hablando de Silver Pine, decían que el rancho está lleno de deudas y que tu llegada lo ha empeorado todo. Que podrías perder las tierras.

Se incorpora como si le hubieran dado un chute de energía.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, pero el pueblo es pequeño y el rumor ya está corriendo.

Se vuelve a tumbar.

—No me importa.

Sonrío al escucharla y la dejo acomodarse otra vez sobre mi pecho.

¡Qué bien se siente!

—No vuelvas a dejarme solo en la cama, Seattle —mascullo en voz calma pero firme.

Me besa el cuello y se pega más.

Para mí es respuesta suficiente, aun así, no está de más poner los puntos sobre las íes.

—No puedo hacer esto contigo si vas a salir corriendo cada vez que algo se complica— añado, tirando con suavidad de su pelo para que me mire.

—Puedo compensarlo —ronronea; después sonríe y me besa.

Todo se calma en mi cabeza y cada músculo de mi cuerpo se relaja.

—Vamos a arreglarlo juntos —murmuro contra sus labios.

Asiente, se acurruca y así nos quedamos dormidos.



Nos despierta Bandido rascando la puerta.

—Nos hemos olvidado de sacarlo —murmura Olivia con la voz ronca.

La observo, despeinada y con cara de dormida parece un puto ángel.

Puñetero perro. Y maldita mujer. Ambos hacen lo quieren conmigo.

Nos damos el beso de buenos días, lo alargo hasta que el chucho se impacienta y nos levantamos a la vez. Yo voy directo a la cocina. Ella abre la puerta.

—¡Caleb! —grita y enseguida me pongo alerta.

Se me cae la taza al suelo y esquivando los trozos, llego hasta ella. Sigue paralizada, con la mano en la boca y los ojos llenos de lágrimas.

En la alfombra de la entrada hay una nota y una bala de escopeta. La recojo y leo en voz alta:

— « Tu abuelo tampoco escuchó. Vete. No eres bienvenida».

Capítulo 27

—Olivia—



Aprieto los brazos alrededor de mi cuerpo mientras observo a Caleb y a Wyatt recoger la nota y la bala como prueba.

Un ayudante se lo lleva todo en una bolsa y el *sheriff* se queda.

Caleb vuelve a ponerse a mi lado, muy cerca, con una mano firme en mi cintura.

—Tranquila. No permitiré que te pase nada. ¿Lo entiendes?

Afirmo con un gesto, bajo el escrutinio silencioso de Wyatt. Quien, después de oír a Caleb, sonríe de lado y niega con la cabeza.

—¿A qué hora has llegado, Cal? —le pregunta.

Se le tensan los músculos a mi costado. No sabe qué responder, es tan evidente que casi me causa gracia. Por fuera, ni se inmuta.

Me lo como.

—Céntrate, Kane —gruñe.

—Estoy centrado —responde este, tranquilo—. Solo observo.

—No creo que sea relevante —añado en defensa de mi capataz.

Wyatt suelta una risa disimulada y me mira de nuevo, más serio.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

Miento, pero no pienso venirme abajo ahora.

—Mejor así. Tu rueda está pinchada, Cal, por eso es relevante. Nos podría indicar la hora en la que…

—El Jeep ha estacionado ahí toda la noche —lo corta Caleb.

Se me dibuja una sonrisa y aprieto los labios para esconderla. Wyatt me guiña el ojo y, detrás de mí, Caleb resopla.

—Mantente cerca de la casa, Olivia. Y de él —añade el *sheriff*—. Hoy más que nunca.

—No se va a quedar sola —dice, seco, pegándose más a mi espalda.

Wyatt hace un gesto de aprobación.

—Perfecto, entonces estamos todos de acuerdo.

Un coche se detiene detrás del todoterreno del policía y reconozco enseguida el logotipo pintado en la puerta.

Jake Dalton baja como si nada.

—Vaya… —dice al acercarse, mirando alrededor—. ¿Me he perdido algo?

Su tono educado me da aún peor espina.

—Solo un pequeño susto —respondo antes de que Caleb diga nada.

Lo siento moverse a mi lado, sube la mano por mi espalda, la coloca en mi hombro y ya no la aparta.

Dalton lo ve. Claro que lo ve.

Su sonrisa no cambia, pero sus ojos sí, se entrecierran.

—¿Necesitas algo, Jake? —pregunto.

—Saber cómo habías llegado anoche, pero parece que el problema lo has tenido por la mañana —responde—. *Sheriff*.

Se toca el sombrero para saludarlo y este hace lo mismo antes de acercársele.

—¿Has visto algo raro? Coches, gente, caballos…

—Patrullas —contesta—. Y me preocupa verlas por aquí. Este lugar siempre ha sido… tranquilo.

No suena preocupado, suena sarcástico.

—Vete a buscar chismes a otro lado. La chica está bien. Si recuerdas algo inusual, ya sabes dónde encontrarme.

Jake asiente y luego mira a Caleb, que no se mueve, pero su mano en mi hombro se aprieta.

—Menos mal que tienes a Walker cerca —añade el recién llegado —. Conoce estas tierras mejor que nadie. Cada ruido y movimientos del rancho, ¿verdad, *Caleb*?

La pulla es evidente hasta en cómo lo nombra. Caleb reacciona dando medio paso adelante.

Su aspecto ahora es intimidante.

—¿Necesitas algo más, Dalton?

Jake niega, despacio, con burla.

—Solo me preocupo por mis vecinos.

—Estoy bien —digo, para que se vaya de una vez.

—Lo sé —contesta él, clavando la mirada en la mía—. Mira qué casualidad, puedes aprovechar mi oferta para ponerte a salvo —dice, se gira y se aleja.

Antes de subir al coche, vuelve a mirarme, también fija la vista en los dos hombres que me rodean y vuelve a mí, dibujando una sonrisa que me pone los vellos de punta.

—Piénsalo otra vez, Olivia. Me lo agradecerás.

Caleb da otro paso y yo me interpongo en su camino.

—Déjalo. Son manotazos de ahogado —murmuro, pero no se afloja hasta que el vehículo comienza a alejarse.

—¡Ese hijo de puta…! —brama—. Es mucha casualidad. ¿Y qué ha sido eso de «ponerte a salvo»? Ese tío no me gusta un pelo.

—Cálmate. Sabes que es un arrogante —señala Wyatt.

Me giro hacia él para preguntarle:

—¿Crees que es capaz de algo así?

No responde enseguida, mira a Caleb y eleva los hombros.

Me tomo sus gestos como una respuesta.

—Yo sí creo que es capaz de lo que sea para conseguir lo que quiere —argumenta Caleb, sin cuidar sus palabras.

El corazón me da un vuelco, porque no me gusta hacia dónde va mi imaginación.

—¿Incluso…?

No termino la frase, me da miedo pronunciar las palabras.

Caleb lo nota, me rodea con los brazos y apoya su boca en mi sien. Parece que ya poco le importa si nos ven.

—No lo sé. Pero no voy a esperar a averiguarlo cuando ya sea tarde.

Puede sonar raro, pero me observa de otra manera, con más seguridad y… no sé cómo explicarlo. Me agrada.

—Tengo que irme, ya sabes que puedes llamarme para lo que sea —señala Wyatt—. Vamos a descubrir que hay detrás de todo esto, Olivia. Te lo prometo —asegura antes de marcharse.

Cuando Caleb y yo nos quedamos solos, me refugio en su enorme pecho.

—Me das mucha tranquilidad, Walker, y te odio por eso —bromeo.

—Me lo merezco, sí —responde, besándome la cabeza—. Vamos. Tengo que ir a ver un *box* que ha quedado libre antes de volver a alquilarlo.

Señalo mi ropa —la falda con la que me quedé dormida—, me ignora y tira de mi mano.

Después de cambiar la rueda, salimos. El aire entra por las ventanas abiertas y huele a tierra. Me obliga a respirar hondo. A seguir.

Caleb gira la cabeza, me sonríe y pone una mano sobre mi pierna, mucho más arriba de mi rodilla.

El silencio habla por mí.

Su tacto me trae recuerdos y despierta un deseo irracional, como siempre que clava sus ojazos en los míos.

—No me mires así —digo.

—¿Así cómo?

Me paso la lengua por los labios. Él entrecierra los ojos.

—Como lo haces —contesto y cojo su mano para subirla un poco más.

Necesito esto. Necesito sentir.

—Joder, Seattle —suelta, apretando el volante.

Frena frente al establo y aprieta los párpados. Unos segundos después, se vuelve hacia mí y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—No bajes —me pide.

Rodea el coche, abre mi puerta de mi lado y su mano vuelve a mi pierna. Más arriba. Más firme.

Ahogo un gemido de sorpresa.

El celeste de sus ojos está clavado en mis labios. Lo tengo tan cerca, que puedo sentir su aliento.

No debería estar haciendo esto. No es el momento ni el lugar. Pero es lo único que consigue apagar mi miedo.

—Si estuvieses sola en tu casa… así de cachonda, ¿te tocarías, Olivia?

Muevo la cabeza hacia abajo, porque las palabras no me salen.

—Hazlo.

Dudo, miro para todos lados y suspiro.

—No hay nadie—añade. Me pasa la lengua por los labios—. Quítate las bragas.

Abre más la mano, la mueve un poco hacia arriba y aprieta. El índice se cuela bajo el elástico y tuerce la cabeza, alzando una ceja.

Obedezco con la piel erizada por el desafío que leo en sus ojos.

Dejo caer mi ropa interior al suelo del Jeep y deslizo los dedos entre mis muslos. Los suyos siguen ahí, cerca de donde los quiero. Y tan lejos que me da rabia.

Abro las piernas y suelto un leve gemido cuando arrima más su cara a la mía.

¡Es tan erótico ver sus ojos clavados en el movimiento de mis dedos!

—Madre mía —susurro, soltando un resoplido.

—Eso digo yo.

Me olvido de donde estoy, disfruto de tocarme, de dejarme ver mientras lo hago y de los sonidos que hace Caleb a mi lado.

Pego la cabeza al asiento, porque estoy a punto. Los músculos me tiemblan, los gemidos se vuelven más sonoros, se me cierran los ojos y…

—¡No! —exclamo cuando me agarra la muñeca y me saca la mano.

Se lleva mis dedos a la boca y entra en mí con los suyos.

Jadeo, apretándome al asiento. Todo se vuelve borroso a mi alrededor. Su lengua chupa, con los dedos exige más de mí y con la mirada me adora.

Meto más atrás los dedos, acariciando su lengua. Él lo hace en mi sexo. Los saco, me copia. Acelero y lo hace.

Gruñe cuando elevo la barbilla y me muerdo el labio, entrando y saliendo entre sus labios, rápido. Abro más las piernas para darle comodidad.

—Fuerte. Caleb, no te detengas.

Se echa hacia atrás, lamiéndose los labios.

—Nunca voy a detenerme contigo, Olivia.

Apoya la palma en mi clítoris, la desliza hacia un lado y otro y lo presiona cada vez que entra y sale.

—Venga… dámelo —susurra, con la respiración acelerada.

Me corro temblando.

Delante de él.

Para él.

Y entonces, sonríe con toda la cara.

—Gracias. Ahora es mío.

Le agarro la mano y cuando va a llevársela a la boca, la guio a la mía.

—También es mío —susurro y lamo sus dedos.

Gruñe antes de bajarme a trompicones. Me mira, suelta un insulto, niega con la cabeza y tira de mí.

Capítulo 28

—Caleb—



Solo quería distraerla, joder. Eso era todo. Pero con Olivia nada se queda a medias.

Cierro la puerta del último *box*, el vacío. A decir verdad, todos lo están, porque los caballos están pastando, vigilados por los peones. Por eso, voy a permitirnos esta locura.

La abrazo por detrás y me pego a su espalda.

—Frénname cuando quieras —le digo en voz baja.

Pongo las manos en sus pechos y los masajeo. Su cabeza cae hacia atrás, apoyándose en mi hombro. Demasiado relajada para todo lo que está pasando ahí fuera.

Debería parar, y, ¡joder!, no puedo.

Desafiándome a mí mismo, sigo. Rodeo sus pezones con los dedos y aprieto, a lo que ella responde con un gemido suave.

Se gira con los ojos brillantes, cargados de intenciones, y me abre la camisa de un tirón. Mierda, que lo convierta en costumbre si

quiere. No me negaré nunca.

—Te ves demasiado bien así —murmura antes de besarme cerca de las costillas.

—Tú más.

—Pero no me vas a desnudar aquí —replica, y me desabrocha el pantalón—. Y tampoco deberíamos seguir.

—No, no deberíamos.

Ninguno de los dos se detiene.

La empujo contra la pared del fondo, detrás del bebedero.

—Mira cómo me pones —confieso, y agarro su mano para meterla dentro de mi ropa interior—. Detenme, Olivia —ruego entre dientes.

—Me encanta saber cómo te pongo —susurra, ignorándome.

No sé si ella necesita esto tanto como yo. Sí, lo necesito, porque esto ya no es solo deseo, es hambre. Es urgencia de tenerla cerca, de saber que está bien y que sigue aquí.

Apoyo las manos en la pared mientras me acaricia. Me besa el cuello y me da pequeños mordiscos, bajando.

La miro desde arriba.

Su boca me va a romper la cabeza. No besa… succiona, aprieta, reclama.

—Mírame, Seattle.

Obedece, sin despegar los labios de mi piel. Y me la imagino de rodillas, así, con mi polla entre los labios.

Se acabó.

La subo a mi cintura y ella se aferra a mí sin dudar. Le levanto la blusa de un manotazo y me llevo uno de sus pechos a la boca.

Esta mujer ha despertado cosas que prometí no volver a sentir. Y, mucho menos, por alguien como ella.

—Agárrate bien —digo.

Me separo un poco, se engancha a mí mientras saco el preservativo que rescaté de la cartera y me lo coloco.

—No te sueltes.

Inhalo por la nariz, la agarro por la cintura con una mano, me escupo la otra, buscando lubricación, y me rodeo el pene. La rozo mientras subo y bajo el puño.

Frunce el ceño sin dejar de mirarme a los ojos. Jadeando.
—Relájate.
Asiente con ansias.
—Caleb…
—¿Estás bien? —le pregunto, conteniendo el aire, aguantando.



Observa mis ojos, mi cara, mira el punto donde vamos a unirnos y suspira.

—En el cielo —masculla, imitándome.

Sonrío y, sin aviso, la penetro en un solo movimiento.

—Dime que quieres esto, Olivia —le pido, llenándola por completo.

—Lo quiero. No pares.

Me acerco más a ella, tocando nuestras bocas entreabiertas, sin besarla. No nos soltamos la mirada. Se me retuerce el estómago al darme cuenta de que esto va más allá del sexo.

Alterno las embestidas entre lentas y largas con otras cortas y rápidas. Siento cómo se adapta a mí y busco más.

—Joder…

Asiente con la cabeza, cruzando sus dedos en mi nuca. Se le eriza la piel y exhala cada vez más alto. Yo parezco un toro bufando descontrolado mientras observo el movimiento de mi cuerpo entrando y saliendo del suyo.

—Me encanta cómo me aprietas, Seattle.

Resopla, ahogando los gemidos y se le cierran los ojos.

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, no me voy a cansar de pensarlo.

—Ya casi, nena.

Empujo hasta el fondo y la ayudo a moverse conmigo. Se me entrecorta la respiración, pero me importa una mierda. Gime tan alto que tengo que cubrirle la boca con una mano.

—Tus ruidos… solo para mí. —Sonríe contra mi mano.

Seguimos frente con frente, observándonos. Compartiendo el calor de nuestro aliento, temblando y así, con apenas un poco de oxígeno, nos corremos juntos.

Suelto un par de rugidos para descargar la tensión, ella baja los párpados y se derrumba contra la pared. La abrazo fuerte y escondo la cara en el hueco de su cuello.

Necesito calma y ella me la da.

También me la quita.

—Yo también estoy en el cielo —susurro, con la voz ronca.

Tira de mi pelo buscando mis labios y me besa. Lento, suave, dulce y entonces… el móvil vibra.

Son mensajes de los peones y sé lo que necesitan.

—Jodida realidad —digo, dejándola en el suelo.

Me quito el preservativo y me arreglo la ropa. Sé que estoy sonriendo como un idiota.

—Mira lo que me haces hacer, Seattle.

—Caradura —replica, entre risas, acomodándose también.

Tiro de ella otra vez y la pego a la pared. Levanto sus manos y las dejo sobre su cabeza.

—Me vuelves loco.

Me hace un repaso en silencio y acaba guiñándome un ojo.

—Lo sé —asegura después, con arrogancia.

¡Atrevida!

Busca mi boca y me alejo. Ella me atrapa con una pierna para lograr lo que quiere.

Siempre va a lograr lo que quiera de mí. Ya no me importa reconocerlo.

—Tenemos que volver. ¿Estás bien? —le pregunto, ahora con su cara entre las manos.

—Mejor que bien —contesta.

Sus respuestas me ponen cara de gilipollas, voy a tener que trabajar en ello.

Terminamos con la tarea de los *boxes*, le guiño el ojo y extiendo la mano. Ella la acepta y entrelaza los dedos con los míos.

Y así, cogidos de la mano, caminamos hacia el coche.

—¿Puedo dormir en la cabaña esta noche? —pregunta.

Solo un tonto diría que no.

—Atada a la cama, sí. Soy de los que aprende de la experiencia —señalo y le aprieto la rodilla.

Ella suelta una carcajada que me hace mirarla más tiempo del que debería mientras conduzco.

—Acepto. Y llevo las bridas —dice, mordiéndome la oreja.

Niego con la cabeza, riendo. No tenía idea de que Olivia Bennett fuera así, ni de que me iba a gustar tanto.

Sigo pensando que soy un cabrón con suerte y me felicito por haberme dejado llevar aquella noche.

Al final sí soy del tipo de hombres que tropiezan dos veces con la misma piedra.

He incumplido mi promesa.

Espero no equivocarme esta vez.



Al final del día y ya duchados, me dice que no quiere quedarse en casa.

—Necesito hacer vida normal, Caleb —me plantea, con los dedos enredados en mi pelo húmedo.

—Sabes que daremos de qué hablar, ¿verdad?

—Si a ti no te importa… Yo no tengo nada que esconder. Y mucho menos si ese «nada» es alguien tan guapo como tú, Walker.

A mí sí me importa. Es más, no me gusta una mierda la idea, pero no puedo encerrarla.

Y está preciosa.



En el Rusty ya están Wyatt y Harrison. Nos ven llegar y sonríen.

—Mira quién ha decidido salir de la cueva —dice Wyatt.

Sus ojos bajan a nuestras manos, suben a los míos y ensancha la sonrisa.

—Cierra la boca —le suelto de malos modos.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando.

—Y con razón —sentencia al final.

Harrison levanta el botellín y brinda en el aire.

—También lo estoy pensando —añade, y no hace falta que se explique.

Olivia se ríe sin entender de qué se trata semejante ping pong de frases cortas.

Mejor.

La soltería se había convertido en mi compañera más fiel y así quería seguir. Todos los sabían y ellos, además, conocían los motivos.

Daisy aparece y se lleva a mi chica. Sigo sin quitarle el ojo. Está relajada y feliz, y debería tranquilizarme verla así, aunque no sucede. Porque cuando se baja la guardia… es cuando alguien puede aprovecharse.

Mis ojos recorren el local como un puto radar. Mi mente selecciona y analiza posibles peligros. Sé que me los invento, pero, joder…. no puedo apagar el miedo como ella.

Y, para colmo, veo Jake Dalton.

Está apoyado en una esquina, como si no estuviera haciendo nada. Aunque lo está. Observa. Calcula.

Sus ojos están clavados en mi chica.

Aprieto el botellín hasta que cruje.

Hijo de puta.

La música sube, la gente se vuelca a la pista y Wyatt me mira, pícaro, antes de dirigirse a ella:

—Baila conmigo, Olivia.

Ya la está agarrando de la mano antes de que responda, porque duda.

—¿Me detendrás si te piso, *sheriff*? Voy para el lado contrario la mayoría de las veces —le aclara con una sonrisa que hace que sea imposible negarle nada.

—Nadie equivoca un paso conmigo, bonita.

—Lo que hay que oír —despotrica Harrison.

—Serás arrogante —lo pincha Daisy del otro lado de la barra.

Se acomodan en la línea y empiezan los pasos. Ella, cabezota como es, cada vez lo hace mejor.

—Joder tienes cara de enamorado —comenta Harrison a mi lado.

—No me toques los cojones —digo, aceptando su pulla y brindando con él.

—¿Está asustada por lo de la nota? —me pregunta, ya más serio.

Doy por sentado que está enterado de todo por Wyatt, como siempre.

—Sí, pero lo disimula.

—Y tú la distraes.

—Todo lo que pueda —le aseguro, sin perderla de vista.

—Me gusta para ti.

—A mí también me gusta para mí.

Cuando me giro para volver a chocar el botellín con Harrison, siento sus ojos clavados en la nuca.

Dalton.

Sigue ahí, ahora con cara de haber olido algo podrido.

Observa a Wyatt, luego a mí y a Harrison. Me llama la atención que no haya bebido. Su vaso sigue lleno. Lo levanta y me sonríe sin mostrar los dientes.

Gilipollas.

—No me gusta —susurro, bebiendo lo que me queda de la cerveza.

—A mí tampoco —añade mi amigo—. Pero no creo que esté detrás de todo, Cal.

Puede que tenga razón. O puede que yo sea el único que lo ve venir.

Prefiero pecar de previsor.

La canción termina y Olivia vuelve a mí. La agarro por la cintura sin pensar y ella se apoya en mi hombro.

—Se te da mejor —murmuro en su oído.

—Ha sido mi compañero —responde, con la respiración algo agitada.

Su cuerpo está caliente y su piel brilla, igual que sus ojos.

Por un momento me dejo llevar, me olvido de todo y río con ella, hasta que levanta la mirada por encima de mí, directo hacia donde está el idiota.

Observo de reojo. Él sigue en las mismas.

—Volvemos a casa —murmuro, dejando un beso en su mejilla.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —quiere saber, confundida.

—No pasa nada. Tengo ganas de acurrucarme contigo —le digo en secreto.

—No me mientas, Walker.

Si es lo que quiere…

—Joder, Seattle, Dalton está mirándote y no me gusta, ¿vale?

El cuerpo se le tensa por completo y murmura un «vámonos».



En el coche, casi no hablamos. Escuchamos música, le acaricio la pierna y enredamos los dedos. No nos molesta el silencio.

—Ya estamos aquí —digo al estacionar.

Entro primero para echar un vistazo disimulado. Ella me sigue.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Me acerco, le abrazo la cintura y pongo la otra mano en su cuello.

—Ahora sí.

Apoya la cabeza en mi pecho, suspira y me aprieta fuerte.

Y… acaba de joderme.

—Vamos a dormir —murmuro, reprimiendo un suspiro ñoño.

Le dejo una camiseta y nos tumbamos, muertos de sueño. Ella se acurruca contra mí, pone una pierna sobre la mía y una mano en mi pecho. Respira lento. Y, poco a poco, se duerme.

Yo no consigo pegar ojo.

Miro al techo y escucho cada crujido, cada golpe de viento o ruido fuera de lugar. Bajo la mirada hacia ella, que ahora descansa, en mi cama, envuelta en mis sábanas.

Es una puta pasada.

Sonrío y le beso la cabeza.

No quiero perderla.

Capítulo 29

—Olivia—



Cinco días después.

Despierto antes que él, algo poco habitual.

Estamos enredados.

Su brazo rodea mi cintura y tengo una pierna encima de la suya. Y compartimos almohada, porque en algún momento invadió mi mitad de la cama. Respira lento y profundo contra mi cuello.

Sonrío mientras lo acaricio.

No debería confiarme o dejarme llevar tan pronto, pero me gusta mucho, y mi tontito corazón se entusiasma demasiado.

Le paso el pulgar por el ceño, porque ni en sueños baja la guardia del todo. Me duele un poco que eso suceda ya que conozco el motivo: yo… y todo lo que sucede a mi alrededor.

Apoyo la mano en su pecho y siento el latido bajo mis dedos. Constante y fuerte. Dejo un beso en ese lugar y me incorporo con cuidado para no despertarlo.

Me pongo una de sus camisas y bajo a la cocina.

El olor a café no tarda en llenar el ambiente.

—Huele bien —dice a mi espalda y doy un pequeño respingo.

Caleb está apoyado contra la pared, en bóxer, descalzo, con el pelo revuelto y una mirada que… ¡Dios mío!

Mi hombre perfecto. Perfectamente gruñón y mandón también.

—Es el café de siempre —respondo, girándome hacia él.

—No hablaba del café.

Se acerca, me rodea la cintura y me pega a su pecho. Y me acoplo. Encajo tan bien…

—Buenos días —murmura contra mi boca.

—Buenos días.

Me da un beso lento y cálido, de esos a los que me estoy volviendo adicta. Y empieza a darme miedo, porque reconocer que me estoy enamorando ya son palabras mayores.

—Tengo algo que enseñarte —le digo cuando me separo.

—Espero que sea mejor que besarte —se queja.

Le doy un golpecito en el hombro y me derrito un poquito más.

—Ven.

Lo guío hasta el despacho de mi abuelo. Ahora es mío. Y al entrar, se nota.

He quitado papeles, cajas, polvo y adornos que he preferido guardar. He movido muebles, abierto cortinas, dejado entrar la luz. ¡Hasta puse una alfombra en un rincón para Bandido!

Necesitaba hacerlo.

Necesitaba reencontrarme con este lugar y con los recuerdos.

—Vaya… —dice Caleb—. Sí que has trabajado.

Se apoya en el marco y yo en él. Me rodea con un brazo y besa mi cabeza.

—Y no he encontrado nada. —Me adelanto a su pregunta—. Ni documentos raros, ni pistas que puedan servirme para adivinar quién es el remitente desaparecido de la bendita oferta, ni nada que apunte a… ya sabes.

Hago un gesto vago. Uno que abarca todo sin tener que mencionarlo.

Recorro la mesa con los dedos, volviendo a ser por un instante la niña que se colaba aquí para convencer a mi abuelo de ir al

estanque.

—No escondía nada, Caleb.

No responde enseguida, pero me mira, serio. Desconfiado.

—O lo hacía muy bien —añade al final.

—Ni tú te crees eso.

Eleva los hombros, sonríe, y tira de mí hacia la cocina otra vez. Lo entiendo, tampoco tiene respuestas a las preguntas que se acumulan.

Desayunamos juntos, como cada mañana. Hoy hemos vuelto a dormir en la casa grande. Desde lo de la nota… todo ha estado en calma y cruzo los dedos para que así se mantenga. Aunque es llamativo. Y preocupante.

¿Se habrán dado por vencidos?

Me dejo ver en el pueblo, paso por el Rusty, discuto con Walt y hablo con Daisy durante horas. Wyatt sigue investigando, sin hacer avances y Jake se ha ido de viaje, o eso dicen. Aun así, no logro relajarme y, mucho menos, lo hace «mi capataz».

Cada vez que digo que, tal vez, solo querían asustarme, me mira con gesto severo y suelta un «no funciona así».

Claro que no, pero necesito repetirlo. Y creérmelo un poco.

—Hoy llegan los granos para las yeguas preñadas —le recuerdo, aunque soy consciente de que no hace falta.

—Hunter ya está avisado —responde y sonríe con entusiasmo—. Tienes que ver el potro nuevo. Es una belleza, Olivia. Tiene sangre Mustang: fuerte, orgulloso y terco como el demonio. No deja que nadie se le acerque y, ¡mierda!, me muero por montarlo.

Frunzo el ceño y levanto un dedo, interrumpiendo su emotivo discurso de domador apasionado.

—¿Has oído eso?

Se queda quieto, y no, no se oye nada. Luego… un relincho, agudo y largo.

Nos miramos. Bandido ladra, alarmado, y levanta las orejas.

Caleb es quien reacciona primero.

—Ese es Ranger —dice y se acerca disparado hacia la salida.

—¡Caleb, el pantalón! —grito antes de que atraviese la puerta.

Subimos a la carrera, nos vestimos con lo primero que encontramos y nos vamos.

Llegamos al establo con la respiración agitada y nos encontramos con uno de los peones. Su cara no me gusta nada.

El caballo se mueve inquieto, sacude la cabeza y respira fuerte.

—¿Qué le pasa? —pregunto, aproximándome a Ranger.

—No lo sé. Estaba bien hace una hora.

Caleb ya está dentro del *box*, con expresión dura.

—Pues ahora no lo está —murmura, intentando calmar al animal.

El corazón se me encoge. Puedo percibir cuánto le afecta verlo así.

—Llamaré al veterinario —digo, con el móvil en la mano, justo cuando, más allá, oímos otro relincho.

Nos acercamos y notamos el mismo comportamiento en otro corcel, aunque este ya se ha echado al suelo. Además, resopla fuerte y tiene espuma en la comisura del hocico.

—No puede ser casualidad —murmuro, casi en un hilo de voz

Caleb se pasa la mano por la nuca, pensando.

—¿El veterinario? —me pregunta, visiblemente preocupado.

—En camino. Le he dicho que era urgente.

Asiente, da un paso y se frena. Me mira y lo veo en sus ojos: está pensando lo mismo que yo. Y no, no quiero decirlo, ni escuchárselo decir.

—Caleb… Igual ha sido el alimento. O…

—No. No ha sido el alimento —me corta, negando con la cabeza y alzando las cejas.

No puedo discutirle, además, confío en su instinto y experiencia.

—Vale —murmuro. Inhalo hondo y levanto las manos en señal de rendición—. Haz lo que tengas que hacer.

Su mirada se suaviza, me besa la frente y me toma la cara.

—Ya lo estoy haciendo.

Entiendo lo que quiere decir, no hace falta que me explique. Me está protegiendo de una amenaza que me acecha de manera cobarde.

Mason aparece con otro caballo.

—Este también está raro, jefe.

Caleb aprieta la mandíbula, tanto que juraría que va a romperse los dientes.

—Ve a revisar a Sombra y Tormenta, por favor —digo a Briggs.



El tiempo se hace eterno mientras el veterinario revisa los animales y la preocupación no me deja pensar en nada más.

Toma muestras de sangre, hace preguntas, los inyecta y habla de fluidos, de carbón activado, de cortar la absorción de toxinas…

No entiendo nada, solo escucho. Espero respuestas concretas. Y cuando por fin se acerca, su gesto me dice que no me va a gustar lo que va a decir.

—Hay signos claros de intoxicación.

Las palabras resuenan en mi cabeza como un eco.

—¿Intoxicación?

—Probablemente por agua contaminada. Las dietas son diferentes, según me han dicho, es por eso por lo que descarto el alimento. Necesito analizar las muestras para confirmarlo, sin embargo, presentan los síntomas más comunes.

Miro a Caleb y esta vez no intento negar nada, ni suavizarlo o buscar una explicación lógica.

—No está exagerando —susurro, buscando una confirmación que ya no necesito.

Él niega muy lentamente.

—Ojalá lo hiciera.

Y con esas palabras, se rompe la última ilusión que me quedaba. Ya no se trata solo de amedrentarme.

Alguien está dispuesto a hacer daño, aunque no haya empezado conmigo.

Capítulo 30

—Caleb—



El veterinario suelta la palabra «intoxicación» como parte de un diagnóstico común y lógico, dadas las circunstancias. El problema es que, para nosotros, no es solo eso.

Y no pensamos en un accidente.

Mi intuición rara vez falla.

—También he tomado muestras del agua —explica, guardándolo todo en una caja etiquetada—. En cuanto tenga los resultados, os llamo. Pero id cambiando todos los bebederos y evitad ese pozo.

Asiento sin apartar la vista de Ranger.

Sigue inquieto, aunque menos. Le paso la mano por el cuello, firme, constante, para que note que sigo aquí.

—Van a mejorar, ¿verdad? —pregunta Olivia, ansiosa.

El doctor asiente, con cautela.

—La medicación y el suero ayudarán. Las próximas horas son claves, pero no sabemos cuánto han bebido… ni qué. Volveré por la

noche para ver cómo siguen.

Cuando el veterinario se va, nadie dice nada, solo se oyen los resoplidos de los caballos y algún relincho.

Olivia está a mi lado, demasiado callada y rodeada de caras preocupadas.

—Se pondrán bien —digo, pero no me mira. Sus ojos están en Ranger.

—Es un caballo fuerte, Oli —dice Mason, poniéndole una mano en el hombro.

Basta de lamentarse. Hay que ponerse en acción mientras pasa el tiempo.

—Briggs, mueve a los que han bebido de este lado —ordeno en calma—. Y quiero ese pozo cerrado ya. Que nadie lo toque hasta nuevo aviso.

—Sí, jefe.

Todo se pone en marcha rápido, como tiene que ser. No hay margen para dudar; hacerlo, sería cagarla.

—Hunter, busca tres hombres y ponte a limpiar los bebederos. Todos. Desinfección a conciencia.

—Me ocupo.

—Consigue un camión cisterna —le digo a Olivia—. Vamos a llenar los bebederos con agua del otro pozo.

—Claro.

—Oye, todo va a estar bien —aseguro de nuevo, y le doy un beso rápido—. Voy a llamar a Wyatt.

Asiente y se va.



Kane aparece al cabo de un rato, serio y tranquilo.

Se apoya en el marco de entrada y observa el movimiento dentro del establo.

—¿Cómo siguen?

—Parece que mejoran —contesto, quitándome los guantes.

—Dime que tienes algo, Wyatt.

Me sostiene la mirada un segundo más de lo habitual.

Lo pillo. Me dará información extraoficial.

—Han visto a dos tipos en la gasolinera —dice al fin—. No son de aquí.

Bufo para no maldecir y me tiro agua en la cabeza. Me ayuda a mantenerla un poco fría, solo un poco

—¿Y? —lo presiono cuando calla.

—Preguntaban por Silver Pine. —Abro la boca para añadir algo—. Sin caballos. Sin tráiler —añade.

¡Joder!

Eso significa que no eran clientes.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde —contesta, acomodándose el sombrero.

Mierda, cómo odio tener la razón esta vez.

—Eso quiere decir que ¿Dalton no tiene nada que ver?

No llega a responder porque Olivia vuelve y lo saluda, interrumpiéndolo. Nos mira entrecerrando los párpados, como si intentara leer lo que callamos. Y hace bien. Es astuta y testaruda, no se le escapa nada.

La pongo al tanto sin dudarlo, porque cada vez hay más cosas raras y no puede estar al margen. Debe permanecer alerta.

—Eso descarta a Dalton —dice, rápida.

Me la comería a besos. Estamos tan compenetrados que hasta pensamos parecido.

—No tenemos pistas de que tenga que ver en esto. Y nunca las hemos tenido, Olivia. Son cosas de Cal —argumenta mi amigo, sin quitarme los ojos de encima.

—Esto es un puñetero camino sin salida —escupo, con los dientes apretados.

Wyatt pone cara de entender mi frustración. No lo hace como cree, ya que no tiene ni idea de lo jodidamente implicado que estoy en todo lo referente a mi chica.

—Llámame cuando tengas los resultados —dice, tocándose el ala del sombrero.

—Lo haremos. Gracias, Wyatt.

Levanto la vista hacia él, que tuerce el gesto solo para mí.

La cosa se ha puesto más seria. También lo intuye.

Cuando su vehículo arranca, Olivia me toma de la mano.

—¿Podemos hablar, Caleb? —me pregunta, en voz baja.

La sigo hasta la casa, entramos en silencio y se sienta en el sofá. Yo me quedo de pie un segundo más, observándola… intentando leerla.

No lo consigo. Y me pone nervioso.

—Di lo que sea, Seattle —le pido, y me siento a su lado.

Ella se mira las uñas y tarda en hablar.

—Si esto sigue así… —empieza.

Me doy la vuelta hacia ella, enfrentándole de golpe.

—Wyatt lo encontrará —aseguro para que no siga.

—No lo sabes, Caleb.

Su voz no tiembla, suena decidida y se me mete entre las tripas.

—Entonces, lo haré yo —afirmo de inmediato, con contundencia.

—¿Cómo? No está en tus manos.

No respondo, ambos sabemos que tiene razón. Por mucho que lo intente, no logro adelantarme al hijo de puta. Sea quien sea.

Se toca los dedos, mira hacia fuera, luego al suelo. Piensa demasiado.

Y me lo veo venir.

—Tal vez… —Se aclara la garganta—. Tal vez sí debería irme por un tiempo.

Me quedo quieto, aguantando la respiración. Ni siquiera parpadeo.

Sabía que llegaría este día.

No pasa nada, lo superaré.

Ya lo hice una vez, sé cómo funciona. Ahogaré los recuerdos y aprenderé soportarlos como si fuesen golpes.

Bajo la cabeza, afirmando.

—Ya conozco este final —digo, con la voz más baja de lo que pretendía—. Tengo experiencia.

Ahora es ella quien se gira, alarmada y se pone de frente a mí.

—¿Quién?

Suelto una risa corta, irónica.

—Alguien que también decía que nunca se iría —le contesto, pasándome la lengua por la parte interna de la mejilla.

Olivia estira el silencio, tanto que se vuelve incómodo.

Me pongo de pie, porque no tengo nada que agregar y quiero estar solo.

—Caleb…

Levanto la mano para que se calle. No hacen falta las explicaciones. Ni las necesito.

—Si vas a hacerlo, Olivia… hazlo antes de que sea tarde —mascullo con los puños apretados.

Ya lo es. Es muy tarde. Si bien jamás se lo diré, pues mi intención no es condicionarla.

Se levanta, se interpone en mi camino y, joder... soy incapaz de apartarme.

—No soy ella, Walker —susurra, me coge la mano y la apoya en su mejilla.

Le sostengo la mirada, paralizando el tiempo un puto instante.

—Y si me voy, sería para protegeros. A los animales, a la gente y a ti. Tengo mucho miedo por ti, Caleb.

—Sé cuidarme solo —gruño, envolviéndole la cara con las manos.

Odio que la esperanza tome el control. El porrazo se siente más duro después.

—¿Y qué hago con mi conciencia? ¿También puedes cuidarla?

Su voz no sube, su determinación, sí. Y me atraviesa como un disparo.

—Lo intentaría, sí —suelto, seguro de ser capaz de todo por ella.

—Prométemelo.

Niego. No negocio con eso. Lo único que no haría sería mentirle.

Si no he podido cumplir la promesa que me hice de no repetir ciertos errores…

—¿Quieres que deje de pensar en irme? —insiste, testaruda—. Dímelo.

Da un paso más. La tengo tan cerca, que las puntas de sus pies tocan los míos.

—Pídeme que me quede, Caleb. —Apoya las palmas en mis manos y ese simple toque hace que me duela el pecho como si me hubiesen golpeado con una maza. Literal.

—Pídemelo, amor —susurra, humedeciéndose los labios.

Se me abren los ojos como platos y casi me atraganto.

«¿Amor?».

La palabra retumba en mi cabeza.

Se queda.

Se clava.

Todo cambia en ese puto instante.

—No quiero decidirlo sola —añade, besándome los dedos—. Estamos juntos en esto.

Juntos. Estamos juntos. Claro que sí, ¡maldición!

La agarro de la nuca y apoyo la frente en la suya.

Cierro los ojos.

Y cedo.

—Quédate conmigo, Seattle.

Capítulo 31

—Olivia—



Todo está en sus gestos: el miedo, las dudas... Y me aprieta el pecho, porque siento lo mismo.

Esto se ha vuelto intenso. Serio.

Me ha pedido que me quede, mi respuesta es una elección que implica peligro, aun así, no duda en arriesgarse conmigo.

Alargo la mano y le toco la cara. Lo acaricio despacio, disfrutando de la sensación de su barba rasposa. Memorizando sus rasgos.

Gira la cabeza y me besa la palma.

La cicatriz de su ceja se eleva, sin atreverse a volver a preguntármelo.

—Vale —susurro. Y sonrío. Nada más.

Resopla, como si hubiese contenido el aire. Relaja los hombros y se le dilatan las pupilas.

No sé qué cara tengo ahora mismo, pero no me importa. Suspiro de amor, porque es lo que siento y porque me parece el hombre más increíble que existe.

Alargamos el silencio mientras nos miramos. Solo eso. Quiero recordarlo y que él también lo haga. Pero empieza a ponerse impaciente.

Se pasa la lengua por el labio y después se lo muerde.

—Joder, Olivia, no me hagas esto —murmura, apretándome más—. Necesito oírtelo decir.

Me pongo de puntillas, tiro de él y lo beso, como si fuese la última vez.

Niega con la cabeza, contrariado, pero me devuelve el beso.

Sujeta mi pelo, me lleva la cabeza hacia atrás para besarme el cuello y exhala contra mi piel.

—Seattle… —Me sube a su cadera y se sienta en el sofá. Me acomodo sobre él, a horcajadas, pegándome a su pecho—. Dilo de una puñetera vez.

«Por supuesto que sí, vaquero. Yo también quiero escucharme».

—Me quedo contigo —susurro contra su boca.



Echa aire por la nariz y se le escapa una risa baja.

Apoyo los codos en sus hombros y hundo los dedos en su pelo. Aprovecha que estamos tan cerca y me rodea con los brazos.

Ya no hay espacio entre nosotros. No hay rendijas, ni recovecos.

—Bienvenida, Seattle —murmura, y se muerde el labio.

Se lo robo para morderlo también.

—Hazme el amor, Caleb —le pido en un susurro.

Lo tomo por sorpresa, pero reacciona rápido. Me recuesta en el sillón y se tiende sobre mí.

—Siempre —asegura, bajándome los pantalones con una sola mano.

Yo hago lo mismo con los de él.

—No tengo… —masculla, moviendo los pies para deshacerse de mi ropa y la de él.

—No importa… —lo interrumpo, porque no quiero barreras entre nosotros. Ya no hacen falta.

Me mira a los ojos y encuentra determinación.

Asiento para que no le quepan dudas.

Confío en él.

Me besa otra vez y entra en mí sin apartar la mirada.

—Joder. Joder. Jodeeeer.

Lo entiendo. Y también me estremezco.

Lo abrazo con fuerza. Apenas le dejo moverse, aun así, lo hace, despertando un montón de sensaciones que comienzan a agitarse en mi interior.

Se nos desacompasa la respiración.

No hablamos. Nuestros cuerpos sí. Ardemos. Nos buscamos. Nos encontramos.

Inspira hondo, exhala con un jadeo y se me cierran los párpados de puro goce. Aprieto las piernas en su cadera, gruñe y empuja más fuerte.

El placer me arrastra. Me lleva. Y me quiebro con la cara hundida en su cuello, olvidándome hasta de cómo respirar.

No quiero soltarlo.

Se ríe en mi piel, entre jadeos, tira de mi pelo para que lo mire… y también se rompe.

Ahora solo nos rodea es el sonido de nuestra agitación y me olvido de lo que nos espera afuera para concentrarme en sus ojos.

Soy feliz.

Aquí, con él y con todos los recuerdos de mi abuelo.

Él tenía razón. Sí, me enamoré de Silver Pine.

Y también me enamoré de Caleb Walker. Aunque eso no lo vi venir.

—No tienes ni idea de lo que me haces, Olivia —me dice en voz baja.

—¿De verdad crees que me eres indiferente, Walker?

Suelta una ronca carcajada que le hace vibrar el pecho. Levanta la cabeza y me observa, en silencio.

Me caricia la cara, la boca, los ojos…

—Quiero estar contigo —confiesa.

—Y yo quiero estar contigo.

Me da un beso en la sien y asiente. Se toma unos segundos para acomodar las palabras —o eso creo, porque es lo que yo hago— y suspira.

Su gesto cambia de repente, volviendo a ser el de siempre, y me da un golpecito en la punta de la nariz.

—Hay una realidad ahí afuera, Seattle, y sigues distrayéndome —bromea.

Me río mientras lo veo vestirse rápido y caminar hacia la puerta.

Puede haberlo soltado en broma, pero no lo es. Hay una jodida realidad ahí afuera que no va a desaparecer si no la enfrento. Una que lo tiene casi sin dormir. Y a mí con los nervios al borde del colapso.

—Ahora voy —le digo.

Me guiña el ojo y se va. Yo me quedo tendida, con el cuerpo flojo y la cabeza llena.

Necesito alejarme de él, porque si no lo hago… dejo de pensar. Hasta de respirar. Y quiero entender en qué momento esto se ha vuelto tan importante. No sé lo que involucra, lo que espera o lo que quiero.

¿Cómo puede ser que, en medio de todo lo que pasa, me haya enamorado de quien menos tenía que hacerlo?

¿En qué cabeza cabe pedirle que me haga el amor mientras su caballo sufre?

Y no es la primera vez que me dejo llevar siendo que el peligro me rodea.

Este hombre me descoloca, me lía, me confunde y me seduce solo… existiendo.

Salgo de la casa, ensillo a Tormenta y lo aviso de que voy al estanque. Abre la boca para decir algo, pero me adelanto:

—Iré con cuidado.

Rezonga en voz baja, frustrado. Lo ignoro y le tiro un beso al aire.

Aprieto los costados de la yegua y esta me responde sin titubear. Con cada paso me alejo más y más de ese sofá en el que nos convertimos en otra cosa. En un «nosotros» que me asusta.

—Yo quería despedirlo —murmuro, y se me escapa una risa tonta.

La yegua resopla, como si entendiera lo que digo, y me lleva hacia mi sitio. Ya conoce la rutina.

—A ti también te gusta, ¿verdad?

Le acaricio el cuello y vuelvo a incorporarme. Cada día me siento más cómoda sobre ella.

Nos acercamos a la orilla del estanque y me quedo observando el agua calma. La brisa apenas se siente y las hojas casi no se mueven.

Inspiro hondo, inhalando la serenidad del lugar, que me invade el cuerpo y la mente.

Suelto el aire, despacio.

Me llama la atención un movimiento a lo lejos, más allá de la línea de árboles. Entrecierro los ojos, ya que no distingo bien qué es.

Una sombra. Una que no estaba antes allí.

Se me eriza la piel. Tormenta gira las orejas, dando un paso inquieto hacia el costado.

—¿Hola? —digo, pero no hay respuesta.

No pasa nada. Seguro que es un animal o un peón.

Decido irme de todas formas, porque ya se me ha metido el miedo en el cuerpo. Tiro de las riendas para girar y descubro a Mason cabalgando a varios metros de mí, de camino al establo de ponis.

—¡Briggs! —lo llamo, aliviada—. Acércate. Ven.

Lo hace y cuando llega a mi lado, le explico lo que he creído ver. Ambos echamos un vistazo hacia donde le indico, sin distinguir demasiado.

—Aviso a Caleb ahora mismo. Vuelve al establo —me pide y se aleja al galope.

Aprieto los flancos de Tormenta para seguirlo, pero no responde. Seguro que es porque nota mi tensión y eso la pone nerviosa. Respiro varias veces para tranquilizarme; entonces, ella da un paso hacia donde no debería y luego otro.

Como es un animal obediente y yo, una mujer que quiere adaptarse a la vida que elegí, tiro de la rienda para que se dé la vuelta.

—Vamos…

Mi ruego a la yegua se ve interrumpido por un estruendo seco. Ella relincha con violencia, se alza sobre las patas traseras y tengo que aferrarme a la crin para no caer.

—¡Eh, eh, tranquila! —Intento sujetar las riendas, pero mis manos tiemblan—. ¡Tranquila!

Cae de nuevo al suelo y arranca en una sacudida brutal.

Bajo el cuerpo y me agarro de dónde y como puedo. Casi pierdo el equilibrio, pero logro mantenerme arriba. Por poco.

Se desboca en un segundo.

Y todo se vuelve en un caos de saltos, golpes, ruido…

—¡Para! ¡Para, joder! —grito, desesperada.

No sé cómo hacer que se detenga, ni cómo bajarme, solo sé que voy demasiado rápido hacia los árboles.

Las ramas me rozan la cara, el viento me arrastra el pelo hacia atrás, las manos me sudan y las lágrimas me nublan la vista.

Estoy aterrada.

Voy a caer. Lo sé.

Voy a caer.

Capítulo 32

—Caleb—



Briggs viene hacia mí al galope, levantando polvo a su paso. Algo no va bien, lo veo en su cara antes de que abra la boca.

—¡Jefe! Olivia… —señala hacia el estanque, jadeando—, ha visto algo. Le dije que volviera, pero…

No termina la frase, que ya estoy corriendo.

—¡Ensilla a Ranger! —suelto por reflejo.

Doy dos pasos y me freno en seco.

No. Ranger sigue con el suero.

Joder.

Giro hacia el otro *box* y abro la puerta de un tirón.

—¡Sombra! —gruño, tirando de la puerta—. Vamos, chica…, no me falles ahora.

Le echo la montura casi a ciegas. Cincha, estribo, riendas. Los dedos me tiemblan de rabia, aun así, lo consigo en menos tiempo del que esperaba. Monto de un salto.

—Eso es… —balbuceo al ver que responde como una campeona, y salimos disparados.

El corazón me golpea las costillas al mismo ritmo que el galope. No pienso en nada más que en ella.

Entonces oigo un ruido: un disparo. Y se me hiela la sangre.

—Mierda…

Clavo los talones. Sombra estira el cuello y acelera.

A varios metros veo a Tormenta desbocada, con los ojos abiertos de pánico y Olivia encima, rebotando sobre la silla, sin control ni equilibrio. Sin saber cómo frenarla.

—¡Olivia! —rujo.

Levanta la cabeza como puede. Tiene la cara blanca, el pelo pegado a las mejillas y las manos aferradas a las riendas.

Está aterrada.

¡Mierda!

Pongo a Sombra a su altura. Ahora, el suelo tiembla bajo las cuatro patas.

—¡Mírame! —le ordeno.

Lo hace a regañadientes, aun así, lo hace. Bien.

—¡Afloja las manos! ¡No tires de ella!

Duda, no entiende, pero abre un poco los dedos.

Tormenta sacude la cabeza y pega un bote que casi la escupe de la silla.

—¡Aprieta las piernas! ¡Inclínate, Olivia!

Lo intenta, aunque la cerca está a pocos metros y si la yegua decide saltarla así, Olivia va a salir despedida. Y si gira de golpe, se romperá el cuello.

No hay tiempo.

Pego a Sombra contra el costado de la yegua. Los cuerpos chocan, las monturas crujen y soy consciente de que un error nos hará rodar a los cuatro.

—Confía en mí.

No sé si se lo digo a ella, a la yegua o a mí mismo.

Busco el segundo exacto, el momento en que ambas zancadas coinciden…

¡Ahora!

Me inclino desde la silla y la agarro de la cintura.

—¡Suéltate! —grito.

—¡No puedo! —ruge, aterrada, con los ojos llorosos.

—¡Sí puedes, joder! Puedes.

Y se suelta.

Su peso cae hacia mí de golpe. Me sacude por el hombro, pero la sujeto y la subo a mi montura de un solo tirón, pegándola a mi pecho.

Sombra se ladea, pierde un paso y se recupera de inmediato. Aprieto las piernas y las riendas hasta hacerla caminar en línea recta.

La sangre me late con fuerza en las sienes.

Detrás de nosotros oigo a Tormenta seguir unos metros más y alejarse resoplando. Pero Olivia está conmigo. Viva.

—Te tengo —gruño contra su oído—. Te tengo.

Tiembla entera, aferrándose a mi camisa como si fuera lo único que la mantiene a salvo.

—Mírame, Olivia. —Levanta los ojos, perdida—. Respira.

Traga tanto aire como puede y parpadea.

—Eso. Otra vez.

Lo hace, entonces mira por encima de mi hombro y todo su cuerpo vuelve a tensarse.

—Un hombre… a caballo… —balbucea.

Giro la cabeza. Entre los árboles, inmóvil, hay un jinete observándonos. Lleva el sombrero calado y el rifle cruzado sobre la silla.

—Es… ¿Jake? —dice ella, sin estar demasiado segura.

Tiro de las riendas y hago girar a Sombra para corroborarlo.

—No te muevas —le pido.

Lo único que falta es que nos caigamos ahora.

Avanzo unos metros. El tipo no se inmuta, solo nos mira hasta que me acerco lo suficiente; luego, espolea al caballo y sale al galope entre los árboles. Huyendo.

—Cabrón… —mascullo, y aprieto los dientes hasta que me duelen.

Quiero seguirlo, romperle la cara y meterle ese rifle por la garganta, pero noto cómo Olivia está temblando entre mis brazos y eso me frena.

Volvemos en silencio. Bajo la velocidad poco a poco hasta los establos. Cuando me detengo, salto primero al suelo y la tomo por la cintura.

—Ya está —murmuro al verle la cara de espanto que todavía tiene—. Ya pasó.

La bajo con cuidado y en cuanto sus botas tocan tierra, las piernas le fallan. La sujeto antes de que caiga.

—Eh… tranquila… estás a salvo.

Me agarra con las dos manos y, sin decir nada, esconde la cara en mi pecho.

Sigue temblando. Yo también, aunque, lo mío no es miedo.

Mason aparece con Tormenta al trote.

—Ya la tengo, jefe. —Asiento sin mirarlo—.¿Estás bien, Oli?

Ella responde levantando la vista.

—¿Viste a alguien en la arboleda? —le pregunto al chico.

Afirma con la cabeza antes de hablar:

—Me pareció que era el tipo antipático del rancho Dalton.

Cierro los ojos y me trago los insultos.

—Encárgate de los caballos —le pido.

Guío a Olivia hasta la casa y la ayudo a sentarse en uno de los escalones del porche.

Bandido aprovecha y apoya la cabeza en su regazo.

—Buen chico —murmuro, pasándole la mano por el costado.

Olivia le acaricia las orejas y así, en silencio, nos tomamos un momento para recuperar la respiración. Después, levanta los ojos y me sonríe sin ganas.

—Joder, nena —resoplo y se me escapa una carcajada nerviosa.

Le beso las mejillas, la frente y la cabeza. La abrazo y… Se me acaba la paciencia. Ya es suficiente.

No aguanto más

—Enseguida vuelvo. Llama a Wyatt —le digo, levantándome.

—¿A dónde vas?

Su labio inferior tiembla otra vez y niega con la cabeza.

—Voy a acabar con esto —respondo, tuerzo la cabeza y le ruego en silencio que no se interponga—. Llama a Wyatt. Y no te muevas de aquí.

Dejo un beso en su frente, sin esperar respuesta, me subo al Jeep y arranco.

Con la adrenalina todavía en el cuerpo, llego al rancho Dalton. Bajo de un salto y aporreo la puerta.

Ni siquiera recuerdo haber cruzado el porche.

El hijo de puta abre con una sonrisa en la cara. Aprieto el puño y lo impulso a su pómulo derecho.

Se cae de culo.

Le rodeo el pecho con las piernas, lo levanto del cuello de la camisa y le doy otro puñetazo. Ya no sonríe.

Yo sigo resoplando con furia, sin contenerla, lo veo todo rojo cuando, hasta que cuatro brazos me hacen volar hacia atrás y me impiden volver a darle lo que se merece.

—Tranquilo —dicen a mi costado.

Uno de los tipos que me sujetaba se interpone entre el cretino y yo.

Aprieto los puños y suelto un par de insultos; después, levanto las manos en señal de haber entendido.

Lo de calmarme vendrá más tarde.

—Ya —murmuro y tironeo para que me suelten.

Dalton se pone en pie. Trastabilla, mareado y confundido, se seca con la manga y escupe al suelo. También le he roto el labio.

Merecido se lo tiene.

—¿Has terminado? —dice, limpiándose la sangre que le cae de la ceja.

Vuelvo a lanzarme contra él, pero me frenan.

—¿Qué cojones estás haciendo, Dalton? ¡¿Por qué te metes con los Bennett?!

Sacude la mano y los tipos se van.

Se gira hacia un costado, coge una botella de whisky y se sirve en un vaso. No me quita la mirada mientras da un par de sorbos largos.

—¿Todo esto es por Silver Pine? —insisto, sin obtener respuesta.

Solo bebe y me observa.

Me tiro el pelo para atrás, camino hacia adelante y vuelvo. Tengo ganas de molerlo a golpes.

Sin quitarme la vista de encima, niega con la cabeza, con ese aire de superioridad que me revienta.

—Vete de mi casa, Walker —me ordena, como si fuese un perro intruso.

Ya lo he entendido, no me va a decir nada.

¡Maldito cabrón engreído!

—No vuelvas a acercarte a Olivia, ni al rancho. Estás avisado, Dalton.

Me giro y doy dos pasos hacia fuera.

—No pertenece aquí y lo sabes —añade, antes de que abandone la casa.

—Eso no lo decides tú —gruño, y vuelvo a enfrentarlo. Me pongo a un palmo de su nariz y otra vez tiene esa puta sonrisa en la cara—. No quiero verte cerca de ella.

Eleva la comisura izquierda, pero le tiembla la mano con la que sostiene el vaso.

No vale la pena.

— Tú tampoco creías que ella se quedaría. Yo solo le estoy ofreciendo una salida digna —murmura, poniéndose gallito otra vez.

—No va a vender, acéptalo.

Chasquea la lengua y se lleva el vaso a la boca con una mueca que no me gusta nada.

Oculta algo, joder, se le nota. Ni idea de lo que es, pero por mis cojones que lo voy a averiguar.

—Tiene hasta mañana —suelta medio girándose para alejarse de mí.

Doy el paso que nos separa y vuelvo a cogerlo del cuello de la camisa.

—¡Ni siquiera lo intentes, capullo! —bramo contra su mejilla y lo empujo.

Cae desparramado en un sillón y el vaso se hace añicos en el suelo.

«De una forma u otra, vas a caer, maldito hijo de puta».

Capítulo 33

—Olivia—



Cuando oigo el motor del Jeep, salgo disparada hacia la puerta.

Wyatt no se mueve del salón. Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados, observándome en silencio desde que le conté lo sucedido en el estanque. Demasiado callado para mi gusto.

Bandido levanta las cabeza, atento, y Caleb entra, con la camisa fuera del pantalón. Mis ojos van directos a sus manos.

Tiene los nudillos enrojecidos, hinchados, y la piel abierta en dos puntos.

Ahogo un suspiro y me cubro la boca.

Me mira y me estudia. No hace falta decir nada. Sé de dónde viene.

—¿Dónde estabas? —pregunta Wyatt, sin apartarse de la pared.

Caleb ni lo mira, ya que tiene toda su atención puesta en mí.

—Estoy bien —susurra, afirmando para que lo crea.

Camino hacia él sin pensar y le cojo las manos con cuidado, evaluando el daño.

—Si esto es estar bien…

Intenta sonreír, pero no le sale.

—El otro está peor —masculla, rompiendo el hielo.

Bajo los párpados cuando me besa la frente y con ese simple gesto me calma. Al menos durante un rato.

He estado contando cada maldito segundo de su ausencia, preocupada, y todavía tengo el cuerpo tenso.

—Siéntate —le digo y lo empujo despacio.

No protesta y eso ya es raro.

Busco el botiquín, lo abro, empapo una gasa y, con cuidado, empiezo a limpiarle la sangre seca de las manos.

No hablamos, pero siento su mirada en mi cara todo el tiempo.

—La próxima vez —digo alfin, sin levantar la vista—, avísame. Quiero estar contigo cuando te enfrentes a él.

Y lo miro.

«Si, machote, acepto que me cuides, pero puedes contar conmigo para eso».

Wyatt carraspea desde el salón.

—Nadie va a enfrentarse a nadie —gruñe—. ¿Vais a seguir ignorándome o puedo hablar?

—Habla —responde Caleb, sin desviar los ojos.

Termino de vendarle la mano, lo suelto despacio y me giro hacia la visita, que se acerca y se sienta en el apoyabrazos, serio. En este momento a dejado de ser Wyatt. Es el *sheriff*.

—Ya sé quiénes son los tipos de la gasolinera —empieza.

En cuanto lo suelta, a mí se me eriza la piel. Caleb lo nota y me aprieta la rodilla.

—No son de Red Creek. Vienen de un pueblo a dos horas de aquí para hacer trabajos esporádicos. Ninguno limpio.

Oigo un gruñido a mi lado.

—¿Qué tipo de trabajos? —pregunta el dueño de la protesta.

—De los que se pagan en efectivo, ya sabes —contesta el amigo. Uno más enigmático que el otro.

Me pongo de pie, porque no puedo quedarme quieta y me retuerzo los dedos mientras camino.

—Les gusta beber —continúa el *sheriff*—. Y cuando lo hacen, se les afloja la lengua. Sabemos que han tenido dinero en el bolsillo y

que estuvieron en Silver Pine. Aún no hemos averiguado para qué.

—Para nada bueno —suelto, nerviosa.

El móvil de Caleb vibra. Lo lee y sin mover ni un músculo, se lo guarda.

Lo que ha visto son malas noticias y se está conteniendo para no decirlas. Se toca la barbilla y suelta el aire.

—Han encontrado granos fermentados en los bebederos —dice sin aguantarse—. Es obvio que no ha llegado ahí por accidente.

—¿Eso afecta a los caballos? —quiero saber. No tenía ni idea de que algo tan simple podría ocasionar tanto problema.

—Sí. Y si trabajas en el campo, no cometes un fallo así —me contesta, contundente.

Asiento despacio, comprendiendo lo que insinúa.

—Pudieron hacerlo los de la gasolinera —pienso en voz alta.

—Puede ser —dice Wyatt—. También tenemos huellas de neumáticos. Si hay suerte, coincidirán.

—Todo encaja —masculla Caleb, con los puños tensos.

«Por supuesto que encaja£, pienso y me llevo una mano al brazo para frotármelo.

Caleb me ve, da un paso hacia mí y se coloca a mi lado.

—Dalton me ha dado a entender que quiere las tierras, no el rancho, y que tienes hasta mañana para aceptar su oferta.

Se me acelera el pulso, ahogo un suspiro y me apresuro a decir:

—¿Eso qué significa? NO voy a vender.

—Significa que te está presionando y es quien anda detrás de todo —suelta Caleb con los ojos clavados en Wyatt.

—No puedes asegurarlo —replica este, cauteloso—. Y necesito pruebas, no intuiciones.

Caleb masculla un par de insultos.

No me gusta la situación, ni verlo así. Y, mucho menos, vivir adivinado qué pasará mañana.

¡Se acabó!

—Quiero denunciarlo —digo, harta de todo—. Con nombre y apellido.

Caleb se gira de golpe.

Otra vez me lanzo a caminar de un lado a otro mientras hablo. No quiero mirarlos para no condicionar mi decisión.

—No voy a esperar a que haga algo peor —añado, sin detenerme—. Han entrado en mi propiedad, han dañado a mis animales, han intentado asustarme… o algo peor. Y a mi abuelo…

La voz me tiembla. Me aclaro la garganta y sigo casi sin fuerza,

Ya es suficiente.

Wyatt me observa en silencio. Piensa.

—Olivia…

—Me parece bien.

Hablan a la vez.

—No, Wyatt —bufa Caleb con la vena del cuello hinchada.

—Lo haré —insisto, sin que me importe su opinión.

Mi capataz niega, se pasa las manos por la nuca, preocupado.

Puedo entenderlo, pero no voy a cambiar de opinión.

—Bien —dice el *sheriff*—. Con eso puedo mover ficha e investigarlo. Tendremos acceso a sus cuentas, a sus movimientos y una posibilidad para un allanamiento. Eso deriva en interrogatorios…

Asiento, entusiasmada con la idea de avanzar con la investigación de una vez por todas.

Caleb me mira con cara de que sigue sin gustarle nada.

—¡Joder, Olivia…! —espeta de golpe.

—Es lo correcto. Lo vimos, Caleb. Era él.

No responde, solo resopla.

Wyatt se levanta, dando por acabada la reunión.

—Te espero en la oficina, Oli.

—Sí. Gracias. Te veo en un rato.

Se detiene antes de salir.

—Si ha sido él y siente que pierde el control se pondrá peor y…

No termina la frase.

No hace falta.

—Entiendo.

Se toca el ala del sombrero y se va. La puerta se cierra y la casa queda en silencio. Uno que aterra.

—Tengo miedo —le digo, aferrándome a su camisa. Él me rodea con sus brazos.

—Lo sé, nena.

Apoyo la frente en su pecho e inspiro hondo antes de preguntar:

—¿Puede haberle hecho a mi abuelo lo que me hizo hoy a mí?

—Pudo espantar a Sombra —dice, apretándome más contra su cuerpo —. Tu abuelo era buen jinete, pero estaba mayor.

Empiezo a llorar, las lágrimas caen solas, sin poder retenerlas. Hasta que un golpe en la puerta me hace volver al presente.

Caleb abre y Harrison entra con la cara desencajada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —me pregunta.

—Joder, qué rápido corren las noticias —murmura Caleb y a mí ni siquiera me sale reír.

—Ha sido Jake —explica Harrison—. Me lo encontré en el hospital. Dice que le pegaste acusándolo de poner en peligro a Olivia.

Caleb explota y golpea el marco de la puerta.

—¡Hijo de puta!

Nos estremecemos ante el ruido seco y el grito.

—Nunca le dije eso —gruñe—. ¡Nunca!

Aprieta la mandíbula. Sus ojos destellan de furia.

—¡Hijo de puta! —repite y aprieta el puño contra la madera, frenando el impulso.

—Ha sido él —susurro, entendiéndolo todo.

Siempre ha sido él.

Mi cuerpo entero lo sabe. Lo ha sabido desde la primera vez que lo tuve delante y me negué a verlo.

Capítulo 34

—Caleb—



No me gusta dejarla sola. Al menos, no en estas circunstancias.

Pero verla salir para ir a hablar con Wyatt, con la cabeza alta y la determinación en la mirada…, joder.

No es la misma mujer que llegó a este rancho y eso me enorgullece y acojona al mismo tiempo.

Apoyo las manos en la encimera y bajo la cabeza. Inspiro. Exhalo. Repito.

No funciona.

La imagen de ella en un caballo debocado, a la deriva, vuelve a mí como un golpe seco.

De pura impotencia aprieto los dientes hasta que me duelen.

—La próxima vez llegas tarde y la pierdes. —La frase me sale sola, en voz baja, como si decirla más alto pudiera materializarla.

No.

Eso jamás va a pasar. No mientras yo esté a su lado.

Me incorporo y salgo al porche. Bandido levanta la cabeza, me mira y se coloca a mi lado.

—Ha sido más que un susto —murmuro, rascándole detrás de las orejas—. Hoy ha ido en serio.

Han cambiado las reglas.

Olivia tiene razón, aunque me toque los cojones, y por eso no se lo reconozca en voz alta.

Camino hasta el establo, Hunter levanta la cabeza cuando entro.

—¿Cómo siguen? —le pregunto, señalando hacia dentro.

—Mejor —dice—. El suero está haciendo efecto.

Me acerco a Ranger. El animal sigue débil, pero en pie.

—Aguanta, chico —susurro, y le paso la mano por el cuello— ¿Han encontrado algo más?

—Solo las huellas, que siguen ahí. Las hemos marcado y cubierto para que el *sheriff* Kane las vea.

Bien. Muy bien. Todo suma. Y apunta al mismo sitio.

Salgo de nuevo sin despedirme. Subo al Jeep sin pensarlo demasiado y arranco hacia el pueblo. No puedo quedarme aquí.

Llego a la oficina y, al entrar, encuentro a Wyatt detrás del escritorio.

Olivia está sentada frente a él, se gira en cuanto me oye. Elegante, firme y de una pieza.

No sé cómo se las apaña, pero esta mujer me deja sin habla cada vez más seguido.

—¿Todo bien? —indago, aunque ya sé la respuesta.

—He firmado la denuncia —dice, después de afirmar con un gesto.

Wyatt levanta la vista.

—Y has hecho bien —le asegura.

Me apoyo en la pared, cruzándome de brazos para que no se note mi impaciencia.

—¿Hay algo nuevo?

Mi amigo se inclina hacia atrás en la silla.

—Los tipos han desaparecido. Pero los encontraremos.

—¿Y Dalton?

—Os advierto: no hay nada aún para detenerlo, aunque sí para ir a por él.

Olivia me mira de reojo porque sabe que eso no me basta. Ni a ella. Lo quiero lejos, encerrado, sin la más mínima posibilidad de volver a acercarse a mi chica.

Wyatt me sostiene la mirada.

—Voy a traerlo.

Olivia se tensa, lo noto sin necesidad de girarme para comprobarlo.

—¿A declarar? —pregunta en un balbuceo nervioso.

—A hablar —corrige Wyatt—. Para ver cómo reacciona.

Sonrío sin humor, negando con la cabeza.

—Eso lo sé yo.

«Como una rata cobarde que necesita a dos peones para que pongan la cara por él», pienso.

Wyatt no me sigue el juego y me señala con el dedo.

—Tú ni te acerques.

—No pensaba hacerlo —miento, y lo sabe.

Los dos lo saben.

—Caleb… —empieza Olivia.

Clavo la vista en ella y se calla, sin querer discutir. Yo tampoco quiero, es por eso por lo que le guiño el ojo.

—Voy a por él —nos avisa Wyatt y se pone de pie.

—Voy contigo —digo.

—No.

—Sí.

Resopla, apretándose le puente de la nariz. Se lo estoy poniendo difícil, lo sé.

—No eres parte de esto, Cal. No lo compliques más. Déjame trabajar y te prometo que obtendremos mejores resultados que rompiéndole la mandíbula con el puño.

—Caleb… —interviene Olivia.

Su voz baja me aplaca y, aún más, cuando me toca el brazo.

—Quédate conmigo —me pide.

No me gusta. Me pone entre la espada y pared, y ¡joder!, ella me puede. Así que asiento, rendido a sus malditos pies.

Wyatt se va, dándome un golpe el hombro al pasar a mi lado.

Olivia me sonríe y se acerca. Se pone de puntillas y me besa la mandíbula.

—No tienes que hacerlo todo tú —dice después.

Suelto el aire por la nariz, en silencio.

—Quiero darte un beso —añade, tirando de mi camisa.

Cedo, por supuesto que lo hago.

Se le ilumina la cara y sus ojos brillan de esa forma…

—Me vuelves un maldito calzonazos —gruño. Ella suelta una carcajada—. No me divierte.

—Tú, pro el contrario, me vuelves más fuerte. Y eso me gusta.

La observo un segundo más de lo necesario, descubriendo que mi obsesión por ella es más grande.

—Entonces, no te separes de mí —añado.

Como respuesta, me besa el pecho. Le gusta hacer eso. Y a mí me encanta que lo haga.

—No pienso separarme de ti —repite.

Mejor así.

Porque yo tampoco.

El tiempo pasa lento y me asomo por la ventana para no estar contando los minutos. Cada coche que pasa me pone en alerta, hasta que por fin veo el todoterreno de Wyatt.

Y detrás…

Se me acelera el pulso.

—Ya está aquí —murmuro, acercándome a Olivia, para darle apoyo.

Se levanta y se coloca a mi lado, me abraza la cintura y ahí se queda.

No tiene idea de cuánto disfruto de eso, de ser su apoyo, y quien le da tranquilidad. Sin pensarlo, bajo la cabeza y le beso la coronilla.

Ella alza la mirada y afloja el gesto.

Estoy pillado y jodido. Muy jodido.

El coche de atrás se detiene, la puerta se abre y Jake Dalton baja. Como si nada. La arrogancia podría llevar su puto nombre, sin duda.

Aprieto los puños, controlando cada músculo y cada impulso.

—Ni se te ocurra —susurra Olivia, percibiendo mis ganas de molerlo a palos.

No le muestro mis ojos para que no vea en ellos más de lo que ya ve en mi cuerpo.

—Tranquila.

Yo no lo estoy, ni de cerca.

Si la mira, dibuja esa jodida sonrisa o le dice algo fuera de lugar, le rompo la cara. Lo tengo decidido.

La puerta de la oficina se abre. Wyatt entra primero, Dalton detrás y cuando me encara… sube la maldita comisura de los labios.

Ese gesto detona la furia de mi interior.

—¿De qué te ríes, idiota? —escupo, enfrentándolo.

—Esperad fuera, por favor —nos pide Wyatt, con determinación.

No hace falta que grite para dar órdenes. Se impone solo con su presencia el muy cabrón.

—Eres increíblemente gruñón —protesta Olivia—. Y todo eso que haces: rezongar, enfadarte, maldecir…

Calla, niega con la cabeza y sale hacia la calle a paso rápido. La sigo, porque… la sigo.

La he cagado.

—No sé hacerlo de otra manera —le explico cuando se detiene frente al Jeep—. ¡No puedes enfadarte por eso!

Se aclara la garganta, incómoda, y no es capaz de mirarme a los ojos.

—Olivia…

Levanta la cara y lo que veo me sorprende. Doy un paso hacia atrás, vuelvo, resoplo y me pego a ella.

Todo mi cuerpo la toca.

Endereza los hombros, buscando valor para enfrentarme, porque sabe que me he dado cuenta.

Me lamo los labios y me muerdo el de abajo. Sus pupilas se quedan allí.

—Qué bonita estás, joder —murmuro contra su boca—. No es el momento… pero te arrancaría la ropa aquí mismo.

Jadea al oírme.

Endemoniada, mujer, elige los peores momentos para encender la llama. Me va a volver loco.

—¿Te pones cachonda cuando me enfado, Seattle?

Niega, frunce los labios, se los muerdo y me empuja.

Menos mal, porque podría liarla si me deja tocarla.

—Me gusta que me protejas así. Y sí, me pone cachonda que seas gruñón y te hagas el machote.

—Soy gruñón y machote —bromeo y le pongo una mano en la nuca para atraerla más a mí.

Y la beso.

Por un instante, me olvido de todo, incluido Jake y toda su mierda. Ahora solo importa ella, sus necesidades, su deseo y sus puños apretados en mi camisa.

El ronroneo de un coche que pasa me recuerda donde estamos. Sonrío, alejándome, antes de apoyar la frente en la de ella.

—Tendremos esta conversación en otro momento, Olivia.

Se ríe y me seca los labios con el dedo.

—¿Me lo prometes?

Por supuesto que lo hago; por ella, cualquier cosa.

—Ahora, volvamos dentro, a ver si hay novedades —digo, colocándole un mechón detrás de la oreja—. ¿Estás bien?

Asiente, enredo los dedos entre los suyos y tiro de su mano. Solo damos un par de pasos cuando vemos salir a Dalton.

Nos enfrenta con su típica altanería.

—No tienes nada, Walker —dice, pero, por primera vez, lo noto un poco nervioso.

Se gira hacia Olivia. Me muevo lo suficiente para asegurarme de que no se le acerque más de la cuenta. Desde los pocos metros que los separan, la mira como si quisiera que desapareciera de la faz de la Tierra.

—Y tú, quédate con tu rancho de mierda. Ya no lo necesito.

En los ojos de Olivia se puede distinguir la sorpresa: en los de Dalton, la frustración.

Wyatt sale casi corriendo de la oficina y lo aleja de nosotros, interponiéndose.

—Vete a casa, Jake. Y no salgas del pueblo —le exige, agarrándolo del codo y guiándolo unos pasos hacia fuera.

—Esta también se irá, Walker —suelta Dalton con sarcasmo y entre risas nerviosas.

¡Hijo de puta!

Me lanzo hacia él. Wyatt me frena, poniéndome una mano en el torso.

Siento que el pecho me va a estallar de un momento a otro; estoy resoplando como un toro.

Olivia se pone delante de mí y clava sus ojos en los míos.

—No le des lo que quiere, Walker —me ordena, apuntándome con el dedo.

Aprieto los dientes, inspirando hondo y dándole la razón con un asentimiento.

No voy a darle una victoria a un tipo desesperado.

Jake por fin obedece, se mete en el coche, arranca y se aleja a toda velocidad.

Yo sigo mirando a Olivia, porque me acaba de dar una orden. Una puta orden. Delante de todo el mundo.

Mi amigo se aclara la garganta sin siquiera disimular lo divertida que le parece la situación. Le hago una peineta y, con esfuerzo, se pone serio.

—No ha dicho nada —comenta volviendo a ser el *sheriff*—. No obstante, tenemos una coincidencia con las huellas de las cubiertas y testigos que lo vieron con los de la gasolinera. Tenemos suficiente. Va a caer, solo es cuestión de tiempo.

—Joder, sí —mascullo, aliviado.

—Me dijo que ya no necesita el rancho —añade Olivia, confundida.

—Le pregunté sobre eso. Dijo que tenía un negocio entre manos, pero que se frustró—comenta Wyatt, encogiéndose de

hombros—. Lo que sí noté es que estaba muy cabreado cuando lo mencionó.

Raro, aunque… qué más da. Todo se va a aclarar más tarde o más temprano. Confío en mi amigo, es de los que si tiene un hueso, no lo suelta hasta que lo destroza.

—No puedo deciros nada más por ahora. Idos a casa. Cualquier cosa, os llamo.

Nos despedimos y salimos cogidos de la mano.

Me detengo en la acera y miro hacia donde se ha ido Dalton, saboreando la seguridad de que, esta vez, no se va a salir con la suya.

Capítulo 35

—Olivia—



No llegamos a la habitación. Ni siquiera lo intentamos.

La puerta se cierra, Caleb me empuja contra ella y todo lo que hemos estado conteniendo fuera —la rabia, el miedo, la tensión… y el deseo que llevo arrastrando desde hace horas— estalla en besos. Fuertes, profundos y sin control, hasta que…

—No vuelvas a hacerlo —gruñe contra mis labios.

Abro los ojos sin entender a qué se refiere, el día ha sido largo y ha pasado de todo, aunque si es por lo que pienso, no voy a quedarme callada.

—¿Denunciar a un hombre que ha intentado matarme? —replico, sin aire, pero dispuesta a defender mi postura.

Me aprieta más contra la madera.

—Montar sola y lejos de mi vista —contesta entre jadeos y tirones de sus dientes.

Ah, claro. Aún no me lo había reclamado y no podía dejarlo pasar, por supuesto. Yo ni me acordaba de eso y prefiero que así

sea, porque el susto que ha pasado no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Le agarro la cara para que deje de besarme como si quisiera marcarme o tragarme, y jadea mientras mueve los ojos por mi cara. Ahí está todo: en sus iris celestes, en sus pupilas dilatadas, en la respiración agitada. Ya no intenta esconderlo.

Se pone serio de golpe, negando con la cabeza.

—Joder, podrías… —Calla, visiblemente frustrado, y traga saliva —. Me volvería loco si te pasara algo, Olivia.

Habla bajo, apretando las palabras.

¡Lo quiero tanto! No tiene ni idea de cuánto.

—Me salvaste, vaquero. Eso es lo que importa.

Deslizo las manos por su pecho, despacio y en silencio. Mi respiración se calma antes que la suya, me gusta tener ese efecto en Caleb, tanto como que él lo tenga en mí.

—Y siempre lo harás —agrego, segura de no equivocarme.

No responde, pero su cuerpo sí, y el beso cambia. Hay menos explosión, más intención y también más sentimientos.

Comienzo a derretirme entre sus brazos y a suspirar, es otro efecto de Caleb Walker que no puedo dominar.

Sonríe en mi cuello sabiendo que estoy dispuesta a lo que sea que me pida, porque me tiene en sus manos.

—Volvamos a eso de que te pone cachonda que sea gruñón —murmura, rozándome la mandíbula con los dientes.

—Y machote —añado, abriéndole la camisa de un tirón.

Madre mía, cada día disfruto más de hacerlo. Me estoy volviendo una experta.

—Te gusta arrancarme la ropa, Seattle.

—Me encanta, Walker.

Y así nos olvidamos de mal día que hemos vivido. Abrazados, comiéndonos a besos y gimiendo el nombre del otro.

El resto del mundo deja de importar por un rato.



Me pongo su camisa antes de que él pueda hacerlo, porque verlo moverse por mi casa en bóxer es un lujo que no pienso perderme y bajo descalza, con el pelo aún revuelto y el maquillaje corrido.

Cuando aparezco, levanta la cabeza y se queda observándome. Igual que yo a él.

Me acerco, me rodea los hombros y tira de mí. Me encanta que me abrace fuerte.

—¿Cómo estás? —pregunta con la voz ronca y un poco somnolienta.

—Mejor. Saber que investigarán a Jake, me ayuda.

No dice nada, solo aparta la vista, callando lo que piensa. No está tranquilo. Ni de cerca.

—¿Te diste cuenta de era Sombra quien me ayudó en el rescate de cierta damisela en apuros? —dice, cambiando el tema.

Sus dedos apartan un mechón de mi cara cuando la levanto para observarlo, asombrada con la buena noticia.

—No estaba como para reparar en ese detalle, pero me alegra saber que se ha recuperado. Sabía que acabaría haciéndolo. Al final, ha sido más difícil ella que yo, aceptándote —lo pincho, porque no quiero que siga con esa cara seria y antipática.

—No estoy de acuerdo. Tú das más guerra —tontea, me aprieta el trasero y le golpeo el pecho.

—¡Oye!

Me alza y me sienta en la encimera, luego, sirve dos cafés. Apoya la cadera cerca de mi pierna y bebe.

Quiero muchas mañanas así, con él a mi lado, sin hablar, mirando el amanecer por la ventana.

—El chico… —empieza a decir.

Me imagino a quien se refiere, ya que parece como si el nombre que no pronuncia le quemara. Si hasta pone cara de malo. Exagerado.

—¿Mason?

Tuerce el gesto, divertido. Los dos apreciamos mucho al Briggs.

—Como le dé confianza, me llama Cal y me saca a bailar —dice, recriminándome, con la indirecta, por la confianza que yo sí le he ofrecido.

Pongo los ojos en blanco y se ríe.

—Él también la montó —añade, resoplando.

—¿Celoso?

—Para nada.

Suelto una carcajada y empieza hacerme cosquillas. Me río tanto que casi tiro el café.

¡Madre mía!, cómo me gusta su sonrisa cuando le arruga los ojos.



La mañana se siente casi normal.

«Casi».

Porque no podemos olvidar que Jake sigue en su casa y que el peligro acecha.

Los peones trabajan, los caballos mejoran, el rancho trabaja a su ritmo habitual. Cuando el veterinario llama, antes del mediodía, me encuentra en el despacho. Al escuchar lo que me dice, relajo la cabeza en el respaldo y suelto el aire.

—¿Seguro? —insisto, para que me lo repita.

Puede parecer una tontería, pero escucharlo otra vez es justo lo que necesito.

Cuelgo la llamada en el momento que Caleb entra a la oficina.

—¿Qué pasa?

Sonríe al verme tan eufórica. Me levanto y corro hasta él para saltar y enredar las piernas en su cadera.

—El pozo está limpio —repito la información recibida con sus manos en mi trasero y colgada de su cuello.

—¿Nada?

—Nada

Procesa las palabras en silencio. No puede creerlo.

Me baja al suelo, con el gesto torcido.

—Entonces han ido directo a los bebederos —concluye, casi sin creérselo.

No hago más que elevar los hombros, porque no tengo palabras.

—Eso parece.

Puede que Jake Dalton sepa jugar sucio cuidándose las espaldas, el muy cretino. Vamos, que debo agradecérselo, porque limpiar el pozo hubiese sido un gran y caro problema.

El sonido de un motor acercándose nos llama la atención y nos asomamos por la ventana. Vemos que un impecable coche negro avanza lento, hasta detenerse frente a la casa. No parece de aquí.

—¿Esperas a alguien? —quiere saber Caleb, con gesto frío y precavido.

—No.

La puerta del vehículo se abre y la mujer que baja desentona más que su coche. Viste un traje de falda y chaqueta y lleva un maletín en la mano.

Soy quien sale primero de la casa.

—¿Olivia Bennett? —pregunta al acercarse.

Los tacones se le clavan en la tierra y sonrío. Sé lo que se siente.

—Sí, soy yo.

—Encantada de saludarla, soy Laura Harris.

Siento a Caleb erguirse a mi lado cuando la recién llegada da un paso hacia mí.

—La exesposa de Jake Dalton —añade, estrechándome la mano —. Y su abogada.

Claro. Tiene sentido que tenga abogada, va a necesitarla. Lo de que haya estado casado me sorprende mucho más.

—¿Qué quieres? —dice mi capataz, seco. Ahora, rodeándome el hombro.

—Hablar con ella.

—Lo que tengas que decir… —Caleb se pone en plan protector gruñón de inmediato, pero me interesa saber a qué ha venido esta mujer.

Le toco el brazo y consigo que se gire hacia mí… con los dientes apretados, eso sí.

—Quiero escucharla —le digo a su maravilloso rostro contrariado.

No le gusta, aunque accede. Por mí.

No la invito a entrar, opino que el porche es suficiente para ella y no me importa si le molesta.

Me acomodo en uno de los sillones, entre un vaquero preocupado y un perro haragán y le hago una seña para que hable.

Laura Harris no pierde el tiempo.

—Para Jake era urgente comprar Silver Pine —empieza, dejando su maletín en el suelo—. Tenía un acuerdo con ciertos inversores, unos desarrolladores inmobiliarios que estaban interesados en llevar a cabo un proyecto de turismo rural. Y necesitaba tus tierras para cerrar la operación. Sumadas a las de él, alcanzaban las dimensiones que esta gente exigía.

Afirmo en silencio, con un ademán. Ella endereza la espalda y entiende que lo que quiero es que continúe. Todavía no tengo nada que decir.

—Tu abuelo se negó.

Ahora sí que tengo…

—Y pensó que yo sería más fácil de convencer —replico con indiferencia. La misma que quiero que reciba de mí.

—Algo así —murmura, incómoda por tener que reconocerlo.

La observo sin parpadear, porque no puedo creer que me lo reconozca.

¿Entenderá lo que implica?

—Él tuvo un accidente. Yo también. Ayer. Uno muy parecido, sobre un caballo que se desbocó, amenazando con tirarme, aunque, por suerte, las consecuencias han sido diferentes.

Hace una pausa y yo la aprovecho para seguir metiendo el dedo en la llaga.

—Curiosas coincidencias, ¿verdad?

Baja la mirada y eso es suficiente respuesta para mí, creo que para el enorme cuerpo de Caleb también, ya que se retuerce a mi lado, impotente.

—Jake siempre ha jugado al límite —reconoce, con la voz más baja, como si estuviese buscando complicidad con nosotros—.

Últimamente… dejó de verlo con claridad. Estaba desesperado y actuó mal.

—No es una excusa.

—No. No lo estoy excusando —dice, negando rápido con la cabeza para enfatizarlo.

Un poco sí lo está lo está haciendo, pero no digo nada. Quiero que termine con lo que ha venido a hacer y se vaya.

Intercambio una mirada con Caleb, que sigue atento a la conversación con el ceño apretado y los puños blancos.

—Jake ha estado bajo mucha presión, luchando para no perderlo todo y declararse en quiebra. Si no vende el rancho, se queda sin nada, y se niega a vender, porque es lo único que tiene. Es un cabezota. La única posibilidad era esa inversión, así lo conservaría, pagando las deudas y…

—No es mi problema —la corto, porque no me da lástima. Soy empática con quienes lo merecen.

—Lo sé.

—¿A qué has venido? —le pregunto, directa.

Se acomoda en el sillón y endereza la espalda.

Caleb también se mueve, impaciente.

—A evitar que esto vaya a más.

—Llegas tarde. Ya lo ha hecho—gruñe él, que demasiado ha aguantado.

Se pone de pie para descargar tensiones.

—Lo sé —musita la mujer y suena sincera.

Eso es lo peor, porque hasta me cae bien y me da pena que tenga que interceder por alguien como su ex.

—La propuesta es esta: si retiras la denuncia, Jake se irá.

Caleb cierra los ojos un instante y se sienta a mi lado otra vez. Parece dinamita a punto de estallar.

—Se marchará para siempre. No volverá ni a Red Creek ni a ti. Y te venderá sus tierras si lo deseas, no se pondrá pretencioso.

Caleb se gira hacia mí.

—Ni de coña —dice con tono de advertencia.

—Es una opción —insiste ella, tranquila, cambiando su mirada hacia él, creyendo que es quién puede tomar la decisión que ella

busca—. Evita juicios, tiempo…

—Evita que pague —añado en su mismo tono.

Sus ojos vuelven a mí.

—Evita que esto escale —me corrige.

Hace lo imposible por salvar a Jake y es muy loable de su parte, le ha tocado interpretar un papel de mierda a la pobre mujer. Que tenga que dar la cara por un desgraciado no debe ser grato ni siquiera para un abogado, supongo.

Miro a Caleb, que se vuelve a levantar, luego a mis manos, y pienso en todo lo que es capaz de hacer ese hombre, en mi abuelo y en mi propia seguridad a futuro.

—No tienes que decidir ahora —agrega Laura, poniéndose en pie.

Hago lo mismo, con la mano extendida.

—Lo pensaré —digo con firmeza.

Caleb me fulmina con sus intensos ojos celestes, como si no diera crédito.

La abogada se marcha igual que llegó, luchando con los tacones, pero erguida y elegante. Cuando consigue entrar en el coche, este desaparece derrapando en la tierra.

—Dime que no estás considerando esa mierda, Olivia

Su voz es baja, cargada de advertencia y miedo.

—Estoy considerándolo todo, Caleb —le aseguro, caminando hacia dentro.

—Eso no, Olivia. No puedes considerar una chorrada semejante.

Se acerca y me agarra por los hombros.

—No es tan simple, amor —murmuro.

—Sí que lo es. —Me rodea la cara con ambas manos—. No le facilites las cosas.

—¿Y si alguien más sale herido?

Me suelta, se pasa la mano por la nuca y chasquea la lengua. Puedo notar la rabia contenida en sus movimientos.

—No puedes controlarlo todo, te lo he dicho muchas veces.

—Pero puedo intentarlo —contesta rápido y se gira hacia mí.

—Caleb…

Me atrae de la cintura y mi respiración falla cuando me pega a su pecho.

—No le des una salida —repite, como una orden suplicada.

Su boca roza la mía.

No me besa.

Tampoco despega sus ojos de los míos.

—Porque mientras tú estés en peligro… no voy a respirar tranquilo. Y te juro que voy a destrozar a cualquiera que intente hacerte daño.

Epílogo



Una semana después.

El sol cae despacio sobre Silver Pine y es un día más para confirmar que este es mi lugar. Nunca encontré otro mejor.

Y ahora está ella.

Definitivamente, soy un hombre con más suerte de la que merezco.

Apoyo los codos en la valla y observo los caballos. Ranger ya se ha recuperado y está tan fuerte como antes. Sombra lo acompaña, con elegancia y seguridad renovada. Tormenta es más tranquila y pasta sola, varios pasos atrás de dos potros mansos.

—Te ayudo a llevarlos al establo —dice Olivia acercándose por detrás.

—Ya lo harán los muchachos —comento y me giro para observarla.

Tiene el sombrero puesto, el pelo suelto y el pantalón embarrado. Y verla así me afecta casi tanto como cuando la tengo

desnuda entre mis sábanas.

—Quiero hablarte de algo —balbucea, insegura, algo muy raro en ella.

Sube a la cerca y la rodeo con los brazos antes de elevar una ceja, animándola a continuar.

—He tenido una idea y he estado haciendo números. Tengo unos ahorros y…

—La idea, no te andes por las ramas —la corto porque se dispersa.

—Al otro lado del arroyo hay espacio para cuatro cabañas. Autosuficientes, bonitas, rústicas y cómodas. Quiero ofrecer las experiencias de mi rancho, enseñar la vida del campo, que la gente aprenda a desconectar de la ciudad y se enamore de esto, como lo hice yo. Serán pequeñas, pero especiales.

Sus preciosos ojos brillan tanto que me encandilan.

Qué jodido estoy.

Sonrío, porque me contagia su entusiasmo.

—Cuando Laura Harris mencionó el turismo rural, la idea se encendió en mi cabeza. Lo visualicé, amor, y le di mil vueltas. Dime algo.

—¿Turismo en Silver Pine? Supongo que podría funcionar —admito más para mí que para ella.

—¿A que sí? —me rodea el cuello, feliz—. Lo haré.

—Lo haremos —sentencio, serio, y le toco la nariz con la mía.

Ahora somos dos para todo, ¿no?

—Voy a contarte un secreto y no quiero que te enfades —me aclara, con su dedo clavado en mi pecho.

—Olivia…

—Escúchame sin juzgar y analizando el contexto, Caleb.

Más le vale no haberme guardado un secreto importante o que la ponga en riesgo porque no respondo.

—Manda cojones. ¿Qué has hecho?

Se ríe y me atrapa con las piernas para que no me aleje.

—Cuando vine, tenía la firme convicción de que una vez que me enseñases todo lo que sabías del rancho, te despediría —suelta, digna, y un poco acongojada también.

—Lo intuía y no sabes lo que me jodía que quisieras hacerlo. No solo porque sabía lo de tu abuelo, Olivia, es porque este rancho es mi vida.

—Lo sé.

—Y ahora lo eres tú también —añado, sin poder frenar las palabras.

Nos miramos por largos segundos. No hace falta que hablemos, porque los dos sabemos lo que el otro nos hace sentir.

Suspira después de mirarme la boca.

—Bien, tema zanjado, no te despediré, por ahora.

—No puedo trabajar con tanta presión.

Me da un beso rápido antes de suspirar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende de lo que obtenga por la respuesta —bromeo, aunque viendo que se pone seria, agrego—: Pregunta.

Se demora más de la cuenta, jugueteando con el cuello de mi camisa, hasta que alzo una ceja.

—Puedes no responder, pero me gustaría que lo hicieras —me aclara—. ¿Quién era ella? La chica que te hizo daño, digo.

No voy a negarlo, me toma por sorpresa que me lo pregunte, pero sabía que algún día llegaría la conversación.

—Se llamaba Megan Jenkins.

—¿Jenkins? —me interrumpe, sorprendida.

Asiento y levanto la comisura derecha, porque la sonrisa no me sale completa.

—Es la nieta de Viejo Walt, sí. Pasó varios veranos aquí cuando éramos jóvenes y decía que adoraba Montana, la vida en el campo, los caballos, la tranquilidad…

—¿Y te enamoraste?

Suelto un bufido, porque no me gusta reconocerlo con tanta facilidad, y me rasco la nuca.

—Hasta las trancas.

Olivia hace una mueca y me acaricia la mejilla.

—Lo siento —dice.

Me encojo de hombros como respuesta.

—La idea era comprometernos cuando acabara la universidad y vivir juntos. Estudiaba veterinaria. Lo que sucedió fue que comprendió que echaría de menos la ciudad, las luces, el ruido, las oportunidades... Todo aquello que Red Creek jamás podría ofrecerle. Nunca más volvió. Su padre siguió viniendo durante un tiempo, pero acabó marchándose también. Walt y yo lo hablamos en su momento y los entendimos. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Supongo que nada. Y tu mejor idea fue prometerte no volver a fijarte en una chica como ella.

—Me prometí no volver a enamorarme de una mujer de ciudad, sí. Y ya ves…

—Te salió regular.

Le rodeo la cintura y la atraigo más a mí.

—Fatal, Seattle.

Sonríe y enreda los dedos en mi cabello.

—Menos mal.

Yo también sonrío, porque si romper aquella promesa me trajo hasta Olivia Bennett, volvería a hacerlo mil veces.



—Me voy a dar una ducha y a preparar la cena, no tardes.

Le doy un pico con ruido y la dejo en el suelo.

—Vale. Pasaré por la cabaña a buscar unos papeles, para seguir siendo un buen capataz —bromeo, y le doy un golpecito en el culo—. Me ducharé allí.

Tiro de ella, la vuelvo a pegar a mí y le doy un beso largo antes de que se vaya.

Sigo con los ojos en ella hasta que entra a la casa.

Somos tan diferentes y congeniamos tan bien, que parece imposible. Me encanta verla conducir su coche eléctrico por el pueblo, enfadarme al verla caminar con tacones por los establos o con esas jodidas mallas que se pone para correr, y reírme cuando pifia un paso en el baile en línea o discute con Walt. Cada día pienso con orgullo «esa es mi chica».

Joder, es mía.

Niego con la cabeza y sonrío como un tonto. Me tiene comiendo de su mano, qué le voy a hacer.

Me llevo los dedos a la boca, silbo para atraer a Ranger y se acerca, obediente.

—Cepíllalos y mételos dentro. Yo me encargo de él —digo a Hunter, que acaba de llegar de la pista pequeña.

Me monto y le doy la orden al caballo de que galope hasta la cabaña.

Ya no duermo allí, aunque todavía tengo mis cosas. No voy a invadir el espacio de Olivia hasta que no me lo pida.

No tardo mucho.

Me ducho en menos de quince minutos, me pongo el pantalón y busco los papeles que he venido a buscar.

Ya estoy casi listo cuando la puerta se abre con un golpe seco. El susto me pone alerta y llevo la mano a la navaja que tengo en el costado, pero la dejo caer cuando veo a Olivia con los ojos llorosos y la sonrisa más grande que jamás le he visto.

¡Mierda!

No sé si consolarla o felicitarla por algo.

—¿Qué?

—Ven. Es Wyatt —dice, y pone el móvil en la mesa con la pantalla y el altavoz encendidos.

—Lo tenemos —suelta mi amigo del otro lado, sin anestesia.

Ella me mira sin respirar y yo me dejo caer en una silla.

¡Joder!

—¿Cómo?

Olivia no aceptó el trato, por supuesto. Creo que prejuzgué su instinto de justicia y supervivencia.

No lo hizo y no fue por mí, fue su decisión, ya que cree que es lo justo.

Quiere que Jake Dalton pague por todo lo que hizo o, al menos, por lo que podamos demostrar. Es realista e inteligente y entiende que quizá nunca llegaremos a saber qué pasó realmente en el accidente del viejo Bennett. Lo estamos asumiendo, cada día un poco más.

—Lo atrapamos en el aeropuerto, intentando huir —añade el *sheriff*.

—Como el cobarde que es —sumo yo, resoplando.

—Tenías razón, Cal —reconoce Wyatt por fin—. Siempre la has tenido.

—Lo sé.

Mi amigo suelta la carcajada y Olivia niega con la cabeza.

—Podrías fingir humildad alguna vez.

—No es lo mío.

Se me escapa una risa de esas que salen de muy adentro y me aflojo por completo.

Apoyo los codos en las rodillas y me agarro la cabeza.

Por fin, joder.

Por fin.

—Se acabó —mascullo y alzo la vista.

Ella se arrodilla delante de mí y me acaricia la mandíbula.

—Se acabó —repite, pegada a mi boca.

—Tengo que colgar, tortolitos. Nos vemos en el Rusty para festejar. Ah, Olivia —la llama, y alarga la pausa—, estoy seguro de que no te lo ha dicho, pero sabe bailar. No es mejor que yo, aunque no lo hace mal.

La línea se queda muda. Ella también. Sube una ceja, secándose las lágrimas de felicidad, y gira la cabeza.

—Hay muchas cosas que aún no sabes de mí, Seattle —le aseguro con arrogancia socarrona.

—Tengo que ver eso. No puedes ser perfecto, Walker, te prohíbo serlo.

—Soy gruñón, ¿recuerdas? —bromeo, sentándola en mis piernas.

—Y machote —susurra antes de que le coma la boca.

Justo me percato de que está en pijama, uno que no había vuelto a ver desde aquella noche en el establo. Y tiene frío.

Cojo el tirante y lo deslizo por su hombro.

—Una vez te presté una camisa —le recuerdo, besándole la clavícula.

—¿A mí?

Se muerde el labio para no reír y niega con vehemencia.

Bajo el otro tirante y… ¡Mierda!, cómo me gusta desnudarla.

—Voy a pensar que lo único que quieres es bajarme las bragas.

—Puedes bajártelas tú, no te cortes —bromeo y se ríe con picardía.

Se acomoda el bendito pijama, se pone de pie e intenta alejarse.

Nop, eso no sucederá.

La agarro de la muñeca, tiro de ella y vuelve a caer sobre mí.

Recorro sus muslos con los dedos, lento. Respiro cerca de su boca, deseándola con locura y admirando su piel erizada.

—Caleb…

—¿Sí, Seattle?

—Estaba preparando la cena —balbucea, sin ninguna convicción—. ¿No quieres comer antes de ir al Rusty?

La observo de arriba abajo.

Suspira.

Me paso la lengua por los labios para que me mire, porque sé que le gusta.

—Claro que voy a comer. Ven. —Palmeo la mesa que tengo delante—. Siéntate y abre las piernas, cariño.

Todo lo demás puede esperar.

Porque ahora está aquí. Viva. Riéndose conmigo. Deseándome igual que yo a ella.

Olivia Bennett ya no piensa irse.

Y yo tampoco pienso dejarla escapar.

FIN

Déjame tu opinión o comentario:

¿Te gustó? Escanea y cuéntamelo: https://rxe.me/P345Z4



Gracias a...

No sé cuántos libros llevo ya, mentira, sí que lo sé, este es el número siete. En algún momento dejaré de contarlos y empezaré a medirlos de otra manera: por las horas robadas al sueño, por los cafés que se quedaron fríos sobre el escritorio y por todos los personajes que se negaron a callarse hasta que terminé de contar su historia. No es una queja. Me encanta lo que pasa en mi cabeza.

Esta vez te llevo muy lejos de las grandes ciudades. Cambié los rascacielos por montañas, el tráfico por caminos de tierra y las luces de neón por atardeceres maravillosos. Y he disfrutado cada minuto del viaje, aunque he de reconocer que ser cowgirl no es fácil…

Ahora me pongo seria, como corresponde, para agradecer a las personas que me permiten ausentarme y vivir estas aventuras a kilómetros de casa (en mi imaginación al menos). Sin las personas que me acompañan en la vida real nada de esto sería posible. Mi familia y mis amigos siguen soportando conversaciones interminables sobre personajes que no existen, escenas que sí existen (en mi cabeza) y problemas importantes que tienen solución si las plasmo en mi teclado. Gracias por escuchar, animar y celebrar cada pequeño avance conmigo.

A mis lectoras cero, gracias por vuestra sinceridad, vuestra paciencia y vuestra capacidad para detectar errores que yo llevaba semanas sin ver. Seguid siendo tan exigentes, no importa las veces que proteste, os necesito así de implacables.

Y gracias a todas las lectoras que seguís regresando una historia tras otra. A las que lleváis conmigo desde el principio y a quienes acabáis de llegar. Nunca dejará de sorprenderme que alguien elija dedicar unas horas de su vida a un mundo que nació en mi imaginación.

Este libro tiene algo especial para mí. No solo porque me llevó a un lugar nuevo, sino porque también me permitió verlo. Las ilustraciones que encontrarás entre sus páginas nacieron para acompañar algunos de mis momentos favoritos de la historia. Espero que disfrutes de ellas tanto como yo disfruté imaginándolos para ti.

Y ahora que has llegado hasta aquí, tengo una pregunta.

Si mañana te ofreciera otra cabaña entre montañas, el mismo cielo lleno de estrellas y un nuevo cowboy empeñado en complicarte la vida... ¿Aceptarías?

Regálame tu respuesta en una reseña, en un mensaje en las redes o con señales de humo. Sé que encontrarás la forma…

Gracias por acompañarme hasta aquí. Ahora ve a recuperarte de este cowboy, yo intentaré hacer lo mismo. Y, por si acaso, no te alejes demasiado de Montana.

Con todo mi cariño y un toque de misterio,
Mía Cross

Mia Cross

Soy Mía Cross, apasionada de la lectura, la música, el cine y, cómo no, el café. Como escritora, mi misión es clara: atraparte desde la primera página y no soltarte hasta que llegues al último suspiro, justo cuando leas la palabra «FIN».

Me encanta crear historias que combinan romance apasionado con un toque de suspense, esas que te hacen soñar, emocionarte y, de vez en cuando, morderte las uñas. Mi amor por contar historias nació leyendo bajo las sábanas y desde entonces he trabajado mi estilo para ofrecer tramas que aceleren tu corazón y mantengan tu mente llena de preguntas.

Para mí, escribir no es un trabajo solitario, sino una forma de conectar contigo. Cada novela es una invitación a perderte en mundos donde el amor y el peligro se entrelazan para crear momentos inolvidables.

¿Te animas a acompañarme? Te prometo un viaje que no querrás que termine.



Mantengamos en contacto

Mis redes sociales:

Conecta conmigo: novedades, eventos y sorpresas.

Déjame tu opinión o comentario:

¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Si quieres más: No te pierdas nada de mi contenido exclusivo, adelantos y mucho más. Participa activamente, escanea y suscríbete. Escribamos juntas lo que viene.